

# *Será esta vez*

Aili Evans



Autora: Aili Evans

Edición y Maquetación: Cristina Medrano  
[www.editorialcuatrohojas.com](http://www.editorialcuatrohojas.com) / [info@editorialcuatrohojas.com](mailto:info@editorialcuatrohojas.com)

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total ni parcial sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

*Para todas aquellas personas  
que saben que el amor es el arma más poderosa.*

*A mis padres,  
por su apoyo y por animarme a escribir.*

*Al grupo de lectoras V,  
por animarme y ayudarme con mi libro.*

*A mi lectora cero.*

*Gracias*

PRIMERA  
PARTE

# 1.

## — Margaret —

Londres, en la actualidad

Me llamo Margaret Jones. Mi padre es dueño de unas de las empresas de textil más importantes de Londres.

Callum Jones, magnate de la empresa que antes había pertenecido a mi abuelo, siempre quiso tener un varón a quien dejarle al frente del negocio. Por eso se puso a la labor de crear hijos, pero tras tres embarazos y tres abortos, mi madre dijo basta, así que somos tres mujeres. Como yo soy la mayor, no me quedó más remedio que resignarme y aceptar que sería la heredera. Por eso estudié Empresariales. A mí me hubiera encantado estudiar Arqueología, pero no pude. Mis hermanas sí tuvieron suerte. Isla era pediatra, siempre le encantaron los niños y llevaba dos años ejerciendo. Y mi hermana pequeña, Madison, estudiaba Derecho en la Universidad de Oxford, vivía en la residencia y era muy dejada. Apenas le veíamos el pelo, solo en acontecimientos familiares.

—Margaret, tu padre te espera en la sala de juntas, tiene algo que comunicarte.

—Gracias, Florence, enseguida voy.

¿Por qué mi padre estaba tan raro? Hacía días que le notaba como ausente. Esa mañana se había metido en su oficina y se había reunido con Florence para hablar de algo. No me habían querido decir nada, y yo ya llevaba un rato mosqueada.

—Papá, a ver, ¿me vas a decir qué demonios pasa?

—Margaret, hija, llevo un tiempo bastante preocupado, y no he querido decirte nada hasta no estar seguro.

—Adelante, cuéntame.

—Se trata de Thomas. Hace unas semanas se fue a Irlanda para firmar el contrato con la otra empresa a la que nos asociamos, y no sé nada de él.

—¿Pero le has llamado?, ¿has mandado a alguien a Irlanda?

—Sí, hija. Le he llamado a su teléfono personal, al del trabajo, y me sale que ese número no existe. Y los correos no sé si los habrá visto, pero no me digas que no es para preocuparse. Además, Margaret, hoy nos han contactado los abogados de Evans&ns y me han dicho que, o les pagamos lo que les debemos, o nos llevan a juicio y nuestra empresa quedaría en la quiebra. Entonces hemos visto las cuentas... ¡Thomas nos ha estado robando durante años!

—Dios mío, papá, ¿qué vamos a hacer?. Tenemos que buscar a Thomas hasta debajo de las piedras.

—En la Scotland Yard ya están metidos de lleno en el asunto, no voy a parar hasta que nos devuelva hasta la última libra.

Me volví a mi despacho, no podía entender lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué Thomas haría algo así?

—Florence, ven a mi despacho, por favor.

—Dime, ¿en qué puedo ayudarte, Margaret?

—Estoy muy preocupada por mi padre. Necesito que me pases los teléfonos de la empresa Evans & ns de Irlanda. Necesito urgentemente hablar con el dueño, tengo que aclararle las cosas.

—Enseguida te los paso, pero hemos intentado por todos los medios hablar con él y nos ha sido imposible. Hemos hablado con su secretaria, con sus abogados..., hasta con su hermana, pero con él, nada de nada. Según tengo entendido, el señor William Evans es muy duro, muy estricto, y está siempre muy ocupado como para atender llamadas.

—Pues como si tengo que ir a Irlanda y presentarme en su casa, pero voy a hablar con él; si es estricto, más lo soy yo.

—Enseguida te los paso.

—Gracias, Florence, que haríamos sin ti.

—Gracias a ti, Margaret. Eres mi mejor amiga, no me tienes que agradecer nada. ¿Salimos luego a tomarnos unas copas?

—No puedo, hoy llega Charles de Escocia. Hace una semana que no le veo, y le extraño.

—¿Cómo os va? ¿Ya lleváis dos años juntos, no?

—Sí, es un amor, la verdad, le adoro.

—Tienes suerte al tener un hombre como él. Es guapo, bueno, trabajador, y te adora.

—Sí, Charles es un amor.

—¿Cómo le va en su trabajo?

—Genial, abrió su empresa de arquitectura y le va de maravilla. Va creciendo poco a poco, y quiere que dentro de un año nos casemos.

—¡Eso es maravilloso!

—Mañana si quieres nos tomamos esas copas.

—Perfecto.

—Ahora te paso por correo los contactos de ese tal William Evans. ¡Hasta luego!

—Hasta mañana, Florence.

—Me voy corriendo a buscar a Charles al aeropuerto. Él no lo sabe, mandó a un chófer a recogerle, pero le he dicho al chófer que quiero sorprenderlo... Pero como llegue tarde, sí que se va a sorprender.

Una hora después llegué al aeropuerto. El vuelo de Charles se había retrasado, menos mal que tuve tiempo. El aeropuerto estaba a reventar de gente. Había muchas fans esperando por un equipo de fútbol que jugaba ese fin de semana en Londres.

Cuando empezó a salir gente, tuve que pegar saltos para tratar de ver a Charles entre la multitud (no es que yo sea superalta). Así estuve un buen rato hasta que me cansé y, al darme la vuelta, Charles estaba detrás de mí mirándome y riéndose.

—Mi amor, ¿qué haces aquí? —me dijo riéndose.

—Quería darte una sorpresa, pero me ha salido mal, jo. —Puse carita de niña triste.

—Amor mío, nunca paras de sorprenderme. Dame un beso, ¿no? Llevo una semana extrañándote.

—Claro que te doy un beso...

Me lancé sobre él y me lo comí a besos, pero la gente nos miraba, y a Charles, que esas cosas jamás le han gustado, se apartó.

—Cariño, un besito, no hace falta que me comas...

—Perdona, es que te extrañé mucho, y tú tampoco te has quedado corto.

—No te enfades, pero ya sabes que nunca me ha gustado dar el cante.

—A mí tampoco, pero que te bese y te demuestre que te quiero no es dar el cante... En fin, ya sé... Así eres y no vas a cambiar.

Me fui caminando hacia adelante algo enfadada. No me gustaba cuando se ponía así. En la intimidad era tan tierno y romántico...

—Ven, anda, dame la mano.

—No, que nos ven y te molesta.

—Cariño, en serio, no seas niña.

Charles era muy guapo. Rubio, con unos ojos azules muy bonitos y esa cara de niño inocente, pero era muy inexpresivo, frío y controlaba de una forma exagerada sus sentimientos.

## 2.

— Margaret —

Llegamos a nuestra casa. Sí, vivíamos juntos desde hacía unos cuatro meses. No es que me entusiasmara la idea de irnos a vivir juntos, porque yo siempre he sido bastante independiente, y con Charles, no es que no tuviera independencia, pero otra de sus manías es que era demasiado meticuloso. No soportaba el desorden. Si un libro estaba fuera de su sitio en la estantería se ponía intenso. Le gustaba colocarlos por orden alfabético y por colores. Yo no era desordenada, más bien al contrario, pero no llegaba a esos extremos.

Abrimos una botella de vino.

—¿Quieres una copa? —me ofreció Charles.

—Sí, por favor.

—En serio, ¿todavía sigues enfadada?

—No, bueno, sí. Fui a buscarte con toda la ilusión y me pegas ese corte delante de todos. Me ha molestado, la verdad...

—Lo siento, pero no me gustan esas cosas.

—Ni a mí esas reacciones.

Me levanté para ir al baño, pero entonces me agarró por la cintura y me besó en el cuello.

—¿Puedo hacer algo para que me perdones? —Y me siguió besando por el cuello.

—Vas por buen camino...

Me dio la vuelta hacia él y me besó en los labios. Sus manos fueron directas a mi falda, que fue desabrochando poco a poco. Yo le quité la camiseta y le acaricié. Charles me bajó la falda y, a horcajadas, me llevó hasta la cama. Otra cosa de él es que siempre quería hacer el amor en la cama.

A las dos de la mañana no podía dormirme y me levanté. Fui directa a mi ordenador, me metí en mi correo y vi los mensajes con el contacto de la empresa de los Evans. Mandé un correo electrónico directamente a William Evans.

Adoraba a Florence, no había nada que no consiguiera.

*Muy buenos días.*

*Mi nombre es Margaret Jones. Soy una de las propietarias de la empresa RetJones. Necesito urgentemente hablar con usted.*

*Lo que ha pasado entre su empresa y la mía ha sido un error y estamos solucionándolo. Esperamos que próximamente podamos volver a hacer negocios. Por favor, me gustaría que me respondiera y pudiéramos hablar.*

*Un saludo.*

*Margaret Jones*

Después de enviarle el email me fui a dormir, necesitaba descansar.

A las ocho de la mañana estaba en mi oficina tomándome un café. Me preocupaba mucho

la situación de la empresa. Siempre habíamos sido serios y respetables y no quería que ahora, por un incompetente, nos ganáramos mala fama.

—Señorita Margaret, su padre la espera a las 9:00 en la sala de juntas —anunció Olive asomándose a mi despacho.

—Gracias, Olive, ahí estaré.

Revisé mi correo y ahí estaba la respuesta de William Evans.

*Buenos días.*

*Creo que mis abogados fueron bastante claros cuando les dijeron que si no nos devuelven el dinero los llevaremos a juicio. Si no cumplen con ello, su empresa estará perdida.*

*No pierda el tiempo en mandarme emails, mejor ocúpese de su empresa; va a necesitar ayuda cuando acabemos con ella.*

*Buen día.*

*William Evans*

«Pero será imbécil», pensé. «Quién se ha creído que es...».

—Olive, contáctame con este número de teléfono. Me urge hablar con William Evans ahora. Y no pares hasta que te lo pasen, como si tienes que llamar y llamar durante todo el día.

A las 9:00 estábamos en la sala de juntas.

—Callum, Margaret, les reunimos porque tenemos algo que comunicarles. Hemos dado con Thomas.

—Menos mal —dijo mi padre—, seguro que ha sido un error.

—No tan rápido, Callum.

Florence abrió la puerta y pasaron dos hombres. Eran los detectives que papá había contratado.

—Señor Jones, fuimos hasta Irlanda para dar con Thomas, no tenemos buenas noticias. Verán, el señor Thomas realmente no se llamaba así. Se llamaba Alfred. Y no era de Londres, sino de Irlanda. Era un famoso estafador que estaba metido en negocios turbios desde hace años.

—¿Pero cómo es posible? —preguntó papá—. Deben estar confundidos. Conozco al señor Thomas Jonhson desde que Margaret era una niña.

—Sí, señor. Él siempre llevó una doble vida. Era un jugador y estaba metido en negocios de blanqueo de dinero, por eso tenía otro nombre y vivía aquí.

—¿Y dónde está? Quiero que me explique por qué me ha robado, porque era un amigo y siempre le ayudé.

—El señor Thomas, o Alfred, como quiera llamarle, está muerto. Apareció muerto en su casa hace dos días.

—¿Qué? No, no puede ser.

—Así es, señor.

—¿Y nuestro dinero? —pregunté yo.

—Señorita, su dinero se lo quedaron los socios que le mataron.

—Pero tenemos que recuperar ese dinero, nuestra empresa está al borde de la quiebra.

—No podemos hacer nada.

—¿Y ahora qué va ser de nosotros? Esta mañana recibí un correo del famoso William

Evans. Me amenazó: o le pagamos lo que le debemos o nos arruina... Olive, ¿has llamado a la empresa de los Evans?

—Sí, me han dicho que, de parte de William Evans, o se le paga o a juicio, y que no le llamemos más.

—Olive, sácame un billete para ya, me voy a Irlanda. Este tipo me va a oír.

—Hija, ¿qué vas a hacer?

—Hablar con ese pedante de William Evans. Esto no se va a quedar así.

### 3.

— William —

Dublín, Irlanda

No me vuelvan a pasar nada relacionado con la empresa de los Jones. Les vamos a dar quince días de margen y, si no pagan, los llevaremos a juicio. Los pienso arruinar.

—Hermano, pero escúchales antes.

—Bethany, una empresa no sale adelante por escuchar al que nos roba.

—Pero William, no seas así. A mí me pareció que su abogada tenía razón.

—No me interesa, Bet.

—¿Qué pierdes por oírles?

—¿Que qué pierdo? El tiempo, ¿te parece poco?

—Hermano, cuando te pones así no hay quien te aguante.

—No me he ganado el apodo de «la roca de las empresas» por nada. Ahora he quedado con James Patrick para un negocio. Si no necesitas nada más, hermana...

—¿Has quedado con James? Quiero verle.

—No, ni hablar. No es para ti. Sé que te gusta, pero no, él no es para ti.

—Creo que yo misma puedo elegir.

—Con James no, y punto.

—¿Por qué?

—Porque está siempre con unas y otras.

—Pues como tú.

—Exacto, como yo. Ahora, si no te importa...

—Qué idiota eres.

—Lo que tú digas. Adiós.

«Lo que me faltaba, tener que estar también pendiente de los amoríos de mi hermana. Como no tengo bastante con sacar adelante una empresa... Y sí, soy mujeriego, no tengo compromiso con nadie y me acuesto con quien me da la gana», pensé, y me dirigí hacia mi cita con James.

—William, hermano...

—Hola, James. ¿Cómo vas?

—Pues ya sabes. Entre unas y otras, tengo tiempo también para el trabajo.

—Tú como siempre, ya veo.

—¿Y tú, qué? ¿Sigues de rompecorazones?

—Ya me conoces, con unas y otras, como mejor se está. Pero bueno, te cité porque necesito de tus servicios.

—Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Me han robado dinero. Ha sido la empresa RetJones, y no parece que me vayan a devolver lo que me deben. Los quiero arruinar.

—Pero ¿estás seguro?

—Completamente, busca cualquier basura que les acabe de hundir.

—¿Para cuándo lo quieres?

—Cuanto antes esté listo, mejor.

—Pues me pondré a ello.

—Nadie juega con mi empresa, y menos conmigo.

## 4.

— Margaret —

Aeropuerto de Heathrow

—Este imbécil se va a enterar de quién soy yo.

—Pero con tranquilidad, Margaret, que te conozco.

—Estoy tranquila, Florence. Lo que no voy a permitir que ningún imbécil me vacile. ¿Pero por qué te has empeñado en venir conmigo?

—Porque soy tu abogada y tu amiga, y después de la reunión con ese fantasma, nos vamos de copas.

—Qué bien te lo montas.

Después de cuatro horas y media llegábamos al aeropuerto de Dublín. Afuera nos esperaba un coche que nos llevaría a la empresa de Evans&ns. Realmente me sentía nerviosa, no sabía a quién me iba a enfrentar, pero tenía las emociones a flor de piel y necesitaba soltarlo.

Media hora después, el coche nos dejaba frente a un edificio enorme, donde se leía un cartel grande que ponía «Evans&ns». Cuando salí del coche las piernas me temblaban.

Entramos a través de unas puertas giratorias, y de frente nos encontramos con una gran recepción.

—Por favor, venimos a hablar con William Evans.

—¿Tienen cita?

—Hemos hablado con su secretaria esta mañana. Soy Margaret Jones.

—Espere, que telefono.

—De acuerdo.

Parecía que le producía respeto el oír su nombre. ¿Qué clase de jefe sería para que le temieran así? Ya tenía bastante curiosidad. Me lo imaginaba gordo, medio calvo y con cara de pocos amigos.

—Señorita, Jones, me informan que el señor Evans no está, y que no tiene usted cita.

Una chica que pasaba por allí se paró a mi lado.

—¿Tú eres Margaret Jones?

—Sí, ¿y usted es?

—Yo soy Bethany Evans, William es mi hermano. Mary, déjeme a mi atender a las señoritas.

—Vale, como desee.

Miré a Florence y esta me hizo una señal para que me relajara.

—Necesito hablar con su hermano —le dije a Bethany—, ha habido un mal entendido.

—Yo la creo, tranquila.

—¿De verdad?

—Totalmente. Disculpe a mi hermano, es algo imbécil... Pero no me llames de tú. Llámame Margaret, debemos ser de la misma edad.

—De acuerdo.

La chica era bastante guapa. Tenía el pelo castaño, ojo azules y una sonrisa que me transmitía confianza.

—No sé por qué tu hermano no me da la oportunidad de escucharme.

—Porque mi hermano es tonto. Se ganó el apodo de la roca de los negocios y se cree que tiene que demostrarlo constantemente. —No pude evitar reírme, me hizo gracia ese comentario —. Mi hermano no está, pero yo misma voy a darte una cita para que mañana hables con él.

—¿De verdad?

—Sí, ya verás cómo te ve. Ahora, id a disfrutar de Dublín.

—Muchísimas gracias, Bethany.

—Gracias a vosotras.

Nos fuimos al hotel. Necesitaba darme una ducha y llamar a Charles, me había ido de Londres sin decirle nada.

—Charles, estoy en Dublín.

—¿Qué?, ¿pero qué haces allí?

—Me vine para solucionar algo, pero mañana por la tarde estoy allí. —Se oían voces de fondo. Era la voz de Christine, una tipa que andaba detrás de Charles y que me caía fatal. En más de una ocasión me había insinuado que me lo robaría. Yo se lo había dicho a Charles, pero él se reía diciendo que serían bromas. Algo que me fastidiaba es que le reía todas las estupideces que ella decía—. ¿Estás con Christine en casa?

—Sí, ha venido a traerme unos papeles.

—Ah, qué bien. A ti no te gusta que invite a mis amigos, pero yo tengo que aguantarme con que metas a esa coqueta.

—Margaret, por favor, no empieces. Sabes que te amo, te adoro, eres mi mundo.

—Sí, ya. Cuando vuelva tenemos que hablar.

—¿De qué?

—No aguanto esta situación, o ella o yo.

—¿Qué? Margaret, ¿qué hablas? Tú, por supuesto.

—Dile que se vaya.

—¿Cómo le voy a decir eso?

—Muy fácil, diciéndole «gracias por traerme los papeles, pero ahora quiero estar solo».

—No voy a decirle eso, es una grosería.

—Ah, claro, el señor correcto. A mí me das un corte delante de todos, pero a esa tipa no la puedes cortar. Muy bien Charles, muy bien.

Colgué el teléfono muy enfadada. Charles a veces parecía idiota.

—Te veo nerviosa, ¿estás bien? —me preguntó Florence.

—No, necesito alcohol en vena. Y olvidarme de que mi novio a veces es tonto.

—Dúchate y ponte guapa, aunque tú ya lo eres.

—Anda, boba, nos vemos en una hora abajo.

A la hora ya estaba en recepción. No es que me hubiera traído mucha ropa, porque iba a estar solo un día, pero no se me daba mal combinarla, así que me puse la falda de tubo roja que había llevado por la mañana con una camisa de seda negra con encajes. Era para dormir, pero parecía más de fiesta.

Florence estaba esperándome ya, estaba guapísima.

—Guau, Florence, ¿dónde vas así de espectacular?  
—Pues a tomar unas copas contigo y a ver si me ligo a algún buenorro. Por cierto, estás preciosa.  
—Bueno, me he tenido que poner la falda de esta mañana.  
—Pero con esa camisa de seda que te queda sensacional, estás preciosa.  
—¿Adónde vamos?  
—Me han hablado de un pub que esta por aquí cerca, ¿te parece?  
—Perfecto.

El pub era muy moderno y bonito, pero había una cola para entrar que doblaba la calle. Solo dejaban acceder a quienes tuvieran invitación.

—Florence, vaya cola, ¿no hay otro sitio?  
—Podemos entrar sin necesidad de hacer cola.  
—¿Cómo?  
—El de recepción es amigo del portero, y me ha dado esto para que se lo entregue.  
—Y el de recepción ¿por qué te lo dio?  
—Porque tonteé con él.  
—Madre mía, Florence, qué peligro tienes.  
—El mismo que tú, pero desde que estas con Charles estás de un aburrido...  
—No te creas que no extraño a veces el tonteo, sin llegar a nada más.  
—Pues hazlo, desquítate. Él ha estado tonteando con la Christine esa...  
—¿Tú crees?  
—Yo creo.

Nos acercamos al portero cachas que estaba fuera. Era medio pelirrojo, con los ojos marrones y una cicatriz en el labio.

—Pasad, preciosas. Las amigas de Ben son mis amigas.  
—Gracias —dijimos al unísono.

El pub era enorme. Tenía unas luces que cambiaban constantemente de color. Nos acercamos a una de las barras y pedimos dos cervezas.

Pusieron *Bad romance*, de Lady Gaga, y salimos a bailar, aunque para eso me tuve que remangar la falda, que quedó como una mini. Bailábamos y bebíamos; hacia muchísimo tiempo que no lo pasábamos así.

En un momento en el que tuve que ir al baño, Florence volvió a la barra a pedir otras dos cervezas. Después de casi media hora haciendo cola en el baño volví a la barra, y para mi sorpresa, vi que Florence estaba con dos bombones, porque sí, que tenga novio no significa que este ciega.

—Hombre, Maggie, por fin.  
—¿Maggie? —le pregunté al oído—. Ya sabes que no suelo presentarme así.  
—Sígueme el rollo —me susurró, y ya en alto dijo—: Este es James.  
—Encantada. —Les saludé con dos besos.  
—Encantado. Mi amigo viene ahora, ha ido a contestar una llamada.  
Miré a Florence con ganas de matarla. Qué hacía yo ahí, ¿de carabina?

Le di un trago a la cerveza, pero un tipo borracho pasó por mi lado y me la tiró encima, y por poco me tira al suelo. Menos mal que alguien me agarró... Al mirar para ver quién era, me

pareció ver al hombre más guapo y espectacular que había visto en mi vida. Tenía los ojos azules, el izquierdo con una pequeña mancha marrón, el pelo castaño claro y unos músculos que madre mía de mi vida, eso no era un hombre, era un adonis.

—Perdón, discúlpeme.

—No, disculpe usted.

—Vaya, qué casualidad —dijo James—. Este es mi amigo Will. Will, ella es Maggie.

—Encantado. —Me dio dos besos.

—Lo mismo digo.

Mientras ellos pedían unas copas, Florence se me acercó.

—Por favor, Margaret, ¿has visto qué pedazo de bombón el tal Will?

—Como para no verlo... Pero te recuerdo que no puedo.

—Hija, solo tontea un poco, no te vendrá mal. No te digo que te lo tires, que de buena gana lo haría. Pero yo sí voy a por James.

Cuando volvieron, Will y yo hablamos un rato. Parecía simpático, aunque muy serio. Hablamos de cosas superficiales. Yo ya estaba bastante contenta, así que salí a la pista a seguir bailando, y él vino conmigo. Pusieron *Me & Mrs Jones* y me pegué a él. Tonteé, vamos, que más que bailar, calenté braguetas. Lo sé porque me pegué tanto a Will que noté su entrepierna durísima. Me abrace a él, él me abrazó y nos besamos. Por favor..., cómo besaba ese adonis. Su boca y la mía parecían imantadas, como si se atrajeran entre sí. Nos besamos todo lo que pudimos y más, me metió mano y yo a él...

Solo nos separamos cuando empezó una pelea en el pub. Entonces, dentro de mi poca lucidez, miré el móvil y vi que tenía cuatro llamadas perdidas de Charles y no sé cuántos mensajes. Me escabullí como pude del pub dejando a ese monumento plantado.

Después de eso, solo recuerdo que llegué a la habitación del hotel y me tiré sobre la cama. Me quedé dormida en dos segundos.

Después de la avalancha de gente, la busqué, pero no la encontré. ¿Quién era esa mujer tan misteriosa?

Desde que la vi me fascinó. Melena pelirroja, ojos almendrados color miel y un cuerpo que quitaba el hipo. Me encantó, quería acabar con ella en mi cama, pero se había esfumado. Jamás una mujer me había dejado tan caliente y a medias.

Fui hasta donde estaban Florence y James.

—¿Dónde está tu amiga?

—No lo sé, estaba contigo.

—Sí, pero después de la pelea y la avalancha desapareció.

—Qué extraño, Maggie jamás hace esas cosas. ¿Habrá pasado algo?... Mañana tiene una reunión importante con un tocapelotas, tal vez haya recibido alguna llamada.

—Pero son las tres de la mañana.

—Sí, pero ella es así de trabajadora.

—¿Y a qué se dedica?

—Mejor hablemos de otras cosas. Vamos a despejarnos del trabajo, por favor. Mañana tenemos un día duro.

—Yo me voy, tu amiga me ha dejado a cien, necesito sacar este calentón que tengo...

—Cuando mañana le diga que te dejó así se va a arrepentir...

—No sé si tu amiga es de las que calienta y luego adiós. Me voy, encantado. Te veo mañana, James.

Me fui a la barra donde hacía rato que una no me quitaba ojo y me la llevé a un hotel. Allí la follé con toda la fuerza y ganas con las que me hubiera follado a Maggie.

6.

— Margaret —

Me levanté con una resaca horrible, y para colmo me había pasado toda la noche escuchando los gemidos de Florence. Su habitación estaba al lado de la mía. Madre mía, qué marcha llevaba. Y yo, si no fuera por esa pelea hubiera estado igual con el adonis, y ahora estaría arrepentida de haberle engañado a Charles.

Uf, Charles... Voy a mirar el teléfono, debo de tener mil mensajes.

«Margaret, no entiendo por qué te pones así, pero Christine no me interesa. Tú eres la única mujer que me quita el sueño. Te quiero, por favor, créeme. Joder, responde a los mensajes, o llámame».

Le respondí: «Hola, Charles. Siento que me pusiera así, pero estoy bastante nerviosa por lo que está pasando en mi empresa, y no me gusta esa Christine, no quiero volver a saber que pisa nuestra casa, porque de otro modo, me iré».

Me metí en la ducha y me arreglé. A las 9:00 estaba desayunando en el hotel a la espera de que Florence bajara. Me había mandado un mensaje diciéndome que enseguida llegaría.

A las 11:00 tenía la reunión con el tal William Evans, alias «el ogro».

—Buenos días.

—Vaya, buenos días. Qué fresca te veo para la fiesta que te metiste hasta altas horas...

—¿Nos oíste?

—Yo y medio hotel, por Dios, Florence.

—Vaya marcha tiene James. Es que ni te lo imaginas, y lo bien dotado que está...

—Por favor, Florence, ahórrate los detalles.

—¿Tú qué? Dejaste caliente a Will y te marchaste.

—Estuve a punto de tirármelo, pero vi los mensajes de Charles y me volvió la lucidez al cuerpo. No vuelvo a beber, hago cosas que no quiero.

—Tiene pinta de que besa como los Dioses.

—Ni te lo imaginas, jamás me habían besado así, ni siquiera Charles.

—Pues se fue molesto. Pobre.

—Oye, vámonos ya, que no quiero llegar tarde ante el ogro.

Nos recogió el mismo coche que el día anterior. El conductor tenía cara de bondadoso.

—Buenos días, señoritas.

—Buenos días, caballero, ¿cómo se llama?

—Me llamo Ewan.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando para el ogro? Perdón, ¿para el señor Evans?

—Sí, señorita, desde hace unos ocho años...

—Pero, el señor Evans ¿qué edad tiene?

—Hará 34 en unos meses.

—¿Por qué pensé que sería mucho mayor? Bueno, sí, por lo borde que es.

—Me hace gracia usted, señorita.

—¿Por qué? Es un ogro y lo siento, pero me cae fatal.

- Ya estamos en la empresa, encantado de conocerlas y ¡SUERTE!  
—Gracias Ewan, pero la suerte la va a necesitar él.  
—No hay por qué darlas.

Entramos a la empresa y allí estaba Bethany Evans esperando.

- Buenos días, Margaret y Florence.  
—Buenos días.

—Veo que anoche lo pasasteis bien, ¿eh?

—Bueno, unas mejor que otras.

—¿Ah, sí? Ya me contaréis.

—¿Tu hermano cómo se lo ha tomado?

—Mi hermano no sabe nada. Sabe que ahora a las once tiene una visita, pero cree que es de sus abogados.

—Uf, pues se va a poner más ogro de lo que es.

—Tranquila, estaré fuera por si necesitas ayuda.

Subimos hasta la última planta, donde había una gran recepción, con mucha gente caminando con prisas y con cara de susto de un lado para otro. Todo estaba en orden y olía a hierbabuena.

—Qué bien huele.

—Sí, hija, a mi hermano le encanta el olor a hierbabuena. Dice que le relaja. —Y dirigiéndose a una chica de unos 20 años que también tenía cara de asustada, saludó—: Buenos días, Grace.

—Buenos días, señorita Evans.

Parecía que ahí todo el mundo le tenía miedo al señor.

—¿Qué le pasa a todo el mundo con tu hermano? Están con cara de no haber ido al baño en meses.

—Ja, ja, ja, ay, Margaret, qué simpática eres. Voy a entrar a hablar con él, ahora te aviso.

Según Bethany se fue, yo entré en pánico. Florence me miraba tratando de tranquilizarme.

—Estoy histérica. Este tío que no conozco me cae fatal, me pone nerviosa.

—Tranquila, vienes a defender lo tuyo.

—Por supuesto, y se lo voy a demostrar.

Bethany salió con una sonrisa:

—En dos minutos puedes entrar —me dijo.

En ese momento llegó James y saludó con un efusivo abrazo a Bethany.

—¿James? —dijo Florence.

—¿Belle?, ¿qué haces aquí?

—¿Belle? —preguntó Bethany—. Creo que te confundes, James. Ella es Florence Smith, la abogada de Margaret Jones.

—¿Florence?, ¿Margaret? ¿Tú eres Margaret Jones?

—Sí, la misma.

—Pero, ¿por qué nos disteis otros nombres?

—Margaret, perdona que te interrumpa, pero ya tienes que entrar.

—Por supuesto, el deber es el deber.

—Demuéstrale quién eres, nena —me dijo Florence.

Las piernas me temblaban al entrar y me sudaban las manos, pero aun así, abrí y entré. Sorpresa la mía cuando, al mirar a su mesa, me encontré con Will. Claro, qué estúpida. Will, William. Me había morreado y metido mano con él, con el ogro.

—¿Maggie?, ¿pero qué haces aquí? ¿Vienes a disculparte por dejarme con la polla caliente anoche? ¿Vienes a calentármela otra vez o vienes a que te folle?

Me quedé paralizada porque, con lo poco o mucho, no recuerdo, que habíamos hablado la noche anterior, había sido un encanto. Jamás pensé que el ogro fuera este.

—Perdón, ¿qué dices? No vengo a calentarte la verga, no me interesa.

—¿Ah, no? ¿Y por qué anoche sí? ¿Qué haces aquí? Este es mi trabajo. Además, no recuerdo haberte dicho dónde trabajo.

—Que te quede claro, pedazo de pedante: no me llamo Maggie. Ese nombre se lo invento mi amiga, que por cierto, es mi abogada. Mi nombre es Margaret, Margaret Jones. ¿Te suena de algo, imbécil?

Se levantó con la mandíbula tensa. Sus impresionantes ojos azules me miraban fijamente. Por un momento me dio un miedo terrible.

—¿Qué demonios haces aquí? Creo que te dejé claro que no me interesan los motivos por los que tu empresa trató de estafar a la mía. Lo único que me interesa es que me devuelvan lo mío o te juro que os arruino.

—¿Pero quieres escucharme? Te lo vamos a devolver, pero tardaremos; nos han hecho un desfalco.

—Ese no es mi problema. Os di de plazo un mes, o a la quiebra.

—Eres un imbécil.

—Señorita, ahórrate los insultos. Yo seré un imbécil, pero tú eres una calientapollas.

Se me acercó, me agarró por la cintura y me miró con esos intensos ojazos. ¿Por qué tenía que ser tan guapo ese imbécil? Me besó y yo traté de rechazarlo, pero me tenía agarrada muy fuerte. Cuando me soltó, me dijo:

—No, no eres para tanto como para darte más plazo.

Le abofeteé tan fuerte que me dolió hasta la mano. Me volvió a coger por la cintura y me volvió a besar con rabia. Yo le mordí el labio y me soltó; le había hecho sangre.

—Eres una fiera, y yo sé domar muy bien a las fieras.

—¡No sabes qué asco te tengo!

—¡Genial, me encanta que me tengas asco! ¡Y ahora lárgate a tu empresa y busca la forma de tener el dinero, o te juro que os las veréis conmigo!

Debíamos estar hablando a gritos, porque en ese momento entraron Bethany, Florence y James.

—¿Pero qué pasa? —preguntó Bethany.

—¿Fuiste tú la que me cito con esta tipa?

—¡Esta tipa tiene su nombre, imbécil! —le grité.

—¡Ah, te llamas imbécil!

Me acerqué y le volví a abofetear.

—¡Basta ya! —dijo Bethany—. ¡Comportaos como adultos!

—¡Quiero que esta se largue de aquí. Y cuando vuelva a verla, que sea para pagarme lo que me deben, o te aseguro que lo lamentarán!

—¡Adiós, maldito ogro! —concluí.

Salí de allí como alma que lleva el diablo. No quise ni mirar atrás. Todos me miraban entre admirados y asustados. Me metí en el ascensor y Florence tuvo que entrar corriendo para que no le pillara la puerta.

—Madre mía, Margaret, el ogro es Will, ¡el de anoche!, con el que estuviste a punto de irte a la cama.

—No me lo recuerdes. ¿Te imaginas que me hubiera acostado con él y luego me hubiera recibido así?

—O no, a lo mejor con un buen polvo se le hubiera pasado... ¿Pero qué ha pasado ahí dentro? Tenía sangre en el labio.

—Primero me llamó calientapollas, luego me besó a la fuerza, me dijo que no era para tanto, luego me volvió a besar y le mordí... Me quiero ir ya a Londres.

Mientras bajábamos, recibí un mensaje de Bethany; quería despedirse de nosotras. Me dijo que esperara solo cinco minutos, y que luego Ewan nos llevaría al aeropuerto.

No me podía creer que esa, esa mujer con la que la noche anterior me iba a ir a la cama y que me encantaba (y es raro que a mí me enganche una mujer así) fuera Margaret Jones, ¡pero qué demonios!

—William Evans, quiero que ahora mismo me expliques qué ha pasado, y no me pienso largar de aquí hasta que me lo expliques.

—Lo que me faltaba, ahora mi hermana pidiéndome explicaciones. No tengo por qué dártelas.

—Vaya que me las vas a dar... Esta empresa es tan mía como tuya, y aunque tú la diriges, me gusta que la gente quede con buena imagen.

Le tuve que explicar todo; si no no se largaba.

—Te gusta Margaret.

—¿Qué dices? Me cae fatal, es la tipa más insoportable y calientapollas que jamás he conocido, y mira que he conocido a muchas.

—Cállate, engreído. Habrás conocido a muchas y soy testigo de las estúpidas que te has tirado. Pero ninguna te ha puesto en su lugar como esta, te lo merecías.

—Me da más asco que otra cosa. Ahora vete, quiero estar solo. Maldita fiera..., me ha mordido el labio y me ha hecho sangre.

Bethany se fue, pero al momento volvieron a llamar a la puerta.

—Te he dicho que no quiero hablar contigo, Bethany.

—Soy yo, James.

—Ah, pasa, pensé que era mi hermana. Qué pesada y qué sermón me ha soltado.

—No me puedo creer que Maggie fuera Margaret Jones, ¡y que Belle sea Florence! Por la forma en la que me hablaba anoche, no me parecía que fuera tan lista, no me pegaba nada que fuera abogada.

—Y yo estuve a punto de tirármela a ella, que nos estuvimos besando toda la noche.

—¿Te gustó?

—En ese momento que no sabía quién era sí. Ahora la aborrezco.

—No vas a negar que es un caramelito.

—Es una ladrona.

—Lo que tú digas, pero es un bombón. ¿La quieres hundir aún?

—Sí; si en un mes no me pagan los arruinaré, lo juro.

8.

— Margaret —

Me quería largar de allí ya, pero Bethany me había dicho que la esperara, así que lo hice.

—Margaret, por favor, perdóname.

—No tengo nada que perdonarte, tú has sido maravillosa. ¿Te puedo preguntar algo?

—Claro, por supuesto.

—¿Tu hermano es adoptado?

—Ja, ja, ja, ¿por qué?, ¿por su mal carácter? No, hija mía, no es adoptado, aunque de niña yo también lo creía.

—¡Pero qué mal carácter tiene! Lo siento porque es tu hermano, pero es un imbécil, un pedante, y un maleducado que se cree que todo el mundo tiene que rendirse a sus pies.

—Lo sé, y lo siento muchísimo.

—Cuando vayas a Londres, eres bienvenida, y te juro que trataremos de pagaros en el plazo establecido, aunque está muy complicado.

—Gracias. Si vuelves a Irlanda llámame. Estaré encantada de verte. Lo mismo a ti, Florence.

—Gracias, un placer.

Seis horas después aterrizábamos en Londres, y fui directamente a mi casa. Estaba cansadísima, ya que no había descansado bien la noche anterior, y la movida de la mañana con el ogro me había gastado las pocas energías que me quedaban.

Charles no estaba, aún no había llegado de su trabajo, así que puse música relajante, unas velitas, una copita de vino y fui a darme un baño de espuma.

Conseguí desconectar con la música de Chopin. Cerré los ojos por un rato y, por increíble que parezca, me venían a la mente mis besos con el ogro. ¿Cómo era posible que un hombre tan increíblemente guapo y que besara así de bien fuera tan mala persona?, ¿por qué me venían esas imágenes? «Cancelar, Margaret, cancelar», me dije a mí misma.

La voz de Charles me sacó del trance.

—Hola, mi vida, ¿ya estás aquí?

—Hola.

—¿Sigues enfadada?

—Un poco.

Entonces se desnudó y se metió conmigo en la bañera.

—Te quiero, Margaret. Tú eres y serás siempre mi amor. Si debo alejarme de cualquier persona que ponga en peligro nuestra relación, lo haré. Tú eres lo más importante.

—Charles, Christine no me gusta, ya sabes lo que me dijo. No la quiero en casa, es lo único.

—De acuerdo, no la meteré más, te lo prometo.

Me miró con su carita aniñada y no pude seguir enfadada con él.

—Te perdono.

—Bésame, ¿no?

Me incorporé hacia delante y le besé, le besé con ganas de borrar el beso que el día anterior que me había dado con el ogro, porque tenía un novio maravilloso y yo la noche anterior había estado besándome con otro. No se lo merecía, pero no le diría nada porque no quería perderle.

Salí de la bañera y él me siguió detrás, me cogió en brazos y me llevó a la cama. Pero antes me secó, claro, no se puede hacer el amor en una cama mojada...

Se puso encima de mí y me empezó a besar. Bajó por todo mi cuerpo, me lamió de arriba a abajo y luego me penetró. Sus empujones eran suaves, delicados. Le agarré su trasero, y le empujé para que fuera más fuerte.

—Déjame a mí, mi vida.

—Me encanta ir suavemente, te siento muchísimo más.

A la mañana siguiente, me reuní con mi padre para comunicarle mi reunión con el ogro.

—Margaret, ese tipo es muy duro y nos va a hundir. No puedo permitir que la empresa de mis antepasados acabe así, no sé qué vamos a hacer.

—Papá, buscaremos una solución.

—¿Se puede?

—Claro. —Y, dirigiéndose a la puerta, dijo—: Entra, Florence.

—No tengo buenas noticias.

—¿Qué pasa ahora?

—Me han enviado este titular de un periódico irlandés.

En la portada aparecía una foto de nuestro logo con el siguiente titular: «La empresa inglesa RetJones, una estafa». Y una entrevista al maldito ogro donde decía: «Esa prestigiosa empresa me ha robado y ahora no quiere devolverme el dinero. No se fíen de ella, y en especial de la Señorita Margaret Jones».

Sentí cómo me entraban instintos asesinos, me dieron ganas de ahogarle... Maldito cretino, ¿cómo se había atrevido a desprestigiarnos así, y a poner mi nombre encima?

Levanté el teléfono y llamé a Bethany. Le supliqué que, si estaba su hermano cerca, me lo pasara. Me dijo que estaban en mitad de una reunión, que me tenía que colgar, así que le volví a suplicar que dejara el manos libres.

Noté que no había colgado porque oía voces de fondo, así que me había hecho caso. En ese momento dije:

—Señor Ogro. Sí, sí, es a usted, William Evans. No solo es usted un imbécil redomado y un pedante de cojones, sino que tiene la poca hombría y la poca palabra de no esperar a que mi empresa le devuelva hasta la última libra. Más vale que deje de mirarse la polla y ser más humilde, porque de tanto mirársela se le habrá puesto pequeña, imbécil.

La respuesta no se hizo esperar, oí cómo gritaba a alguien y se ponía al teléfono.

—Señorita, por llamarla de alguna manera, ¿o debería decir calientapollas? No quiero que otras empresas sean engañadas por la suya, que tendrá mucho nombre, pero pocos principios. Y no se preocupe usted por el tamaño de mi polla; hasta ahora ninguna ha tenido ninguna queja. Quizás si no se hubiera dedicado a calentármela y salir huyendo la hubiera podido probar.

—Eres un pedazo de engreído. Ni te imagina cuánto te odio, pero esto no va a quedar así. Nadie nos humilla y se va de rositas.

—Qué miedo te tengo. Adiós, ladrona.

Y me colgó, así que llamé a Mia Day, una amiga que había estudiado en la misma universidad que yo, pero ella estudió periodismo y era dueña de un diario con mucho poder.

—¿Mia? Necesito tu ayuda, es urgente.  
—¡Margaret, dichoso los oídos! Dime, ¿en qué te puedo ayudar?  
—Necesito que me investigues la vida de los Evans. Necesito que me digas cómo llegaron a crear su empresa, la famosa Evans&ns. Cualquiera mierda que encuentres házmelo saber, por favor.  
—¿Qué ha pasado?  
—Ya te contaré... ¿Cuánto crees que tardarás en conseguirlo?  
—Voy a pesarle lo que estaba haciendo a mi socio y me pongo con ello.  
—En cuanto lo sepas, llámame.  
—Ok, espera mi llamada a lo largo del día.  
—Perfecto.

Durante la mañana no me podía concentrar. Ya por la tarde salí de la oficina y fui directa a casa, me di una ducha y avisé a mi hermana y a Florence, necesitaba soltar la rabia acumulada. Llamé a Charles y le dije que me iba de copas con Florence y mi hermana Isla; necesitaba despejarme.

Nos metimos en un bar que nos gustaba desde siempre; ahí nos escondíamos cuando estábamos sobrepasadas de todo.

—Chicas, cuánto tiempo, ¿lo de siempre?

Johnny era el dueño y nos conocía de siempre, tenía buen rollo y era muy buena persona. Más de una vez nos había escuchado nuestros traumas y preocupaciones, y siempre nos aconsejaba.

—Johnny, sí, lo de siempre, por fa.

Lo de siempre era gin-tonics bien cargados... Cuando iba por la segunda copa recibí la llamada de Mia.

—Chicas, disculpadme, tengo una llamada importante. —Y atendiendo a la llamada, dije —: Dime, Mía, qué me cuentas.

—A ver, Margaret, este tema es delicado. ¿De verdad vas a usarlo en su contra?

—Sí, de la misma manera que él habló mal de mí y mi empresa.

—A ver, según he averiguado, su padre, Cliff Evans, se casó con Rose Evans, la madre de William y Bethany, por su dinero. Su empresa estaba casi en la ruina, él le sacó a ella hasta la última libra, le dio una mala vida, la engañaba con unas y otras, incluso tuvo más hijos, pero ninguno reconocido. Y de tanta humillación, su madre se terminó suicidando. Ha querido esconderlo bien, pero tengo un buen amigo que vive en Irlanda y sabe todo de buena mano.

—Mia, publícalo, necesito que ese cabrón pruebe de su propia medicina.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Pues mañana prepárate, porque vienen curvas.

—Gracias, Mía, te debo una.

—Tú me das siempre buena información.

Después de colgar mandé un mensaje a Bethany; merecía una disculpas por lo que iba a ocurrir: «Bethany, te agradezco lo bien que te has comportado conmigo y siento muchísimo lo que va a ocurrir, pero tu hermano no puede joder y luego irse como si nada. Espero que algún día me perdones. Un gran abrazo, Margaret».

Enseguida me respondió: «¿Qué pasa, Margaret?, ¿qué cosa vas a hacer que me estas

pidiendo perdón? Mi hermano se pasó, todo lo que le ocurra se lo merecerá».

Tenía que aclarar algo: «Lo siento muchísimo, pero creo que también te concierne a ti. Te pido disculpas porque no es contigo esta guerra. No me preguntes más, solo discúlpame».

Me volvió a responder: «Margaret, me estás asustando. Siempre ha sido igual, por culpa del ego de mi hermano salgo mal parada. Estoy acostumbrada, necesita que le den una lección. No te preocupes por mí, estaré bien».

Le envié un último mensaje pidiéndole que me llamara al día siguiente para hablar y me volví a meter en el bar. Bebí una copa más pensando en que quizás me iba a pasar, pero ese ogro lo merecía.

## 9.

### — Margaret —

En la oficina a las 8:00 estaba nerviosísima. Ya habían salido los periódicos y aún no me había atrevido a leerlo, pero tenía que hacerlo, así que lo abrí. Ahí estaba, en portada la empresa de los Evans, y como titular: «Los Evans de Evans&ns ¿son una familia tan perfecta como aparentan?».

Dentro estaba detallada toda la historia: «La madre de William Evans se suicidó tras la última humillación de Cliff Evans. ¿Sabía que William Evans tiene hermanos bastardos?».

Lo cerré de golpe, no pude seguir leyendo. En el momento que lo hice me di cuenta de que me había pasado un poco.

—Joder, Margaret, ¿has leído el periódico? La familia Evans sale mal parada —me preguntó Florence.

—Sí, me temo que lo he leído.

—No fastidies que es cosa tuya...

—Sí, fui yo, y me arrepiento enormemente, sobre todo por Bethany.

—Margaret, esto es muy fuerte. Acusan a Cliff Evans de ser el que provocó la muerte de su esposa.

—Lo sé.

Me empezó a vibrar el móvil. Era Bethany.

—Bethany, lo siento, ya te lo dije ayer.

—Margaret, te has pasado, ¿cómo has podido meter a mi familia en algo así? ¿No tienes respeto por los muertos?

—Lo siento, pero tu hermano se pasó y se metió con lo mío.

—Mucho criticarle, pero eres como él.

Y me colgó. No me había sentido así de mal jamás. Acto seguido llamó mi padre:

—Margaret, hija, ¿esto es cosa tuya?

—Sí, papá, lo siento, la he cagado.

—Me has demostrado que tienes las agallas suficientes para estar frente a la empresa. Esa es la actitud, no dejarse pisar.

Pero por mucho que me dijera eso, me sentía fatal. Yo no quería ser como él, no quería ser mala persona y hacer daño a cada paso que diera, no era así.

Para colmo, me llamó Charles y también se enfadó conmigo, me dijo que no me reconocía. El día había comenzado fatal, pero siguió peor aún cuando el mismo William Evans me llamó directamente para amenazarme y decir que me despidiera de mi empresa, ahora de verdad, y que me olvidara de ejercer mi profesión, porque se encargaría de que nunca volviera a trabajar en nada, y que toda mi familia acabaría hundida.

Me fui para casa de mis padres, necesitaba hablar con mi madre.

—Mamá, me siento fatal, yo no soy así. ¿Qué he hecho?

—Hija, tienes que ser consecuente con tus actos. Has hecho mal. ¿Por qué no pides disculpas?

—¿Cómo, mamá?

—Manda un mensaje al periódico y discúlpate. Dile que fue un invento porque estabas enfadada con William Evans.

—Sí, claro, y quedar como una idiota.

—Mejor eso que mantener ese daño.

Definitivamente, ese día fue horrible.

10.

— William —

Esa tipa había publicado cosas de mi familia, ¡no me lo podía creer!, pero juré que me las pagaría.

—William, ¿has visto lo que ha pasado por tu culpa? —me increpó mi hermana entrando en el despacho.

—¿Por mi culpa?

—Sí, por tu maldita culpa, cosas que no tenían que salir han salido. Y todo por tu asqueroso ego. Hay veces que te odio, lo juro.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Dónde está aquel maravilloso chico que tenía un corazón enorme?, ¿dónde quedó? No te reconozco.

—Ese William jamás, óyeme bien, jamás volverá.

—¿Qué vas a hacer con respecto a lo que ha pasado?

—No lo sé, pero los Jones no se van a salir con la suya, me las van a pagar. Tengo que pensarlo muy bien, pero te juro que esta familia, y en especial Margaret Jones, me las va a pagar. Nadie que se haya metido con William Evans ha salido bien parado.

—Me das miedo.

—Es que me tienen que temer.

Cuando mi hermana se fue preparé un plan. Esa Margaret Jones me conocería muy bien. No iba a consentir que se burlara nadie de mí.

11.

— Margaret —

Ya ha pasado un mes, el mes del plazo y no hemos reunido lo suficiente como para pagar a la empresa de William, pero todo está muy calmado.

—Señorita Margaret, su padre me ha dicho que vaya a la sala de juntas, tienen una reunión importante.

—Dile que enseguida voy.

Las piernas me temblaban horriblemente. ¿Qué iría a comunicarme mi padre, que cerraríamos la empresa? ¿Años dedicándome a esto sin quererlo y ahora, por un arrebató, todo acabaría? No, algo debía de hacer, cualquier cosa con tal de que la empresa fuera la de antes .

Me paré frente la puerta de juntas temblando, estiré la falda de tubo negra que llevaba y me remangué las mangas. «Adelante, Margaret».

Cuando abrí, cuál fue mi sorpresa: ahí estaba William Evans con mi padre. ¿Qué hacía él aquí? La última vez que hablamos me dijo que hundiría mi empresa, y ahora encima les había puesto en muy mal lugar con la nota de prensa. Ambos me miraron. William estaba aún más guapo de lo que le recordaba. Llevaba una barbita de varios días. «Uf, qué bueno está el ogro», pensé.

—Buenos días.

—Buenos días —me dijo William.

—Buenos días, hija.

—¿A qué debemos su visita, señor? Ya sabemos que el plazo se ha acabado.

—Margaret, déjame hablar a mí —me dijo mi padre.

—Adelante —le dije a papá. Mirando a William, en apariencia estaba tranquilo, pero no me daba buena espina, la verdad.

—William y yo hemos hablado. Está dispuesto a invertir en nuestra empresa, y a ayudarnos de tal manera que, en el momento que vuelvan las ganancias y llegue toda la cantidad que le debemos, se lo quedara. Él está dispuesto a recapacitar sobre aquella publicación que puso, pero tú también tienes que disculparte.

—¿Tan fácil? No me lo creo.

—En el momento en que las familias salen a relucir hay que saber rectificar, y estoy dispuesto a enterrar el hacha de guerra, Margaret —dijo William.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente. —Me lo dijo mirándome con esos ojazos azules y me tembló todo.

—De acuerdo.

—Perfecto, pues en cuanto lo tengamos, firmo el contrato. Me trasladaré aquí una temporada La rueda de prensa para que ambos pidamos disculpas ambos está programada para mañana.

—¿Mañana?, ¿tan pronto?

—¿Pronto? Hace un mes que dijiste eso de mi familia, estuve a punto de denunciar al periódico, pero preferí que rectificaran, no soy tan malo.

—Es el periódico de una amiga, y lo hizo por mí. Menos mal que no te has ensañado con

ella...

Ahora solo podía pensar en que al día siguiente estaba prevista la rueda de prensa y me daba mucha vergüenza, iba a quedar fatal.

La mañana transcurrió bien. Las horas pasaron volando, cuando realmente quería que pasaran despacio. Estuve dándole vueltas y vueltas a lo que diría para no quedar en ridículo delante de todos.

Llamé a Charles para decirle que iba a casa, y cómo no, en su oficina respondió Christine.

—Despacho del señor Charles Smith, le atiende su asistente Christine Scott.

—Christine, pásame con mi novio.

—Margaret, Charlie no está ahora mismo.

—¿Charlie?, ¿cómo que Charlie? Charles. A ver, repite conmigo: Charles.

—Charlie quiere que le llame así.

—¿Dónde está mi novio?

—Charlie está reunido, luego le digo que llamaste. Te dejo, que estoy haciendo algo urgente que requiere toda mi atención.

Y me colgó. ¿Pero esta tipa de qué iba?, ¿quién se creía que era? Me fui a casa muy enfadada. Cuando llegara mi novio me iba a escuchar. Pero las horas pasaron y pasaron y nada de Charles.

Por fin llegó a medianoche, con una copa de más.

—Hombre, Charlie, ya has llegado.

—Hola, nena.

—¿Dónde has estado, Charlie?

—¿Por qué me llamas así?

—Hombre, si tu asistente puede, yo también.

—¿Estás celosa?

—Celosa, y enfadada. ¿De dónde coño vienes a estas horas, y ni me has llamado?

Se acercó a mí para besarme, pero me aparte dándole un empujón.

—Apesta a perfume barato, y tienes carmín en tu camisa.

—¿Qué insinúas, nena?

—No me llames nena, y no insinuó, pregunto: ¿te has revolcado con esa zorra?

—¿Qué dices, Margaret?

—Lo que oyes, te has revolcado con ella, ¿cierto?

—No, pero ¿de qué hablas?

—Esta noche duermo en el cuarto de invitados, pero mañana me voy de esta casa.

—Por favor, no hagas ni digas nada sin saber.

—Te lo repito otra vez y, si de verdad en algún momento me has querido, sé sincero conmigo: ¿te la has tirado?, dímelo.

—No, no me la he tirado.

—¿Por qué tienes carmín en la camisa?

—Me ha besado, vale, pero la he apartado.

—¿Por qué llegas a estas horas? No te creo.

—Llego a estas horas porque estaba en una reunión cerrando un negocio, y Christine vino porque trabaja para mí.

—Claro, claro. ¿Te dijo que te llamé?

—No, ¿cuándo?  
—Ahí lo tienes, qué gran asistente.  
—Se la habrá pasado.  
—¿Quieres dejar de defenderla?  
—Margaret, ayer te lo dije, lo de la reunión, jamás te habría engañado.  
—En Irlanda me besé con un tipo, y estuve a punto de acostarme con él, pero no pasó nada porque te quiero. No estuvo bien, pero estaba muy bebida. Me arrepiento, pero dime, ¿cómo te sientes ahora que lo sabes? —No sé por qué demonios dije eso, pero me salió así. Quería que sintiera lo que sentí yo con la tipeja esa.  
—¿Cómo?, ¿que te besaste con otro?, ¿con quién?  
—¿Qué más da, Charlie?  
—No me llames así.  
—Ah, perdón, solo te puede llamar así esa zorra.  
—Basta ya, Margaret. Tú sí te liaste con uno a propósito; a mí ella me besó y yo la aparté.  
—Estamos empatados.  
—El que se va de casa soy yo.  
—No, me voy yo, lo dije yo antes. Esta casa es tuya.  
—Quiero que te quedes, yo me voy unos días. Necesito pensar, me ha dolido eso que has hecho.  
—Claro, tú ve corriendo a desahogarte con esa puta.  
—Margaret...  
—Charles...

Esa noche cada uno dormimos en cuartos diferentes. Era la primera vez en dos años que nos enfadábamos así. A la mañana siguiente, cuando me desperté, él ya no estaba. Vi que faltaba ropa de su armario. ¿Qué había hecho?, había tirado mi relación por la borda por estúpida...

Encima tenía que prepararme para la rueda de prensa. Uf, iba a quedar como una loca ante todo el país, y todo por culpa del ogro.

Me di una ducha, me puse un traje de chaqueta azul marino y una camisa negra de seda, mis tacones, me hice una coleta medio despeinada y un maquillaje natural.

Antes de la rueda de prensa me reuní con mi padre y William. Hablamos un rato sobre cómo solucionar mi metedura de pata.

—¿Y qué le voy a decir a la prensa? Voy a quedar fatal. Hablo mal de ti y tu familia y ahora estás aquí. Voy a parecer una estúpida.

—No haber hecho lo que hiciste. Pero tengo una idea.

—¿Cuál? —preguntó mi padre.

—Que su hija y yo finjamos una relación.

—¿¿¿Cómo???

—Es la única solución que se me ocurre: yo me pongo al frente de la empresa durante un tiempo porque vamos a casarnos. En ese tiempo, recupero el dinero que me han robado y, una vez lo haya recuperado, nos divorciamos.

—No estoy en venta.

Durante un rato discutimos esa posibilidad, hasta que me di cuenta de que no me quedaba otra opción que ceder: mi metedura de pata había sido grande, y había puesto en peligro la empresa y el sostén de mi familia y de todos nuestros empleados. Si este hombre podía

ayudarnos a recuperarnos, aunque lo hiciera solo para recuperar su dinero, yo tenía que poner de mi parte y ceder. ¿Acaso no hay quien se casa para obtener papeles u otros motivos similares?

—Hija, piensa en la empresa. Además, no durará tanto, solo hasta que consiga el dinero — suplicó mi padre.

—Exacto, una vez que haya recuperado mi dinero, tendré el placer de divorciarme de ti — dijo William.

—¡Eres un idiota! Sí. Acepto, pero olvídate de tener una vida de pareja. De cara a la galería seremos la pareja perfecta, pero luego en la privacidad, cada uno tiene su vida.

—Hecho.

Una vez acordado el plan, nos dirigimos a la sala de prensa.

—Bueno, ya estamos listos para comenzar, así que hagan sus preguntas y nosotros responderemos.

—Señorita Jones, ¿por qué habló así del señor Evans? —preguntó el primero.

—Estaba enfadada porque él hablo antes mal de mí y de mi empresa.

—¿Ya han solucionado sus problemas?

—Sí, ya está todo solucionado. El señor Evans y yo hemos tenido una reunión y hemos solucionado el problema.

—¿Es cierto eso, señor Evans?

—Sí, es cierto.

—Señorita Jones, ¿por qué sacar todas esas mentiras de la familia de los Evans?

—Fue un malentendido, no era mi intención dañar a la familia Evans.

—¿La ha perdonado, señor Evans?

—Claro, fue una pelea de enamorados.

Me quedé de piedra al escuchar eso. Miré velozmente para William, él me miro, me agarró por la cintura, me atrajo hacia él y me beso. Me aparté corriendo; toda la prensa nos fotografiaba.

—¿Son novios?

—Sí, lo somos, y estamos prometidos.

—¿Se van a casar?

—Sí, en quince días.

¿Qué? Salí de allí escopeteada. William me siguió y me metió en mi despacho.

—¿Qué haces, Margaret?

—¿Estás loco?, ¿por qué dices que nos vamos a casar en quince días?

—Nuestro trato va en serio, cariño. —Me acercó a él y me volvió a besar con esos besos tan salvajes, desesperados, y a la vez impersonales que me daba.

—No quiero.

—Sí, sí quieres, o tu empresa acabara en la ruina y tu familia arruinada y en la calle. Además, cuando llegue a la cantidad que me deben, nos divorciaremos y tendrás el camino libre para seguir con tu vida. Ya he hablado con la prensa y me vas a seguir la corriente. Vamos, nos esperan.

Sentí que me habían empujado desde un rascacielos y no tenía paracaídas para abrir. Estaba a punto de estamparme contra el suelo.

—Disculpen la salida de mi prometida, es que estaba emocionada —explicó William a la prensa.

—¿Entonces, la pelea y todo lo que se formó con la prensa, fue una pelea de enamorados?

—Sí —alcancé a decir con un hilo de voz.

Después de la rueda de prensa, me metí en el despacho de mi padre y la tuve bien grande con él.

—Has apoyado esto, ¿cómo has podido?

—Tú nos metiste en este lío.

—¿Qué?, ¿yo? Te recuerdo que fue tu querido Thomas, o como demonios se llame.

—Sí, pero tú entraste en la guerra con él, y esta empresa siempre ha sido seria, responsable, y no voy a permitir que por un error de mi hija se arruine.

—Luego dices que me quieres... Qué mal, papá...

—No seas exagerada, hija. Te vas a casar con un tipo que es guapo, apuesto, con dinero y al que todas se rifan.

—Pues yo no.

—Pues acéptalo, porque os vais a casar en quince días.

En menos de 24 horas, mi vida se había desmoronado. Mi relación con Charles estaba ¿acabada? y mi padre me había entregado a un ogro. ¿Qué sería de mí? ¿Y si huía y me iba lejos a empezar de cero?

Llamé a mi hermana Isla y le dije que necesitaba hablar con ella. Quedamos a las 17:00 en el café que estaba en la esquina de la empresa.

—Hermanita, ¿qué te pasa? Traes mala cara.

Cuando la conté todo a mi hermana, se quedó alucinaba.

—Hermana, no sé qué voy a hacer. En quince días se supone que es la boda, pero si no acepto, nuestra empresa se irá a la ruina, y todo porque yo cometí el fallo de atacar al ogro.

—Supongo que el ogro soy yo... —Me di la vuelta y ahí estaba William. Se había quitado la corbata y la chaqueta, y se veían esos músculos que tenía. Era un idiota, pero estaba tremendo.

—Hola, soy Isla, la hermana de Margaret.

—Encantado, soy William Evans, el ogro.

—Encantada. Disculpa a mi hermana, pero como comprenderás, está disgustada.

—¿Qué haces aquí, me sigues? —le pregunté.

—No, he venido a por un té antes de irme.

—No tienes pinta de tomar té.

—Pues sí, lo tomo y me encanta. Bueno, las dejo, encantado, cuñada; adiós, mi amor.

Y se fue igual que vino.

—Joder, está buenísimo.

—Pues todo lo que tiene de cañón, lo tiene de imbécil.

—Bueno, al menos te casas con un bombón, aunque tu novio también esta como un quesito.

—¿Qué novio? Charles y yo discutimos ayer por la Christine esa, y le conté que cuando fui a Irlanda salí de copas con Florence, se nos presentaron unos tipos y, para resumir, me besé con uno. Estuve a punto de irme a la cama con él, pero hubo una pelea y me fui de allí.

—¿En serio?

—Sí, pero no imaginas quién era la persona con la que me besé...

—¿Quién? ¿Era un cardo?

—No, querida. Era William Evans.

—¿Qué?

- Lo que oyes. Yo aún no sabía quién era.
- O sea, que te morreaste con ese adonis. Y ¿qué tal?
- Dejémoslo.
- Te gusto, ¿eh?
- Necesito salir de copas, necesito despejarme. Vayámonos, por favor.

Me fui a casa a ducharme y a cambiarme para salir con mi hermana. Charles seguía sin dar señales. Me topé con que se había dejado su teléfono de empresa, así que decidí acercárselo al trabajo; últimamente salía muy tarde.

Llegué allí como a las 20:00 y subí directamente a la oficina de Charles. No estaba su secretaria y solo había luz en su despacho. Oí unas risas, así que aceleré el paso.

Ahí estaba Christine, revoloteando a su alrededor. Él se reía y ella le estaba acariciando la cara. Cuando Christine me vio por la cristalera, se acercó a él y le besó.

- Disculpen si les molesto —dije.
- Charles apartó de golpe a Christine.
- Margaret, esto no es lo que crees.
- No, claro, no lo es.
- De verdad, yo te amo a ti. Iba a volver a casa esta noche para hacer las paces.
- Pues no te molestes, quédate con esta zorra.
- Un respeto. Aquí la zorra eres tú.
- Christine, por favor, ya está bien. No quiero ningún numerito más de los tuyos. Esta mujer que está aquí es la única a la que quiero besar.
- ¿Ah, sí?, pues que sepas que esta zorra a la que tanto quieres besar se va a casar con William Evans.

- Recoge tus cosas, estás despedida.
- Lo estaré, pero te ha traicionado.

Sacó su teléfono y le enseñó la nota de prensa donde se anunciaba mi compromiso con William.

- ¿Qué es esto, Margaret?
- Christine, sal de aquí.
- No, me quedo.

Me lancé sobre ella y le metí tal puñetazo que le hice sangre en la nariz.

- ¡Y ahora lárgate de aquí!
- ¡Charles, mira lo que me ha hecho! —protestó Christine.
- Lárgate, Christine. Margaret y yo tenemos que hablar.

La tipeja salió de allí llorando y humillada.

- ¿Qué es esto, Margaret? ¿Es un error, verdad?
- Me temo que no...

Cuando le conté la historia, yo lloraba desesperadamente, pero Charles estaba muy serio, en silencio.

- Pero no puedes acceder a eso.
- Es eso o la ruina. Cuando logremos saldar la deuda nos vamos a divorciar, pero mientras tanto debo estar casada con él.
- ¿Pero por qué?
- Imagino que soy su seguro...

—¿Y nosotros?

—No lo sé, Charles.

—Yo te amo, Margaret.

—Y yo a ti, pero necesito aclarar mi vida, quiero recuperarla.

—No sé. Trataré de conseguir el dinero para esa deuda.

—Charles, es una deuda de empresa, y tu acabas de abrir la tuya. No son solo unos miles de libras —intenté explicarle, pero lo cierto es que necesitaba salir de allí urgentemente, me estaba viniendo abajo por momentos—. Me voy, Charles, necesito despejarme. Me siento perdida, discúlpame.

Salí de allí embalada, no sabía qué iba a pasar en mi vida.

No deseaba casarme con Margaret, pero tenía que hacerlo. Nadie se metía con mi familia y se iba de rositas. Y ninguna mujer me iba a ridiculizar.

—Will, ¿cómo es eso de que te casas? —me preguntó mi hermana al teléfono.

—Lo que oyes.

—¿Pero cómo te vas a casar con Margaret? No la quieres, os lleváis a matar.

—Por amor te aseguro que no es. Me voy a cobrar la humillación que nos ha hecho a la familia, en dinero y en venganzas.

—Por favor, hermano, déjalo, por la paz.

—Nunca, jamás se lo voy a perdonar.

—Pero tú empezaste.

—Yo no saqué miserias de su familia. Bethany, te tengo que colgar, he quedado esta noche.

Me enteré de que Margaret iba a salir esa noche y le puse a alguien que la vigilara. Estaba dispuesto a saber qué hacía a cada paso.

A las 22:00 estaba entrando en el pub donde se supone que Margaret había quedado con su hermana y con Florence. Yo quedé con James, que había venido conmigo en misión abogado y no se iría hasta el lunes. Todo estaba lleno de gente, las mesas estaban a reventar, pero en una esquina las vi, ahí estaban las tres.

—Hombre, pero a quién tenemos aquí —dije mirando a Margaret.

—¿Qué pasa, que no hay más locales en Londres? —protestó ella.

—Aquí solo entramos los importantes.

—Qué asco, eres un jodido engreído.

—Lo valgo, nena.

—No me llames nena, no soy tu nena.

Todos nos miraban como si estuvieran en un partido de tenis. James se había sentado junto a Florence y ya estaba tonteando con ella de nuevo, como aquella noche en Irlanda.

—¿Y tu novio?, creía que me habías dicho que tenías novio.

—No, ya no tiene —me dijo su hermana.

—Vaya, no me extraña, si tonteas con todos.

—¿Perdón?, ¿me estás llamando puta?

—No, pero teniendo novio me besaste.

—Nos besamos, y por mi parte estaba borracha, preferiría besar a una rata que volverte a besar a ti.

—Pues vas a tener que hacerlo en público, mi amor, y ahora lo estamos.

—Ni de broma.

—Estamos prometidos, y mientras dure esto, vas a tener que hacerlo.

Noté cómo se tensaba su cuerpo, cómo me miraba como queriéndome ahogar... Me daban ganas de agarrarla, ponerla sobre mis piernas y darle unos azotes, para que aprendiera que

conmigo no se juega.

Para rebajar la tensión, me dirigí a su hermana.

—¿Quieres bailar? —le dije a Isla.

—Sí, claro, por qué no.

Margaret miró a su hermana como queriendo abofetearla.

—Contigo no bailo —le dije—, que vas a querer acostarte conmigo y luego me dejarás tirado.

—Vete a la mierda —me respondió.

Mientras bailaba con Isla la miré. Estaba sola, ya que Florence y James también bailaban.

Ese tipo era un idiota redomado, ¿pero quién demonios se creía que era? Todos bailaban y yo ahí sola, mientras él me miraba con cara de «jódete». Parecía un niño de quince años.

En la barra a mi lado se puso un chico bastante mono y se pidió un whisky, así que pensé que esa era la mía.

—Hola, ¿estás solo? —Porque en directa no me gana nadie.

—Hola, estoy con unos amigos. Y tú, ¿estás sola?

—Bueno, mis amigas están bailando, y aquí estoy yo.

—¿Y qué hace una chica tan guapa como tú aquí sola sin bailar?

—No me van las baladas. No estoy pasando por un buen momento, prefiero bailar algo más movido.

—Mira, como yo.

—¿Te gusta bailar?

—Bueno, doy clases de baile los fines de semana.

—¿En serio? Me llamo Margaret.

—Yo soy Fred.

—Encantada.

Miré a la pista de baile y vi que William me estaba mirando fijamente. Su sonrisa burlona se había transformado en un gesto de mosqueo. En ese momento pusieron *Valió la pena*, de Marc Anthony.

—Me encanta esta canción —le dije a Fred—. ¿Quieres bailar?

—Sí, me encantaría.

Fuimos a la pista de baile y madre mía, ¡cómo bailaba Fred! Me llevaba de un lado a otro. Yo me aproveché, y cada vez que William me miraba, yo me pegaba más a Fred para cabrearle. Quería fastidiarle como él hacía conmigo.

—¿Trabajas como bailarín?

—No, la verdad es que soy fotógrafo. ¿Y tú?

—Yo trabajo en una empresa textil.

—Ya terminó la canción, ahora me toca a mí —irrumpió William con cara de pocos amigos—. Por cierto, soy William Evans, el prometido de Margaret.

—Encantado, soy Fred —dijo mirándome con cara de confusión.

—No es mi felicidad, Fred, por eso no te lo he dicho.

—Bueno, os dejo que bailéis, encantado de conocerte, de conoceros.

Y se fue. Yo me quería ir de la pista de baile, pero William me agarró del brazo y no me dejó.

—Ahora bailas conmigo.

—No me da la gana, que luego se te calienta la polla.

—Me estás calentado las pelotas.

—Te jodes.

—Margaret, nos están mirando. Baila, vamos.

Estaban poniendo a Michael Bubleé con *Me and Mrs Jones*, y William me agarró por la cintura y me pegó a él. Oía de maravilla, este hombre me llevaba a dos puntos muy diferentes: en uno me sacaba de quicio, pero en el otro me daban ganas de estar así pegada a él, oliéndole, abrazándolo... ¿Pero qué demonios era eso? «No hay quien te entienda, Margaret», pensé.

Estuvimos un rato en silencio, yo abrazada a él, y sentí paz, una paz que hacía semanas que no sentía. Él me tenía agarrada por la cintura y me acariciaba. ¿Por qué a veces parecía tan tierno y otras era un auténtico ogro? ¿Sería bipolar?

—¿Ves cómo sí te gusta abrazarme?, ¿qué decías de una rata? —Y ahí rompió la magia.

—Me refería a besarte. No te besaría.

—Ah, ¿no?

—Se me acercó, posó sus labios sobre los míos y me besó. Sus labios estaban calientes y suaves. Fue un beso lento.

—¿Ves?, me has besado.

—No perdona, has sido tú.

—Pero no has dicho que no.

—Bueno, me vuelvo con las chicas.

—No ha acabado la canción, espera.

—Me quiero ir, William.

—¿Por qué?, ¿te incomodo?

—Un poco, bastante.

Y me fui de la pista de baile volando.

—Guauuu, hermanita, para tenerle odio, anda que no le besas —me dijo mi hermana cuando llegué a la mesa.

—Isla, cállate.

Necesitaba salir de allí, así que cogí mis cosas y me fui corriendo sin avisar a nadie ni responder a las llamadas de mi hermana ni de William.

No me lo podía creer: ya habían pasado dos semanas. Había llegado el día de mi boda con el ogro.

La verdad era que se había portado bien esas dos semanas. Nos veíamos en la oficina y había sido correcto, no me había buscado para discutir.

La boda irreal que se celebraría ese día la había organizado Bethany, la hermana de William, así que yo no había tenido que preparar nada de esa farsa. No habíamos hablado nada más que cuando me preguntó si la podíamos celebrar en el jardín de la casa de mis padres y yo le dije que sí.

No me podía creer que fuera a casarme con una persona de la que no estaba enamorada, ni el de mí. Era todo tan irreal... Si hacía todo eso no es por mi padre, la verdad es que me había defraudado apoyando esta boda; lo hacía por mi abuelo. Él había creado esta empresa con tanto amor, fe, y dedicación... Me parecía fatal que acabará todo en la basura porque yo hubiera metido la pata en un impulso. William era el que había comenzado, sí, pero reconozco que me pasé al sacar toda la basura de su familia.

Me casaría con un vestido de tul color hueso que me había comprado una vez para asistir a una fiesta. No me quise comprar nada para la ocasión. Para qué, si esa boda para mí no era real...

Mi hermana llamó a Charles. Le preguntó si iba a venir y él, obviamente, le dijo que no. Qué iba hacer él allí...

Me sentía tan extraña... No sabría cómo describirlo. Hasta hacía poco yo sentía que tenía una vida feliz. Sí, había cosas que quería cambiar, pero era feliz, y de un plumazo todo se había esfumado. Charles, mi Charles, con el que tenía planeado casarme en un año ya no estaba junto a mí, y ahora, casi por obligación, iba a casarme con alguien a quien no quería y que además me caía fatal.

—¿Se puede?

—Hola, Bethany.

—Hola, Margaret. Venía a avisarte, ya está todo listo, en media hora comienza la ceremonia.

—Espera, por favor, no te vayas. Me gustaría hablar contigo.

—¿Qué me quieres decir?

—Por favor, escúchame. Siento muchísimo lo que hice, te lo juro, por favor, perdóname. Si pudiera rectificar lo haría. Pedí perdón a la prensa y, a partir de hoy, voy a empezar mi castigo. Me voy a casar con tu hermano sin amarlo.

—Cuando te conocí me caíste tan bien..., no sé, vi en ti la hermana que siempre soñé, incluso me gustaste para Will.

—Lo de la hermana me pasó igual contigo, una hermana más, pero eso de tu hermano, ya te digo yo que no. No puedo con él. Si me caso es para pagaros la deuda que Thomas provocó y así salvar mi empresa, por nada más. Jamás podré amar a tu hermano. Perdóname, por favor.

—Veo en tus ojos que estás arrepentida de verdad, así que te perdono, pero jamás vuelvas a hacer algo así. Y con respecto a Will, él antes no era así. Mi hermano era todo corazón. Era

bondadoso, cariñoso, pero cambió... por algo que le pasó.

—¿Qué le pasó, si se puede saber?

—Mi hermano estuvo enamorado de una tipeja que se llamaba Violet. Aparentemente estaba locos el uno por el otro, se prometieron.

—¿En serio?, tu hermano, ¿enamorado?

—Sí, mi hermano no es ese ser que ves, de verdad.

—¿Y por qué no se casaron?

—El día de la boda ella le dejó plantado y huyó con nuestro primo.

—¿¡Qué!?, ¿en serio?

—Sí, nos robó mucho dinero, y le robo el corazón a Will. En ese momento, se juró que jamás se volvería a enamorar, que usaría a las mujeres, y que quien se la hiciera se la pagaría. De ser Will el encantador, se convirtió en William, el ogro.

—Estoy alucinando.

—No le temas, solo hay que saberlo llevar.

Entraron mis hermanas, Isla, y Madison, que había vuelto de la universidad.

—Hermana, no sabes qué ganas tenia de verte.

—Y yo a ti, preciosa.

—Tenemos que ponernos al día, ¡vaya cañonazo de cuñado tengo!

—Madison, no le llares cuñado, esto es solo durante un tiempo.

—Bueno, cuñada, va a empezar la boda —dijo Bethany—, tenemos que salir ya, la boda está por comenzar.

Estaba histérica: estaba a punto de condenarme, pero le eché valor y salí de la habitación.

Bajé las escaleras y me dirigí al jardín, estaban todos sentados. Al verme se pusieron en pie. William me esperaba delante, junto al juez. Estaba impresionante. ¿Por qué me atraía tanto ese hombre si le odiaba? Llegué a su lado, me miró sonriente y dio comienzo la ceremonia.

15.

— William —

Ahí estaba, con su cara de inocente, parecía un pajarillo asustado. Estaba preciosa, pero eso todo fachada. No sabía que estaba a punto de sentenciarse a sí misma. Desde el momento que el juez nos dijera que ya estábamos casados, su vida no sería la misma... Ni tampoco la mía. No era consciente de que en esa trampa caería yo también.

La ceremonia fue bien. No era la boda soñada, pero me animé a mí misma. No iba a permitir que me amargara algo que no duraría más que unos meses, a lo sumo un año, así que decidí seguir siendo yo, seguir viviendo mi vida y, cuando la deuda estuviera saldada, divorciarme y si te he visto, no me acuerdo.

Cuando nos dimos la vuelta para ir por el caminillo del altar juntos, alcé la vista y ahí estaba Charles, mirándome con los ojos llenos de lágrimas. Me sentí morir en ese instante, me solté de William y me dirigí hacia él, pero William me agarró del brazo.

—¿Dónde vas?

—Necesito hablar con él.

—No, ahora, no. Acabamos de casarnos, no es momento para hablar con amantes.

—No es mi amante, es mi novio, o al menos lo era.

—Pues ahora eres mi mujer, y me vas a respetar.

Todos se acercaron a felicitarnos.

Busqué entre todos a Charles, pero no le vi. Mi hermana, cuando vino a darme un beso, me dijo que Charles estaba en el despacho, así que sin que nadie me viera, me fui a buscarle.

—Al final lo has hecho —me dijo Charles.

—En contra de mi voluntad.

—No se te veía muy mal cuando te ha besado.

—Charles, todo es fingido ante los demás, por el bien de la empresa, pero no sabes cuánto le odio.

—¿Qué pasa conmigo entonces?

—Espérame. Cuando todo esto pase, te juro que me caso contigo. Si es que me quieres esperar... Entendería que no quisieras.

Charles me miraba con los ojos tristes. Me daban ganas de huir con él y no mirar jamás atrás.

—Yo te esperaría eternamente, Margaret, pero ¿cuánto tiempo va a durar esto?

—Hasta que saldemos la deuda, te lo juro. Luego nos divorciaremos y nos casaremos tú y yo.

Charles me abrazó y me besó tan tiernamente que no quería volver a lo que sería mi vida a partir de entonces.

—Por favor, ¿puedes soltar a mi esposa? —oímos al otro lado de la puerta.

Me separé de Charles rápidamente, no tenía ganas de más peleas.

—William, ¿qué haces aquí?

—Estaba buscando a mi esposa, y veo que ya estaba en los brazos de otro.

—No voy a permitir que la ofendas —respondió Charles.

—Tranquilo, tranquilo, cariño —medié yo.

—¿Cariño? —preguntó William—. No, mi amor, cariño soy yo, por lo menos hasta que nos divorciemos, así que, por favor, salgamos fuera ya que nos están esperando. Y tú, cómo te llames, puedes irte por dónde has venido.

—Te voy a partir la cara.

—Charles, por favor —rogué—. Hablamos en otro momento, tranquilo. Piensa en lo que he dicho.

Agarré por el brazo a William y salimos con los invitados.

La celebración fue bien. Todos comieron, bebieron y bailaron. Nos pedían a William y a mí que bailáramos. Yo no tenía muchas ganas de bailar con ese tipo, pero no me quedaba más remedio si quería recuperar mi empresa y mi vida.

—Le he dicho a mi hermana que pongan nuestra canción.

—¿Nuestra canción?

—Sí, la primera vez que bailamos pusieron la de Michael Buble, *Me & Mrs Jones*.

La canción empezó a sonar. William me agarró por la cintura y me atrajo hacía él; olía de maravilla, la verdad.

—¿Estás disfrutando de la boda?

—Ps, te recuerdo que esta boda no es real.

—Lo sé, pero me he comportado, ¿no?

—Sí, eso sí. Te has comportado.

—Pues prepárate, mi amor, porque a partir de hoy te voy a hacer la vida imposible. Me vas a pagar la humillación que le hiciste a mi familia. Nadie que se mete con los míos y sale bien parado. —Me lo dijo sonriendo, mirándome a los ojos, esos ojos azules tan intensos que en ese momento me aterraban. Me quise soltar de él y huir—. No, mi amor, de aquí no te mueves, nos están mirando. Tenemos que acabar la canción.

—No sabes cuánto te odio.

—Lo sé, y me encanta, ese es mi propósito.

Le miré a los ojos y por primera vez vi en sus ojos ganas de venganza.

Después de la canción, me solté de él y me metí dentro de la casa. No quería hablar con nadie. Madison, mi hermana, a la que veía muy poco porque vivía en la residencia de la universidad y estaba todo el tiempo allí, vino a verme.

—Hermana, ¿qué te pasa?, te veo perdida.

—No te preocupes. Más bien, ¿cómo estás tú?

—Bien, he conocido a alguien, pero hasta que no lleve más tiempo, no hablaré de él.

—Margaret, te está buscando William —interrumpió Bethany—. Dice que os vais ya.

—No, yo no me voy.

—Mi amor, estabas aquí —dijo William apareciendo por detrás—. Sí, sí que nos vamos. Recuerda lo que te he dicho antes, estoy deseando estar a solas contigo.

—Me llamo Madison, soy la hermana pequeña de Maggie. No hace falta que disimules con nosotras, sabemos que esto es una farsa.

—Pues si lo sabéis, más vale que le digáis a vuestra hermana que haga lo que le digo o vuestra empresa y vosotros os vais a arruinar, así que más vale que no me provoque.

—William, relájate —dijo Bethany.

—Vámonos ya, Margaret. —William me agarró de la mano y me sacó de allí.

—Eres un imbécil.

—Más te vale que empieces a controlar esa lengua conmigo.

—¿O qué?, ¿me vas a pegar?

—Jamás le he levantado la mano a una mujer, hay otras formas de hacerte callar.

—Vete a la mierda.  
—Ya estoy en ella, mi vida.

Llegamos como media hora después a una casa en la zona de Chelsea. La casa por fuera era blanca con una verja negra. Era muy bonita.

—¿Dónde estamos?  
—En nuestra casa.  
—No sabía que tuvieras casa aquí.  
—La he adquirido para vivir nuestro matrimonio feliz, cariño.  
—No me llames así.

Entramos. Realmente era preciosa. Enfrente de la puerta había una escalera, el suelo era de tarima flotante y paredes blancas. En la planta baja estaba el salón y la cocina. El salón era amplio, con una gran ventana. Había un sofá gris con mesitas de cristal y grandes lámparas. Detrás, la mesa de salón, también de cristal.

—¿Cuál es mi habitación?  
—La misma que la mía.

—Ni lo sueñes. Vale que tengamos que fingir delante de empleados y de la prensa, pero aquí somos dos personas que se detestan. Te repito, ¿dónde está mi habitación?

Se acercó a mí y me agarró de la cintura. Sus ojos azules se clavaron en los míos. Le odiaba, y en el fondo le tenía algo de temor desde que me había dicho que me iba a hacer la vida imposible.

—Suéltame, William.  
—No, es nuestra noche de bodas.  
—Te repito que me sueltes.

Me intenté zafar de él, pero William era tan alto y fuerte que no me podía deshacer de sus brazos.

Se abalanzó hacia mi boca y me besó. Fue un beso sin sentimiento, un beso fuerte. Devoró mi boca, pero le mordí el labio y le hice sangre. Noté el sabor. Entonces me soltó.

—Eres una maldita salvaje.  
—Te he dicho que entre tú y yo no va a haber nada, ¡ni hoy, ni mañana, ni nunca!, ¿te ha quedado claro? —le grité.

Salí corriendo escaleras arriba y me metí en la primera habitación que encontré. Supongo que era la principal porque estaba nuestro equipaje. Cogí su maleta y se la tiré por las escaleras. Seguidamente me encerré en la habitación con pestillo.

Era una maldita salvaje. Me había hecho sangre, pero yo a esa fiera la iba a domar. La besé, sí, porque, aunque quería vengarme de ella y la detestaba, no dejaba de ser una mujer preciosa, y ese día estaba espectacular. Cuando se enfadaba, más la deseaba. Y a base de besos la iba a domar.

Sonó un golpe fuerte por la escalera. Me había tirado mi equipaje, así que subí y aporreé la puerta con rabia.

—¡Abre la maldita puerta, Margaret!

—No. Búscate otra habitación, esta es la mía, y no te voy a dejar pisarla. Eres un maldito loco.

Aporreé la puerta, pero no me abría.

—¡La voy a tirar abajo como no me abras!

—Voy a llamar a la policía, maldito loco.

No nos venía bien la mala prensa, así que decidí irme a la otra habitación. Como no podía relajarme, llamé a Susan, una amiga con derecho que tenía desde hace años. Cada vez que venía a Londres la llamaba, y esa noche la necesitaba.

—Susan, necesito verte, ¿puedes quedar? Ok, pues te mando por mensaje mi dirección, y sí, dile a tu amiga que también puede venir.

Al cabo de una hora llegaba Susan con su amiga. Ya que mi mujer no quería relaciones conmigo, tendría que tenerlas con alguien.

A eso de las cinco de la mañana, un ruido estruendoso me despertó. Estaba asustada porque no me fiaba nada de William, así que me sobresalté. Era aún noche cerrada. Cogí un vaso de cristal que tenía en mi mesilla y salí de la habitación. Todo estaba a oscuras. Bajé las escaleras y vi luz en el salón. Al llegar, vi a una tipa desnuda.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—No, ¿quién eres tú?

—La dueña de esta casa.

—No, el dueño soy yo —dijo William, que salía de la cocina completamente desnudo.

—¿Quieres taparte?

—¿Te excita lo que ves?

—No, me asquea más bien. —Y volví a dirigirme a la mujer—. Repito, ¿quién eres?

—Soy Susan, amiga de Will.

De pronto salió de la cocina otra tipa, también desnuda, cómo no.

—Vaya, se han montado una fiesta, por lo que veo.

—Ya que mi mujer no quiere darme mi noche de bodas, he tenido que llamar a unas amigas.

—Fuera de aquí, ya.

—No, no nos vamos, somos amigas de Will y esta es su casa, así que, si no es él quien nos hecha, nosotras no nos movemos.

—¡Fuera YA! —grité.

William me agarró del brazo y me metió en la cocina.

—¿Qué demonios crees que haces? Son mis amigas, y de aquí no se van a mover.

—Querido, ahora soy tu esposa, y me vas a respetar.

—Somos esposos de cara a los demás; en la privacidad haré lo que me dé la gana. ¿O es que estás celosa?, puedes unirme si lo deseas.

—Qué asco me das, ni te lo imaginas. Hazme el favor y tápate.

—No, me gusta estar desnudo.

—Eres un cerdo.

Se abalanzó sobre mi e intentó besarme de nuevo. Le abofeteé.

—¿No te quedó claro el mordisco de antes?

En ese momento entró Susan.

—Will, te estamos esperando.

—Ya voy, preciosa. Le estaba dejando claro a mi mujercita quién manda aquí.

—Eres una estrecha, amiga —me dijo ella.

—Cállate la boca, pedazo de zorra, no sabes nada de mí.

—No me vuelvas a llamar zorra o no respondo.

—Uy, qué miedo. ¿Qué me vas a hacer, zorra?

Nos acercamos las dos y estuve a punto de darle un puñetazo, pero William me agarró y me echó a un lado.

—Ni se te ocurra tocar a Susan o te juro que mi venganza será aún peor. Y Susan, con respecto a tu pregunta, sí, es una estrecha. Le encanta calentar pollas, pero luego es una frígida.

Salieron de allí riéndose de mí. Me dieron ganas de ir tras él y darle una paliza, y aún no hacía ni 24 horas que nos habíamos casado. Decidí subir a mi habitación, meterme en la cama y cerrar los ojos queriendo olvidar ese día tan horrible.

A las nueve de la mañana me desperté, me vestí y fui a tomarme un café. En el salón estaba todo tirado, había botellas de vino y el sofá estaba desecho.

Me hice un café cogí, mi bolso, le pillé las llaves de la casa a William y salí de allí, no sin antes dejarle una nota en la cocina: «Tu querida esposa se ha ido de esta horrible casa. No soporto verte la cara, así que procuraré evitarte todo lo que me sea posible. No me esperes despierto. Margaret. Pd: Limpia el salón, lo dejasteis todo sucio, y yo en ese sofá no me pienso sentar, a saber qué habéis hecho ahí».

Cogí un taxi y me fui a casa de Charles, necesitaba verlo.

Cuando llegué a su portal, todo me temblaba, no sabía en qué punto estábamos realmente. Toqué dos veces a su puerta y me abrió.

—Margaret, ¿qué haces aquí?

—La verdad, no lo sé. No quiero molestar, mejor me voy.

—Jamás me vas a molestar. Entra, por favor.

Cuando entré, me extrañó ver todo desordenado, ya que Charles era un hombre supermeticuloso con esas cosas.

—¿Qué ha pasado aquí?

—No he tenido ánimo de recoger, la verdad.

—Charles, perdóname, por favor.

—No tengo nada que perdonarte. Lo he estado pensando, tú solo estas ayudando a tu familia, te estás sacrificando, y no quiero ser un estorbo.

Le agarré las manos y le miré a los ojos. Sus ojos azules estaban hinchados de no haber dormido.

—Jamás vas a ser un estorbo para mí, ¿me estas oyendo?

Charles había sido siempre alguien muy importante para mí, ¿cómo iba yo a pensar que fuera un estorbo? Era dulce, cariñoso, paciente... Sí, tenía sus manías, pero como todos, ¿quién no tiene manías?

—No quiero ser un fastidio y que tengas problemas con él.

—Le odio tanto... Anoche se trajo a dos tipas y se las folló allí, en el salón de la que se supone que será nuestra casa durante dure esta farsa.

—¿De verdad?

—Sí, asqueroso. No quiero verlo, ¿puedo quedarme aquí hasta que oscurezca? Si tienes cosas que hacer me voy.

—No, solo quiero estar contigo el mayor tiempo posible. Margaret, abrázame, por favor, abrázame y no me sueltes.

Le abracé tan fuerte que notaba sus músculos nerviosos. Me acerqué a su boca y le besé. Fue un beso tierno, suave.

—Bésame, Charles, borra de mi boca esos besos tan horribles que me ha dado William, por favor.

—William y tú os habéis...

—¡Nooo!, ¿cómo crees? Con lo que le odio..., pero me ha besado a la fuerza.

—¿¡Cómo!? Le voy a partir la vida.

—No, tranquilo, le di tal mordida en el labio que le hice hasta sangre. Abrázame y no me sueltes, Charles.

No sé en qué momento nos quedamos dormidos en el sofá, pero cuando desperté, ahí estaba Charles, como en los viejos tiempos de apenas hacía unas semanas, abrazado a mí y yo abrazada a él, con su cara de niño.

Me incorporé para no despertarlo. Eran las 14:30 y tenía hambre, así que cogí el teléfono para llamar a un italiano que a Charles y a mí nos encantaba. Tenía quince llamadas perdidas de William, y unos cuantos mensajes.

«Margaret, ¿dónde te has metido?». «Dime dónde estás y cógeme el jodido teléfono, YA». «Te estás revolcando con tu noviecito, ¿no? Ah, no, que eres una frígida, es cierto. ¡Contéstame de una vez!».

Le repondí: «Donde yo esté no te importa. No eres mi jodido dueño, William. No me estés jodiendo, estoy con Florence, si te quedas más tranquilo. Disfruta de tus putitas, digo amiguitas. Voy a apagar el teléfono».

Seguidamente llamé a Florence.

Por favor, si te llama William dile que estamos juntas.

—¿Dónde estás?

—Con Charles.

—¿Y si me dice que quiere hablar contigo?

—Que no quiero hablar con él.

—Está bien, mañana nos vemos y me cuentas.

—Perfecto.

Luego apagué el teléfono. Cogí el teléfono de Charles y llamé al italiano que tanto nos gusta. Pedí burrata con aceite de oliva, tagliarini con cangrejo de Dorset, fettuccine con girolles escocesas y de postre tarta de melocotón y almendras.

Cuando llamaron a la puerta Charles se despertó.

—¿Qué hora es?

—Las 15:30.

—Madre mía, me has dejado dormir mucho. ¿Y tú, dormiste algo?

—Sí, me desperté hace un rato. Tenías que dormir un poco. He pedido la comida a nuestro italiano favorito.

—Estás en todo.

Cuando me desperté, estaba en mi cama con Susan y su amiga, que la verdad, no recuerdo cómo se llamaba. Di un salto porque no recordaba lo que había pasado esa noche. Solo sabía que bebimos mucho, y que discutí con Margaret.

Me levanté y me fui a su habitación. La puerta estaba abierta, así que entré. No había nadie. La cama estaba hecha, así que bajé al piso de abajo. Olía a café, pero ni rastro de Margaret. Me encontré una nota suya diciéndome que se iba por ahí, que no quería verme, que no la esperara despierta, ¿y que limpiara el sofá!?

La llamé corriendo y no me respondió. Empecé a enfadarme. La volví a llamar y lo mismo. No sé cuántas veces la telefoneé y nada. Le mandé mensajes y tampoco los leía. ¿Pero está mujer con quién demonios se creía que estaba jugando? Conmigo no juega nadie, y si esta se creía que iba a hacer lo que le diera la gana, lo llevaba claro.

Llamé a Steve Moore, un amigo detective.

—Steve, sé que es domingo, pero necesito hablar contigo. ¿Podemos vernos para comer?

—Sí, por supuesto.

—Pues en una hora nos vemos.

Fui a mi habitación y desperté a mis invitadas. Les dije que se tenían que marchar porque tenía cosas que hacer. Luego me duché y me fui a mi reunión con Steve.

—Steve, ¡cuánto tiempo!

—Hermano, ¿cómo estás? Hace mucho que no te veía.

—He estado bastante liado.

—¿Qué haces en Londres?

—Me he mudado una temporada aquí, me he casado.

—¿Que tú te has casado? ¿El soltero más cotizado de Irlanda?

—De eso se trata, necesito tu ayuda. —Le expliqué el motivo de mi incipiente boda—. Necesito que la vigiles: dónde va, con quién, dónde va de compras, hasta lo que come. Quiero saber todos sus movimientos durante todo el día, todos los días hasta que esta farsa acabe. Ni ella ni nadie me va a vacilar.

—Está bien, William, pero necesitaré una foto de ella y que me des más datos.

—Justo mi hermana me envió esta mañana una foto de ayer, en nuestra boda. Espero que te sirva, no tengo ninguna más. Le expliqué todo lo que sabía de ella, la hora a la que salía de la oficina, la matrícula de su coche, dónde trabajaba su hermana, la dirección de sus padres... Todos los datos que tenía en mi poder se los di.

Ya había anochecido cuando me despedí de Charles. Después de comer habíamos visto una película juntos, de esas que le gustaban a él. Él había querido hacer el amor conmigo, pero le pedí tiempo para analizar todos y cada uno de los acontecimientos que me habían pasado en la últimas semanas. No es que no quisiera acostarme con él, pero estaba con la cabeza tan llena de problemas que no la tenía para otra cosa.

—Quédate a dormir.

—No puedo, Charles. No quiero más problemas con el loco del señor Evans. Ya he estado todo el día fuera, y ahora tengo que regresar a la ficción en la que se ha convertido mi vida. Nunca mejor dicho, esto parece una película de ciencia ficción.

—¿Cuándo volveré a verte?

—Pronto, te lo prometo, no te olvides de mí.

—Jamás podré hacerlo, te quiero.

Nos besamos y me cogí un taxi. Charles quería llevarme, pero le dije que no, mejor no.

Le mandé un mensaje a Florence: «¿Te ha llamado el ogro?, voy de camino a mi cárcel».

Enseguida me respondió: «No, tranquila, dile que has estado conmigo todo el día. He estado en casa trabajando. He comido chino, así que dile lo mismo para coincidir, por si acaso me pregunta mañana».

«Perfecto, así haré, gracias», le dije.

Cuando llegué estaba todo apagado, parecía que no hubiera nadie. Subí directa a mi habitación, no quería verlo. Para mi mala suerte estaba esperándome en mi habitación, sentado en mi cama.

—¿Qué demonios haces aquí? —escupí.

—Esperándote.

—Pues ya estoy aquí, ahora sal.

—Que sea la última vez que llegas a estas horas.

—¿Perdona? Tú no eres mi padre, y soy libre de llegar cuando me dé la puta gana.

Se levantó de golpe y me agarró por la cintura.

—Creo que no me has entendido: eres mi mujer durante el tiempo que dure este circo, y mientras dure me vas a respetar. Vendrás a la hora que te diga y me dirás en todo momento con quién vas a estar. Mi chófer te llevará y te traerá, ¿te ha quedado claro?

Me solté de sus manos, ¿quién demonios se había creído que era? Estaba furiosa.

—¿Pero quién te crees que eres? No necesito que nadie me lleve y me traiga porque tengo mi coche, no tengo por qué darte instrucciones de cada paso que haga y, por supuesto, no voy a llegar a la hora que digas, ¿pero estás loco?

—Esas son mis reglas. Si no las tomas atente a las consecuencias.

—Estoy harta de tus malditas amenazas, ¿qué vas a hacer si no te obedezco?

—Pues sacaré algunas cositas que no te van a gustar nada sobre lo que está haciendo en Oxford tu querida hermana Madison.

—¿De qué hablas?

—De algo que sé de tu hermana que puede joder a tu familia.

—¿Qué es eso que sabes?, puedes estar inventándolo.

Fue a su habitación y me trajo unos documentos. En ellos habían fotos de Madison con un tipo nada recomendable, y en otra se la veía en una fiesta esnifando cocaína. ¿Mi hermana consumía drogas?

—Esto no puede ser verdad.

—Sí que lo es, mi amor. Así que ya lo sabes, o me obedeces o tu familia y el mundo sabrá lo que hace tu hermanita menor cuando no está estudiando.

—Qué asco me das.

—Genial, buenas noches.

Ya era lo que me faltaba, mi hermana Madison drogata, otro problema para mí. Qué harta estaba, qué ganas de salir corriendo. Solo pude echarme a llorar, y patallar, y tirar todo lo que veía en mi habitación.

William entró en mi habitación de nuevo. Estaba todo tirado y yo tenía los ojos hinchados de llorar.

—Tampoco es para tanto, mujer, solo pórtate bien y todo estará bien.

—Lárgate de aquí YA.

Le empujé, le golpeé. Y una vez que estuvo fuera, cerré la puerta con llave.

## 21.

### Margaret

Por la mañana me levanté, me duché y bajé para ir a la oficina. William estaba tomándose una taza de café en la cocina. Pasé por su lado y ni le miré.

—¿Se te ha pasado ya la histeria?

—Vete a la mierda.

—¿Otra vez, Margaret?

—Que no me hables, estate en silencio en mi presencia.

Se empezó a reír. Me fui a la puerta y, al abrirla, me encontré a un tipo que me sonaba de algo.

—Buenos días, señora, soy Ewan, el chófer del señor. Estoy aquí para acompañarla a todos los sitios que desee, el señor me ha dicho que les lleve la oficina.

Miré hacia atrás y William estaba ahí mirándome. Me guiñó un ojo y me puso mi chaqueta.

—¿Nos vamos?

Dentro del coche yo iba mirando mi móvil. Tenía un mensaje de Charles: «¿Cómo estas?, cómo pasaste la noche? Te extraño».

—Cuánta ternura tu noviecito —dijo William.

—Deja de mirar mi teléfono, imbécil.

—Y cuánta agresividad tan temprano.

Ni le respondí. ¿Para qué? Al que sí respondí fue a Charles: «Estoy, que no es poco. Cuídate, por favor. Te quiero».

—¿Me voy a tener que poner celoso? —dijo William.

Ni le miré. Se reía mientras miraba su teléfono. Se lo quite de las manos.

—¿Qué haces, Margaret?

—¿No lo ves? Mirando tu teléfono, igual que tú el mío.

—Devuélvemelo, ahora.

—¿Y si no lo hago? A ver, ¿me vas a amenazar con otra cosa? Con mi hermana Madison me tienes amenazada si no vuelvo a la hora que tu desees, entonces falta mi hermana Isla, o mi madre, o mi mismísimo padre, ¿no?

—Dámelo. No me hagas que te lo quite a la fuerza.

—¿Me vas a pegar?

—No, te repito, jamás he pegado a una mujer.

—¿Entonces?

Estaba cada vez más enfadado. Sus ojos azules se habían oscurecido, su entrecejo estaba arrugado. Si él me quería joder, yo a él también.

—Que me des mi puto teléfono.

Abrí la ventana.

—¿Lo quieres?, ¿lo quieres?.

—¿Qué demonios haces?

—¿Lo quieres?

—Ni se te ocurra.

—¿Porque si no qué?

—¡Basta ya! —gritó—. ¡Devuélvemelo o te arrepentirás!

—¡Estoy harta de tus amenazas, maldito imbécil! —Y le tiré el teléfono por la ventana.

—¿Qué demonios has hecho?

—Vete tras él —me reí.

—¡Para el coche, Ewan!

Se bajó rapidísimo a buscar su teléfono. Estábamos cerca de la empresa, así que me bajé yo también del coche y eché a correr.

—Margaret, ¿dónde demonios crees que vas? ¡Párate!

Me quité los tacones para correr más rápido y así llegué a la empresa. Pero él estaba a punto de alcanzarme. Subí rápidamente las escaleras y abrí la puerta de entrada justo el momento en el que me alcanzó. Me agarró del brazo, los dos caímos al suelo y terminé sobre él.

Me miraba con ojos de enfadado, y yo me reí. Me reí de la situación, no sé por qué: los dos en mitad de la entrada de la empresa tirados en el suelo, todos nos miraban.

Me levanté y me puse los tacones.

—Buenos días —dije.

Él se levantó y me miro.

—Discúlpenos —dije—, ya saben, los recién casados y sus juegucitos... No volveremos a repetirlo.

Y me fui hacia los ascensores. William vino detrás, no permitió que nadie más entrará.

—¿Qué quieres? Déjame en paz, ¿no has tenido suficiente?

—Lo que has hecho hoy no me lo vas a volver a repetir.

—No me digas que no te has divertido. —Me miró como perdonándome la vida—. Si te crees que porque me mires así me vas a dar miedo, lo llevas claro.

—Yo a ti te domo.

—¿Ah, sí? ¿Eso crees? ¿Y cómo lo vas a hacer?

Me agarró por la cintura y me besó. Yo traté de apartarme, pero me tenía bien agarrada. El beso era salvaje, con furia, pero aunque suene raro, no me disgustó.

—Ya sé cómo domarte de ahora en adelante —dijo cuando me soltó.

Llegamos a nuestra planta y William me agarró de la mano. Todos nos miraban y nos daban la bienvenida. Mi padre salió a la puerta de su despacho:

—Buenos días, chicos, espero que hayan tenido unos días bonitos de recién casados.

Miré a mi padre con disgusto y entré en mi despacho. Desde allí llamé a mi hermana Isla. Necesitaba verla y ponerle al tanto de lo que había hecho Madison. Quedé con ella para comer, pues ella trabajaba por la noche.

Me dieron ganas de ponerla sobre mis piernas y darle unos azotes por haber tirado mi teléfono a la calle. Me lo había roto y en él llevaba muchas cosas de trabajo. Menos mal que casi todo lo tenía guardado también en la nube.

Y luego eso de salir corriendo por la calle... Todos nos miraban, jamás me habían hecho pasar tanta vergüenza. Bueno cuando mi ex me dejó tirado, pero no es la misma clase de vergüenza. Y a esta la tengo para domarla.

Cuando la metí en el ascensor tenía necesidad de callarla, por eso la besé, y de hecho cuando la besé se quedó callada, así que a partir de ese momento ya sabía cómo controlarla.

Llamé a Steve. Le informé de que Margaret estaba en la empresa, que la vigilara a cada paso y que, si veía algo raro, me llamara de inmediato.

A las 13:30 Margaret llamó a mi puerta.

—¿Puedo?, tengo que decirte algo.

—Pasa, ¿qué quieres?

—Me voy a comer con mi hermana Isla, con eso de que quieres saber cada paso que doy.

—Me parece muy bien, ¿dónde vais a comer?

—Pues no lo sé, cerca del hospital, supongo. ¿Algo más, papá?

—Mantén el teléfono encendido, y si te llamo responde.

—Me voy, papá.

—Espera.

—¿Ahora qué?

Me acerqué a ella y la volví a besar. Me empujó, se apartó.

—¿Qué demonios crees que haces?

—Besar a mi esposa.

—No lo vuelvas a hacer.

Se fue de allí tan enfadada como yo lo había estado por la mañana. Acto seguido le mandé un mensaje a Steve Moore: «Ya va a salir, ya sabes lo que te dije. Espero tu información».

¿Pero qué se había creído ese tipo, que me podía besar cuando quisiera? Estaba deseando que pasaran los meses, no le soportaba.

Cuando salí de la empresa, ya estaba Ewan esperándome.

—Hola, señora, dígame, ¿dónde la llevo?

—No es necesario, voy a ir caminando, no está tan lejos, unos veinte minutos.

—Señora, por favor, si no la llevo el señor me despedirá.

—Pero, ¿y si le digo que me llevaste?

—No, señora, él se entera de todo, por favor.

—Está bien, pero lo hago por ti.

Me daba pena que el pobre fuera a ser despedido por mi culpa; el ogro era de lo peor.

—¿Ewan, hace mucho que conoces al ogro?

—¿Perdón, señora?

—El ogro es William, así le llamo, es lo más normal que le puedo decir.

—Trabajo para él desde hace uno ocho años.

—¿Y siempre es así de imbécil? Discúlpame, es que le odio.

—Señora, él no siempre fue así.

—Sí, eso me han dicho, pero qué culpa tengo yo. No me llames señora, llámame Margaret.

—Margaret, cuando le conocí era un hombre muy simpático, estaba siempre sonriendo, era noble, y muy amable.

—Ja, ja, ja. Te habrás equivocado con tu anterior jefe.

—No, señora Margaret, el señor William era una gran persona, pero se la jugaron y de la noche a la mañana dejó de ser quien era y se convirtió en este otro que nada tiene que ver con él.

—Pues qué pena que matara al otro.

—No creo que lo matara, lo sigue teniendo en el fondo de su corazón, solo que no han sabido encontrar la llave que tiene oculta en su interior.

—Ewan, me puedes dejar aquí, ahí es dónde voy a comer, ya veo a mi hermana. Ya seguiremos hablando. Gracias por todo.

Me bajé y fui directa hacia mi hermana.

—Isla, estoy aquí.

—Hola, hermanita.

—Tengo que contarte algo.

—¿Del ogro?

—Bueno, eso después, es otra cosa. ¿Entramos?

—La puse al día de lo que sabía de Madison.

—¿Que Madison se mete coca? Quiero hablar con ella, esta niña es una puñetera irresponsable.

—¿Y tú cómo estás?, ¿qué tal con Fred?

—Con Fred genial, es un encanto, el otro día nos besamos.

—¿En serio? Ay, hermanita, que emoción.

—Queremos ir despacio.

—Es normal, pero qué emoción.

Después de hablar con Isla un rato más, ella tenía que irse al hospital. La pedí que saliéramos por la puerta de atrás, porque afuera me estaba esperando Ewan, y así hicimos. Cogí un taxi y me fui a la empresa de Charles, quería sorprenderle.

Cuando llegué, vi pasar a Christine con la nariz vendada. Ella me miró y salió corriendo, así que me dirigí a otra recepcionista.

—Por favor, ¿está Charles?

—Sí, señora Jones, voy a avisarle.

—¿Está reunido?

—No, está solo.

—Déjame sorprenderlo.

—De acuerdo.

Cuando entré, Charles estaba hablando por teléfono. Me miró y sonrió, me dijo que me acercara.

—Te tengo que dejar, acaba de llegar una sorpresa y debo atenderla —le dijo a quien estuviera al otro lado de la línea—. Mañana concretamos.

Se abalanzó sobre mí y me besó.

—Te extrañé toda la noche.

—Y yo a ti.

—Te necesito, Margaret.

Nos seguimos besando hasta que se oyó jaleo fuera.

—¿Qué es ese ruido?

Me pareció oír la voz de William, pero debía ser una paranoia...

No. Entonces se abrió la puerta y ahí estaba William.

—Vaya, cariño, ¿no ibas a estar con tu hermana?

—¿Qué demonios haces aquí, William?

—Eso debería preguntarte yo. ¿Qué haces aquí, Margaret?

—Yo visitando a mi amigo. ¿Y tú?

—Recogiendo a mi esposa, que no debería estar aquí —dijo en tono seco.

—¡Lárgate de mi estudio, ya! —dijo Charles.

—¿Quién me lo va a impedir, tú?

Parecía que se iban a pegar, pero me puse en medio y recibí un manotazo de William que me tiro a suelo. Entonces Charles se abalanzó contra él y le partió la cara.

—Margaret, ¿estás bien? —Y dirigiéndose a William le recriminó—: ¡Mira lo que has hecho!

Yo tenía sangre en la nariz, y William un ojo hinchado. Me tendió la mano para levantarme, pero me apoyé en Charles.

—¿Charles, nos podrían dejar solos?, por favor —le pregunté.

—No te voy a dejar sola con él.

—Por favor, Charles.

Nos dejaron solos en su despacho y me encaré con William:

—Ni te imaginas cuánto te odio, eres lo peor. Jamás imaginé que podrías caer tan bajo. Me has pegado, era lo que me faltaba, no te ha bastado con obligarme a que me casara contigo, sino que me has chantajeado con mi hermana, el día de nuestra boda hiciste un trío en nuestra casa, y

ahora esto. ¡Mátame! Es lo que te queda. ¿A qué esperas, William? Mátame y acaba con esta agonía que me estás haciendo vivir. Si de verdad estás amargado porque te lastimaron en el pasado, yo no tengo la culpa, yo solo he querido sacar adelante mi empresa. Si por ello soy mala y merezco tu odio adelante, ¡mátame!

—Yo... Lo siento, de verdad, no te he pegado a propósito. Iba a por Charles, pero te has puesto en medio, y yo...

—No me hables en lo que nos queda de esta farsa. Si estoy haciendo todo esto es por mi familia, pero no quiero que me hables, no quiero verte, ni escucharte. Si quieres hundir a mi empresa, adelante; si quieres joderme con mi hermana, hazlo. No lo aguanto más, déjame en paz.

Y me fui de la oficina.

Charles se me acercó y me abrazó. Yo le dije que necesitaba estar sola, que ya le llamaría. Le di un beso en la comisura de los labios ante la atenta mirada de William y me fui.

Paseé por Hyde Park. El fresco que empezaba a hacer en Londres me venía de maravilla para airearme. Decidí llamar a Bethany e ir a su casa. Me mandó su dirección, y casualmente no estaba muy lejos.

Su casa era muy colorida y alegre, como ella. Toqué la puerta y enseguida me abrió.

—Cuñada, pero, ¿qué te ha pasado?

—No me llames así, por favor.

Estallé a llorar, no podía aguantar más. Le conté todo lo que me había pasado esa tarde. Ella no daba crédito a lo que le contaba.

—Pero, mi hermano, ¿se ha vuelto loco? No me lo puedo creer.

—No quiero verlo. ¿Me puedo quedar aquí esta noche?

—Claro que sí, los días que quieras. Mi hermano se va a enterar...

¿Qué había hecho? Jamás en mi vida había tocado a una mujer si no era para acariciarla. De verdad, había perdido los papeles, pero no quería pegarle a ella, sino a Charles. Ella se había plantado en medio.

Oí unos golpes en la puerta de la calle. Creí que era Margaret, pero cuando abrí era mi hermana.

—No puedo creérmelo —me dijo.

—No vengas a torturarme.

—Mira, siempre he sido compasiva contigo, pero ya no me voy a callar más, y ahora sí te voy a decir las cosas claras. Eres un monstruo, ¿dónde queda aquel hermano cariñoso, simpático, y tierno que eras? Ahora eres un puto asco. De ser alguien a quien admiraba, de ser mi ejemplo a seguir, te has convertido en mi vergüenza. ¿Cómo crees que me he sentido cuando ha llegado Maggie a mi casa destrozada, llorando?

—¿Está contigo?

—Sí, está conmigo, va a quedarse conmigo unos días.

—No, ella debe estar aquí.

—No quiere verte.

—Joder, Bethany, la he cagado, lo sé, y ahora no sé cómo arreglarlo. Me casé con ella para vengarme y caí en mi propia venganza; es la mujer más buena que he conocido, y la he dañado.

—Pues sí, lo has hecho. La has cagado pero bien.

—¿Crees que pueda perdonarme?

—No.

Me puse a llorar como jamás había llorado delante de mi hermana.

—No me reconozco, no sé en quién me he convertido, pero no me gusta nada. Al hacerle daño a ella me lo he hecho a mí también; hubiera preferido matarme antes que haberle dado a ella.

—Espérate, que no me queda claro... William, ¿te has enamorado de ella?

Y de pronto me di cuenta de que desde el primer momento que la vi en aquel pub de Dublín, cuando solo éramos Maggie y Will, me había enamorado de ella.

—Sí, y me di cuenta cuando la vi tirada en el suelo.

—Te lo dije, te dije que tu mal carácter te iba a pasar factura.

—Quiero que me perdone.

—Pues estás jodido, a no ser que le enseñes ese auténtico William que tienes escondido desde hace cinco años.

—¿Cómo?

—William, mira en tu interior. Ahí estás, siempre has estado. Lo que has sido durante todos estos últimos años ha sido solo una fachada.

—¿Me ayudarías a recuperarme?

—Sí, quiero volver a ver a ese hermano al que tanto he querido.

—¿Y me ayudarías con ella?

—Dependiendo de lo que vea en ti.

Estaba decidido, tenía que volver a ser quien fui, por mí y por ella.

Estaba saliendo de la ducha cuando Bethany llegó con ropa que me había ido a recoger a casa de William; a esa casa no podía llamarla «mía».

Me sentía tan chiquitita... No entendía qué había hecho mal, por qué William se comportaba así conmigo, qué daño podía haberle hecho... Cuando nos conocimos en aquel pub de Dublín me pareció tan guapo, tan atento... Sí era bastante serio, pero eso no tenía nada de malo. Pero después de saber quién era me había mostrado una cara que no me gustaba nada.

—Ya estoy aquí, ¿cómo te encuentras?

—Un poco mejor. Gracias por todo, Bet.

—No tienes por qué darlas. En parte me siento culpable por haber permitido que mi hermano se comportara así.

—Tú no tienes culpa de nada, no tienes nada que ver con tu hermano. Tú eres un encanto, tu hermano es malo.

—No, Margaret. Sé que se ha portado fatal contigo, pero William es todo lo contrario a lo que te ha mostrado, y aunque se ha ganado a pulso que lo odies, ese no es él.

—Si no es así, ¿por qué se ha comportado conmigo así, qué daño le he hecho yo?

—Lo sé, sé que lo que te voy a decir te va a extrañar, pero el tiempo que os queda de matrimonio, permítele demostrarte cómo es de verdad.

—¿Para qué? No me interesa ver su cara buena, para que luego cuando me confíe me vuelva a lastimar.

—Me ha dicho que está muy arrepentido, y por segunda vez en mi vida le he visto llorar. La primera fue cuando su ex le dejó tirado en el altar. Aunque cree que no lo vi, sí, le vi llorar, y me partió el alma, y hoy le he visto así por segunda vez.

—Vaya, ¿el ogro sabe llorar?

—Permítele rectificar.

—No lo sé, debo de pensarlo. Me ha hecho mucho daño. Sé que me pasé con lo de la noticia a la prensa, pero él se ha pasado más.

Tras esa conversación con Bethany me quedé pensativa. ¿Debía volver a esa casa y darle la oportunidad de rectificar? ¿Y sí me confiaba y volvía a chantajearme? Me fui a dormir confusa.

A la mañana siguiente decidí ir a la empresa, no podía esconderme de él. Mi cara no estaba tan hinchada, así que me maquillé un poco más de lo normal y me fui a trabajar.

Cuando llegué a la empresa, William estaba delante de los ascensores. Al verle me quedé paralizada, no esperaba encontrármelo así de sopetón. Pasé de largo, pero él vino detrás de mí.

—Margaret, ¿puedo hablar contigo?

—Ya lo estás haciendo, pero no tenemos nada más que hablar. Ayer creo que te dejé claro que no quiero oírte.

—Por favor, escúchame, y luego si no te conviene lo que te diga no me oirás más, pero por favor, escúchame.

—¿De verdad que si no me conviene me dejarás tranquila?

—Sí, te lo prometo.

—Pasa entonces a mi despacho.

Me sentía poderosa, yo estaba por encima del gran William Evans, el ogro.

—Tú dirás.

—Perdóname, por favor. Perdóname por todo el daño que te he hecho, te lo suplico.

—Vaya, tú pidiéndome a mí perdón, ¿y esa bajada de pantalones? ¿No es jodido para tu gran ego?

—Todo lo que me digas me lo merezco. Sí, tenía un gran ego, lo reconozco.

—¿Tenías? No, perdona: tienes.

—Ese gran ego nunca he sido yo realmente; lo creé cuando en el pasado me dañaron.

—¿Y qué culpa hemos tenido el resto de tus víctimas de lo que te hayan podido hacer en el pasado? ¿Nunca has pensado que no tenemos la culpa de los actos de otros? Es como si ahora yo me creo con derecho a pisar a los demás porque tú me hayas dañado. Pues no. El problema lo tengo contigo, no con el resto de las personas.

—Lo sé, déjame rectificar, somos humanos. Déjame demostrarte que no soy tan malo.

—¿Por qué quieres demostrarme que no eres malo? Hasta ayer te importaba bien poco.

—Porque ayer, cuando te vi con la cara ensangrentada, en el suelo, me di cuenta de que había tocado fondo, que había llegado a los más bajo que se puede llegar. Y te juro que jamás fue mi intención darte.

Se me acercó más de lo normal, me tocó la herida, me miró a los ojos y, aunque suene algo loco, vi una mirada diferente, una mirada que no había visto jamás en él.

—Perdóname, enterremos el hacha de guerra. Te juro que en cuanto recupere el dinero te daré la libertad y podrás cumplir todos tus sueños, pero en este tiempo que estemos casados, déjame rectificar.

—De acuerdo, te doy la oportunidad, espero no arrepentirme.

—Te juro que no lo harás.

Me tendió su mano, y al estrechársela sentí un cosquilleo inmenso. Él también lo sintió porque nos soltamos corriendo. No pudimos evitar reírnos.

—Nada de espías ni de horas de llegadas, y nada de tríos en mi presencia. Hazlos en tu privacidad, por favor.

—No suelo hacer esas cosas, aunque creas lo contrario. Ese día estaba enfadado y obré mal.

William se fue a su oficina y, por primera vez en semanas, sentí paz en mi vida.

Por la tarde quedé con Florence, Bethany y mi hermana Isla. Necesitaba contarles lo que había pasado con William.

—Me parece genial que le des la oportunidad a mi hermano; ya verás que es buena persona.

—Bueno, eso lo veremos.

Margaret me había dado la oportunidad de que le demostrara mi verdadero yo, aunque no sabía cómo iba a dejar atrás ese lado amargo con el que había pasado los últimos años. La verdad es que cuando mi exnovia me dejó plantado en el altar delante de todo el mundo, me sentí tan humillado... Y encima huyó con mi primo hermano; me robaron y huyeron a Estados Unidos. Salió en la prensa, dejándome a mí como el idiota que fui. Todos me miraban con lástima y me quedé mucho tiempo hundido. Solo pensaba en beber y en estar solo, pero un día me dije que ya no podía continuar así, y decidí dejar de ser amable y humilde. Me juré que nadie más me volvería a robar, y que no me volverían a ver como el idiota que se creían que era.

¿Por qué demonios la gente se cree que ser buena persona, sencillo, y te guste ayudar al prójimo es sinónimo de ser idiota?

En ese momento me dije a mí mismo que ya no volvería a ser así, y cambié. De la noche a la mañana me volví arisco, antipático, y ese punto en el que parecía que me temían me gustó. Me gustó que vieran que de mí ya no podían sacar nada, que aquí el que sacaba era yo. Decidí no volver a enamorarme. Preferí conocer a mujeres para pasar un rato con ellas y si te he visto, no me acuerdo. Era una forma práctica de no involucrarme sentimentalmente con nadie y no sufrir, y así viví feliz unos seis años.

Pero luego apareció ella, con su frescura, con su sencillez y sin miedo. Después de tantos años viendo cómo me temían, me topé con una mujer que se atrevía a enfrentarse a mí. No voy a negar que cuando publicó lo de mi familia la odié, por eso planeé la venganza, pero jamás creí que ella lograría lo que nadie más había logrado: volver a despertar en mí ese William que verdaderamente soy y que tenía olvidado. Esperaba poder sacarlo completamente y dejar atrás a ese ser horrible en el que me había convertido.

A las 20:00 apareció Margaret con las pocas pertenencias que mi hermana le había llevado el día anterior.

—Hola —me dijo tímidamente.

—Hola, ¿qué tal?

—Bien.

Nos quedamos callados unos minutos. Me miraba con curiosidad, como preguntándose qué esperar de mí.

—No sé si te gusta la comida tailandesa, pero he pedido para los dos, aunque a lo mejor ya has cenado, quizás tenía que haberte preguntado antes.

—Sí me gusta —me respondió—, y no, no he cenado. Voy a subir a ducharme y bajo, si te parece.

—Sí, por supuesto, aquí te espero.

A los veinte minutos apareció con su pelo húmedo. Iba cómoda, informal. Se sentó frente a mí. Yo había puesto unas velas y la luz de una de ellas alumbraba sus ojos. Fue la imagen más bonita que jamás había visto; estaba preciosa.

Estuvimos hablando un rato sobre cómo creé mi empresa y sobre cómo su familia había

creado la suya. Me explicó que a ella le hubiera gustado estudiar arqueología, pero por su padre estudio dirección de empresas, porque era la hermana mayor y tendría que ayudarle.

Al principio se la veía un poco incomoda, pero luego, según fue pasando la noche, se fue relajando. Le estaba contando cómo había sido mi infancia en Irlanda cuando sonó su teléfono.

—Hola... Bien... Gracias, sí, estoy bien... Sí, sí, de verdad, te lo prometo... Y yo... Sí, mañana te llamo... Sí, me cuida... Hasta mañana.

Me quedó claro que estaba hablando con él, con Charles.

La verdad es que me extrañó que tuviera la cena pedida. No tenía pensado sentarme a cenar con él, pero tuvo el detalle, y si de verdad habíamos enterrado el hacha de guerra, qué mejor manera de demostrarlo.

Me duché rápido, pero no tenía intención tampoco de arreglarme: ropa cómoda y poco más.

La cena fue amena. Hablamos de nuestras empresas y de nuestras infancias. Me estaba sorprendiendo muchísimo William, pero tampoco me podía fiar. Después de lo que me había hecho no iba a bajar la guardia tan rápido, pero la verdad es que vi sinceridad en sus ojos.

Charles me llamó cuando estábamos con el postre. Observé que William se puso un poco tenso. Ante los demás éramos un matrimonio feliz, pero en la privacidad yo podía estar con quien quisiera y él también.

—Disculpa, no pude evitar oírte, ¿era tu novio?

—Sí. Bueno, novio, novio no es, más bien mi ex. Rompimos cuando le dije que me iba a casar contigo.

—Lo siento, siento haberte jodido.

—Bueno, no es todo culpa tuya. Yo también participé.

—Pero por obligarte, rompisteis.

—Bueno, ¿sabes?, me ha venido bien estar un tiempo sola. Necesitaba aclararme, saber exactamente a dónde quiero llegar con él.

—Y ¿a dónde te gustaría llegar con él?, si me lo quieres decir, claro.

Mientras hablábamos, nos mirábamos fijamente a los ojos. No sé qué demonios me pasaba, pero no podía dejar de mirarle.

—Charles me gusta mucho, y le quiero, pero no sé... Se me hace raro estar hablando esto contigo. Ayer nos estábamos peleando y ahora te estoy contando mi vida.

—Lo siento, no quiero incomodarte.

—El caso es que no me incomodas. ¿Y tú?, ¿qué tal con Susan?, ¿es tu novia?

—No, Susan es una amiga con derecho que tengo. La conozco desde hace años, pero ambos sabemos que lo nuestro no es amor, solo sexo.

—Ah, pues si en algún momento quieres estar con ella, dímelo y ese día hago planes. Mientras no os encuentre como la noche de nuestra boda...

—Lo siento, estaba furioso y por eso me comporté así. Y no, no voy a llamar a Susan para tener sexo con ella.

—Bueno, a ella o quien quieras, no me voy a meter en tú vida privada... En fin, ha sido una noche muy agradable. Gracias por la cena. Me voy a acostar, estoy agotada.

—Claro, gracias a ti por acceder a cenar.

—Te ayudo a recoger y me voy.

—No, por favor, vete a dormir, recojo yo. Que descanses.

Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

A la mañana siguiente bajé después de arreglarme y ya estaba sentado en el sofá con un café en la mano. Antes, cuando estábamos en guerra, me parecía guapo, pero ahora que habíamos decidido estar en paz, me parecía guapísimo. Me quedé mirándole sin que me viera: ese traje azul marino, con esa camisa azul cielo y la corbata azul oscura como el traje que le resaltaban esos ojos... «Para, para, Margaret, no te vuelvas loca», pensé.

—Buenos días.

—Hola, ¿qué tal?

—Bien, preparando una reunión que tengo en dos horas, ¿te vienes conmigo? Ewan está afuera.

—Pues sí, aprovecho.

Al abrir la puerta Ewan se bajó del coche.

—Buenos días, señora Evans.

—Buenos días, Ewan.

—Señor, ¿a la oficina?

—Sí, por favor, Ewan.

En el coche, William estaba pegado al teléfono. Estaba bastante serio, primero hizo una llamada y luego respondió varios emails.

—Discúlpame, es que estaba resolviendo algo de mi oficina de Dublín.

—No te preocupes, la verdad es que desde que estás en nuestra empresa, apenas hago nada. Hace que no voy a una reunión...

—Pues te iba a proponer si querías venir a la de hoy. Estamos negociando un pedido grande con una empresa de Estados Unidos.

—¿Un pedido importante?

—Sí, no te lo había dicho porque en principio iban a ser ganancias para mi empresa, pero eso fue antes de enterrar el hacha de guerra.

—Vaya, pues muchas gracias. Le vendrá bien a mi empresa recuperarse.

—Por cierto, Ewan, ¿cómo esta tú esposa?, ¿y tu pequeño Ralph? —le preguntó William.

—Señor, ¿se acuerda de ellos?

—Sí, por supuesto, Ewan, siempre me he acordado de lo amable que fue tu mujer conmigo. Discúlpame si antes no te había vuelto a preguntar.

—Bien, señor, el pequeño Ralph ya tiene diez años, y vamos a tener una niña.

—¡Enhorabuena! —exclamamos los dos a la vez.

Cuando llegamos a la empresa entramos juntos. Todos nos miraron. Will iba un poco más atrás que yo, así que me paré, esperé a que estuviera a mi altura y le agarré de la mano. En el ascensor entró más gente con nosotros. William y yo nos mirábamos de reojo. El ascensor se paró en uno de los pisos y todos se bajaron, excepto William y yo; nosotros subíamos un par de pisos más. Y, sin darnos cuenta, seguíamos cogidos de la mano.

Las puertas se abrieron y le solté la mano. Llegué a mi despacho y me puse a trabajar.

A las 9:00 me llamaron para que fuera a la sala de juntas donde teníamos una reunión. William presidía la mesa, papá estaba a su lado y enfrente había dos señores que jamás había

visto.

—Señor Baltimore, ella es Margaret Evans, mi esposa y la única dueña de la empresa.

—Encantado, señora. Pensé que el dueño era usted, señor Evans.

—No. Mi suegro, el señor Callum, es el dueño, pero su única heredera y dueña es mi esposa, yo solo estoy ayudándola.

—Pues tiene una empresa maravillosa, señora.

—Gracias.

Miré a William asombrada, no esperaba que fuera a decir que yo era la dueña; realmente estaba cambiando.

Cuatro meses después de que William y yo enterráramos el hacha de guerra, se había convertido en un encanto. Nos llevábamos de maravilla y acudíamos a reuniones como un matrimonio, pero en casa solo éramos amigos. No quedaba ni un ápice de aquel ogro que tanto detestaba.

Fue en esa época cuando quedé un día a comer con Isla y con Madison que, después de meses tratando de que viniera a vernos, por fin se había dignado a aparecer. No le habíamos comentado que sabíamos que se metía coca, porque si no no hubiera venido, pero le íbamos a dar la charla Isla y yo.

Quedamos en un restaurante que nos encantaba a las tres y en el que nos solíamos reunir cuando nos veíamos. Cuando llegué, me encontré con Madison.

—Hola Maggie, hermanita, no sabes cómo te extraño. Desde tu boda falsa no te veía.

—Hola, Maddi, ¿por qué no te dejas ver, estás muy ocupada?

—Que sería estas, ¿qué te pasa?

—Espera que llegue Isla y hablamos.

—Bueno, ¿qué ha pasado?, ¿sigues enfadada con papá?

Mi hermana a veces lograba sacarme de mis casillas. Menos mal que llegó Isla a tiempo...

—Siento el retraso. Estaba con Fred, y se nos pasa el tiempo volando.

—Menos mal, porque no puedo con tu hermana.

—No hay quien te entienda —dijo Madison indignada—. ¿Estás mal follada?, ¿por eso tu reacción conmigo?

—Madison, un respeto o te meto una bofetada que te tumbo todos los dientes.

—Vale, tranquilidad. Madison, no vamos a darle vueltas al tema: ¿qué significan estas fotos? —preguntó Isla sacando de su bolso las fotos que William me había dado en su momento, donde se veía a Madison esnifando.

—¿Me habéis estado espiando?

—Mira, niñata —le dije—, quizás te importe todo una mierda, pero tenemos un nombre y una empresa, y la prensa nos investiga. Esto lo averiguó William, y me chantajeó en un principio. Ahora que nos llevamos bien lo frenó para que nadie lo publicara, pero no sabemos quién más lo puede saber. Y lo peor no es solamente eso; lo importante eres tú, imbécil, tu maldita salud. ¿Qué mierda haces metiéndote esa basura?, ¿estás loca?

—Fue un día de mucho estrés. Tenía muchos exámenes y un amigo me invitó.

—Si tienes estrés te tomas una tila, no te metes mierda.

—Soy libre de hacer lo que me dé la gana.

—Pues tírate al Támesis y terminas antes, niñata estúpida.

—Mira, Margaret. Si tu vida es una mierda, no lo pagues conmigo.

Sentí tanta rabia que me volví hacía ella y le metí tal cachetada que hasta su pendiente se le cayó.

—Vete a la mierda, Madison.

Madison tenía los ojos llenos de lágrimas y de rabia a la vez. Tenía mi marca en su cara.

—Ya te llamaré, Isla. No puedo seguir aquí con esta estúpida.

Me fui del restaurante para tranquilizarme y no liarla más. Nada más salir llamé a Bethany y a Florence, necesitaba desahogarme. Quedamos en vernos en una cafetería cerca de la casa de Bethany.

—¿Qué te pasa que traes esa cara? —me preguntó Bethany.

—Traigo un enfado monumental.

—¿Mi hermano otra vez?

—No, mi hermana Madison, ¿recuerdas lo que te conté de lo que tu hermano averiguó? Pues se lo hemos contado y no lo ha negado, y encima se ha puesto chula. La he abofeteado y me he ido dejándola con Isla.

—Ya hablaré con ella —dijo Florence—, la conozco desde hace años. A ver si me escucha a mí, ya sabes que solo hacen caso a amigos.

—Pues que tengas suerte...

De pronto entró William en la cafetería. Estaba hablando por teléfono y no nos vio.

—¿No es ese William?

—Sí, pero ¿qué hace aquí?

—Chicas, yo había quedado con él —dijo Bethany—, y como me llamaste de urgencia se me olvidó. ¿Te importa si se queda con nosotras, Margaret?

—No, tranquila, ¿por qué me iba a molestar?

—Porque bastante tienes que verlo en tu casa y en el trabajo para aguantarle más...

—No me molesta verle en absoluto. —Lo dije sin pensar, y ambas me miraron con cara de asombro.

—Perdona, ¿hemos oído bien?

—¿Cómo? No, no he dicho nada.

—Sí, sí que has dicho, ¿a que sí, Bet?

—Sí, por supuesto.

—Mirad, ya ha colgado, vamos a avisarle de que estamos aquí.

—Margaret, ¿te has enamorado de él? —me preguntó Isla.

En ese momento William estaba detrás de mi hermana y había escuchado lo que esta me había preguntado. Me miró fijamente con sus impresionantes ojos azules.

—¿Quién se ha enamorado?

—Mi hermana Isla. Está enamorada de Fred —dije sin pensar.

—Pero ella te ha preguntado si tú has enamorado. ¿De quién te has enamorado, Margaret? —Parecía que me lo preguntaba en serio.

—Yo, de nadie, no estoy enamorada. Bueno, ahora regreso, voy al baño.

Qué vergüenza... No podía decirle que me estaba enamorando de él porque realmente no sabía lo que sentía. Él, me encanta, eso estaba claro, pero no sabía si había algo más.

—Ya estoy aquí —dije al volver del baño.

—¿Oye, no ibas a estar con tus hermanas? —me preguntó William.

—Sí, pero me he ido pronto enfadada con Madison. Le hemos comentado lo que me mostraste, no podía dejarlo así.

—¿Y qué paso?

—Nos lo confirmó, pero es que encima se nos puso chula, así que la partí le cara y me vine.

—¿La golpeaste?  
—Sí, empezó a meterse conmigo y no se lo voy a permitir a la mocosa.  
—Oíd, tengo ganas de salir esta noche. ¿Por qué no nos vamos a tomar unas copas? —nos propuso Bethany.  
—Mañana madrugamos.  
—Un rato nada más, venga...  
—Por mí está bien —dijo Florence.  
Miré a William, me sonrió y yo me derretí.  
—Vale, venga, un rato —dije—. ¿Vienes, William?  
—No quiero molestar.  
—Tú no molestas —le respondí mientras le miraba a los ojos.  
Bethany y Florence no nos quitaban los ojos de encima.  
—De acuerdo, entonces me apunto.  
—Voy a llamar a Isla, le voy a proponer que se venga, y de paso que me cuente qué ha pasado con Madison.  
Llamé a mi hermana y se apuntó también junto con su novio Fred.

Cuando llegamos a la disco nos pedimos unas copas. Allí ya estaba Isla con su novio. Fui directamente a su lado, necesitaba hablar con ella.

—¿Qué ha pasado al final con Madison? Siento haberte dejado así con ella después de partirle la cara, pero es que no puedo ver cómo se está empezando a joder la vida, se lo toma así y empieza a atacarme. ¿Por qué hace eso si la quiero ayudar?

—Lo sé, Maggie. Ella se quedó muy enfadada contigo. Nos encontramos en el restaurante con Charles y él habló con ella. Le dijo que tú solo quieres su bien, que es nuestra hermanita pequeña y queremos que esté bien. Charles le contó el problema que tuvo aquel amigo de su facultad con las drogas y que acabó muerto, y parece que su historia le ha llegado.

—¿En serio? Le llamaré mañana para disculparme por la cachetada, pero es que me puso de los nervios. ¿Dónde está ahora?

—Se fue a casa de papá y mamá. Allí va a pasar la noche.  
—Me alegro, así puedo verla mañana. Y también llamaré a Charles para agradecerse.  
—A Charles no es necesario que le llames. Le invité a que viniera, estará al caer.  
—¿¡Qué!?! Joder, Isla, que está aquí William y, la última vez que se vieron, Charles le golpeó.

—Sí, por defenderte, ¿o lo has olvidado?  
—No, no lo he olvidado, pero la situación con William ha cambiado, ahora nos llevamos genial y quiero que siga así.  
—Tranquila, no va a pasar nada.

Me pedí un gin-tonic y me fui relajando. Todos estábamos a gusto hablando hasta que de pronto Charles entró. Llevaba unos meses sin verlo, me miró y no supe qué interpretar en sus ojos. Se tomó su copa de un trago y se dirigió hacia mí, vi que se tambaleaba un poco, debía tener ya unas cuantas copas encima.

—Hola, mi vida —me saludó y me besó en los labios—. Te he extrañado y por fin te veo.  
Cuando miré a William su semblante había cambiado. Sus ojos azules se habían enturbiado y tenía un gesto disgustado.

—Hola, Charles. Traté de soltarme de él, pero no me dejaba.

—Llevo bastante tiempo sin verte, no te voy a soltar en toda la noche —dijo en tono de posesión mirando a William.

—Por favor, Charles, suéltame. No es lugar para estar así.

—Creo que es el lugar indicado.

Todos nos miraban. De repente, William dejó la copa.

—Me voy, estoy cansado. Hasta mañana.

Las chicas trataron de convencerlo de que se quedara, pero fue en balde.

—De verdad, otro día, estoy agotado —dijo, y se marchó.

Logré soltarme de Charles y salí tras William.

—No te vayas.

—De verdad, estoy cansado.

—Me voy a quedar solita —le dije en plan mimosa.

—No, ahí está tu novio, ya me dejó claro que eres de su propiedad, no pinto nada aquí. Sé perfectamente que entre tú y yo no hay nada, Margaret, pero me gustas, incluso más que eso. Pero tienes novio y yo ahí no me meto. Nos vemos en casa, luego mando a Ewan a por ti. Buenas noches.

Me dejó en la puerta de la disco pensando en lo que me había dicho: «¿Le gusto, más que eso? ¿Qué significaba *más que eso*?».

Cuando volví a entrar fui hacia Charles.

—Quiero hablar contigo, acompáñame.

—Sí, claro.

Le lleve a la calle, porque dentro de la disco no podíamos mantener una conversación tranquila.

—¿Y tu esposo?, ¿se ha ido ya?

—¿Cómo se te ocurre hacer lo que has hecho, Charles?

—¿Qué es lo que he hecho?

—Agarrarme por la cintura y besarme delante de todos.

—Es lo que siempre te gustó, y te quejabas porque no lo hacía.

—¿Y por qué justo ahora y no antes?

—Porque me di cuenta de lo mucho que te quiero, y quería demostrarte que estoy dispuesto a dejar atrás todo esto.

—Charles, ya es tarde.

—¿Cómo que tarde?, ¿tarde para qué?

—Para que haya algo entre nosotros otra vez.

—No te entiendo, ¿por qué? Te vas a separar de él en cuanto recaude lo que quería recaudar. No entiendo entonces.

—Porque ya no estoy enamorada de ti.

Se quedó mirándome fijamente. Yo no sabía dónde meterme. Me había salido así, sin más. No quería hablarle así, pero en ese momento fui lo más sincera que pude.

—¿Cómo?, ¿pero qué ha podido cambiar en estos cuatro meses?

—Charles, yo no te quiero hacer daño, te quise muchísimo, bueno, aún te quiero, pero no estoy enamorada de ti.

—¿Me lo sueltas así tan tranquila?

—¿Cómo quieres que te lo suelte?

—Es él, ¿verdad?

—No te entiendo.

—Yo creo que sí. Estás enamorada de él, ¿no es cierto?

En ese momento llegó Bethany. Venía a decirme que se iban a otro local.

—¿Te apuntas?

—No, me voy a casa, estoy agotada. Y Ewan está afuera. William le ha mandado a por mí y no quiero que el pobre hombre esté ahí pasando frío y sueño.

Me despedí de todos y me fui sin responder a Charles. Creo que sobran las palabras.

Por la mañana me levanté muy temprano y bajé a preparar café. Quería disculparme con William, así que preparé un rico desayuno, de los que hacía mucho que no preparaba.

Sonó la puerta y fui a abrir. Me quedé de hielo cuando vi a Susan.

—Hola, imagino que me recordarás, soy Susan.

—Sí, sé quién eres, ¿querías algo?

—Pues sí, entrar, William me ha llamado.

Margaret, déjala entrar —oí decir a William.

Susan entró muy digna, se acercó a William y le dio un beso en los labios. Él no se apartó.

—Qué bien huele. ¿Has preparado el desayuno, Willie?

—No, he sido yo —respondí mirando a William.

—Desayuna entonces, nosotros podemos desayunar fuera.

—No es necesario, desayunad vosotros. Yo no tengo hambre, me voy a la oficina. William, hoy me voy por mi cuenta. Espero que disfrutéis del desayuno —le dije mientras él me miraba fijamente—. Adiós.

Me fui hacia la puerta, pero él fue más rápido y me agarró.

—De verdad, quédate con nosotros a desayunar, has hecho bastante.

—No, prefiero irme. Tú disfruta con tu amiga con derecho, supongo que hoy llegarás más tarde a la oficina. No te preocupes, ya me encargo yo.

Y me fui lo más rápido que pude sin mirar atrás.

Cuando llegué a la oficina me puse a trabajar. No levanté la vista del ordenador en horas, hasta que tocaron a mi puerta.

—Hola, ¿se puede? —Era Bethany.

—Claro, pasa.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—No lo creo, no tienes cara de estar bien.

—Ah, ¿no? ¿De qué tengo cara entonces?

—De celosa.

—¿Qué? Mira Bethany, estoy muy ocupada como para escuchar tonterías.

—Margaret, basta ya de querer engañarnos. Quizás a ti te engañes, pero a los demás no.

—¿Qué quieres que te diga?

—Lo que sientes por mi hermano.

—Tu hermano estaba muy feliz esta mañana con su amiga Susan. Ni ha venido a trabajar para estar con ella.

—Te equivocas. Mi hermano está en su oficina desde las nueve de la mañana.

—Pues qué raro, ni le he oído.

—No querría molestarte. Maggie, ¿qué sientes por él? Sé que ayer le rompiste el corazón a Charles, nos lo contó, y todos sabemos, incluidos Charles, que es porque te has enamorado de

William.

—Sí Bethany, sí. Me he enamorado de tu hermano, pero él está con su amiga, y no me da la gana. Anoche me dijo algo que no entendí.

—¿Qué te dijo?

—Cuando salió de la disco fui tras él y le pedí que se quedara. Me dijo que yo le gustaba «y algo más».

—Está clarísimo, Margaret. Mi hermano está loco por ti, está enamorado.

—No me lo creo.

—Margaret, cuando paso lo del golpe que recibiste sin querer de él, cuando él empezó a cambiar, ese mismo día me confesó que estaba enamorado de ti.

—¿Cómo?, ¿por qué no me dijiste nada?

—Porque tú lo odiabas. Habla con él. Dejaos ya de niñadas.

—Sí, pero ¿por qué estaba con Susan?

—Antes que su follamiga es su amiga, la llamó para hablar con ella y le dijo que ya no podrían verse más, que estaba enamorado.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque mi hermano me lo contó, él confía mucho en mí, aunque no lo pareciera al principio.

—Pero ella le besó en los labios.

—Para joderte a ti... Y él no dijo nada porque cree que estás con Charles. No sois niños, hablad, por favor. Dejaos de tonterías, no pospongáis esta conversación. Él está en su oficina, ve con él.

—Pero así, de pronto...

—Espera... —dijo Bethany, y sacó su teléfono—: Hola, hermano, ¿puedes venir? Es urgente, al despacho de Margaret. Sí, no tranquilo, no es nada.

—¿Qué haces, loca?

—Ven, dame tu mano.

—¿Para qué?

—Dame la mano, anda.

Se la tendí y ella, no sé por qué, cogió el abrecartas y me cortó en la palma. Apenas fue un corte leve, pero qué dolor...

—¿Qué haces?

—Chs, calla.

—¿Pero qué tenemos, quince años?

—No, pero es así como os estáis comportando vosotros, así que os sigo el rollo, es la única forma de que habléis.

En ese momento llamaron a la puerta, era William.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con cara de preocupación.

—Tranquilo, es solo un corte —contesté yo.

—Sí, pero le duele mucho, hermano.

—Pero ¿cómo te lo has hecho?

—Estaba abriendo una carta y se despistó.

William me agarró de la mano y me miró la herida.

—Ven conmigo al baño, te la voy a desinfectar.

En el baño me lavó la herida, buscó el botiquín y me puso desinfectante y una venda. Lo

hizo con tanta delicadeza que nos quedamos mirándonos fijamente a los ojos. Me temblaba todo el cuerpo.

—Gracias —le dije muy bajito, apenas sin voz.

—De nada, te cuidado. Me voy a mi oficina.

—William, yo... Yo no tengo nada con Charles. Ayer le dejé claro que ya no estoy enamorada de él.

—Ah, qué bien. Me alegro entonces de que tengas claros tus sentimientos.

—Los tengo muy claros, estoy enamorada de otra persona.

Se dio la vuelta y me miró de frente muy serio. No sabía qué responder, pero con todas las cosas que me habían pasado con él, ¿por qué no lanzarme?

—¿Amas a otra persona?

—Sí, estoy enamorada de alguien a quien jamás creí que podría amar, porque al principio le odiaba, para mí era un ogro, y sé que esto ha ido muy rápido, pero he podido comprobar que es verdad eso de que del odio al amor hay un solo paso. Sé que se dice al revés, pero a mí me ha pasado así.

Sus ojos le brillaron aún más..

—¿Y él lo sabe? —preguntó.

—Pues espero que le esté quedando claro que me he enamorado. Lo que pasa es que no sé si sentirá lo mismo por mí. Me dijo que le gustaba, pero no que estuviera enamorado.

—Te dijo que le gustabas y mucho más. Eso quiere decir que te quiere más que a su vida.

Se acercó más a mí, mucho más. Desde su altura me miraba, me agarró la cara con sus manos y se acercó a mis labios. Me acarició con los suyos y nos besamos.

Fue un beso en toda regla, un beso donde nos hablábamos, donde nos pedimos perdón por las cosas que nos habíamos hecho, un beso donde había deseo, pasión, ternura, pero sobre todo mucho, mucho amor.

Cuando nos separamos, nos abrazamos tan fuerte que esas piezas que estaban medio descolocadas acabaron de encajar. Lo tenía claro, William era, es y será el amor de mi vida.

Llamaron a la puerta y me separé rápidamente de William.

—¿Por qué te separas?

—Perdona, no estoy acostumbrada a que me abracen en público.

—¿No te gusta?

—Sí, me encanta, pero a Charles no le gustaba, y supongo que de alguna manera me acostumbré.

—Pues anoche no parecía molestarle abrazarte y besarte.

—Lo sé, y eso me sorprendió, por eso hable con él.

—Ahora sí que tú y yo estamos juntos de verdad, y no voy a permitir que nadie se meta.

—Tranquilo, cariño, yo te amo a ti y solo a ti.

—Dímelo de nuevo.

—¿El que?, ¿que te amo?

—Y cariño....

Volvieron a tocar a la puerta con insistencia.

—Señora Evans, discúlpeme, pero es que necesito decirle algo urgente.

—¿Qué ha pasado, Olive?

—Se trata de su hermana Madison, está ingresada.

—¿Qué?, ¿qué le ha pasado?

—No lo sé señora, solo le digo lo que su hermana Isla me ha dicho. Su padre se acaba de enterar y me ha dicho que va al hospital.

—Yo también voy.

—Y yo, te acompaño.

—Dile a mi padre que William y yo le esperamos abajo en el coche, que vamos juntos.

—De acuerdo.

De camino al hospital estábamos callados. William me agarraba la mano para tranquilizarme.

—¿Que le habrá podido pasar? —preguntó mi padre.

—No sé. Quizás, hayan sido las drogas que se mete.

—¿Cómo que drogas?

—Sí, papá, Madison se estaba drogando.

—¿Y por qué no he sabido nada?

—Porque estabas enfrascado en meterte en mi vida.

—Margaret...

—¿Qué, papá?

—Por favor, relájate. Nos estamos enterando ahora, no es momento de reproches — respondió él.

Subí volando a la planta de mi hermana, y allá estaba Isla con mamá.

—¿Qué ha pasado?

—Anoche se quedó en casa, pero me dijo que un amigo la había llamado y se fue a tomar

unas copas. Hoy cuando me desperté fui a verla y no se despertaba. Tenía sangre por la nariz y llamé a urgencias. Dicen que ha sufrido una sobredosis.

—Dios mío, nos dijo que solo fue una vez. Ayer me enfadé con ella y la pegué. Si le pasa algo por mi culpa....

—Tú no tienes culpa de nada —me tranquilizó Isla—. Ayer tratamos de hablar con ella y se puso a la defensiva.

—Margaret, tú no tienes la culpa —dijo mi madre—, tú no le diste esa basura.

—Mamá, ¿sabes dónde está su teléfono?

—Supongo que en casa, ¿por qué?

—Voy a buscar su última llamada, voy a averiguar quién es, y a ese tipo lo voy a meter en la cárcel, no voy a descansar hasta que le encierren.

—De eso me encargo yo —respondió William.

—Voy a verla, y luego voy a casa de mis padres a buscar su teléfono.

Entré a la habitación a ver a Madison. Estaba entubada. Verla así me recordó a esa niña indefensa a la que tanto me gustaba cuidar cuando éramos pequeñas y se ponía enferma.

Mi hermana Isla me dijo que se iba a poner bien, que la habían encontrado a tiempo. De alguna manera me sentí más tranquila.

William y yo fuimos a casa de mis padres; teníamos que buscar el teléfono de Madison.

—Gracias por estar aquí apoyándome. Te lo agradezco, de verdad.

—No me las des, estoy donde tengo que estar, junto a mi esposa.

—Sí, te las tengo que dar, porque de alguna manera tú fuiste el que me advirtió de lo que estaba haciendo mi hermana.

—Pero fue un chantaje.

—Bueno, pero si no me lo llegas a decir, quién sabe si mi hermana hubiera estado ahora tirada por ahí y hubiera sido tarde para ella.

—Te quiero, Margaret, no sé cómo pedirte perdón por lo que te hice.

—Solo no dejes de amarme, ese es tu castigo.

—Ese no es un castigo, es un regalo.

En cuanto llegamos a casa de mis padres, fui corriendo a la habitación de mi hermana. Todo estaba tirado. Busqué entre sus cosas y di con el teléfono. Por suerte estaba encendido y tenía batería, pero no me sabía su código de desbloqueo y necesitaba su huella.

—Tenemos que volver al hospital, necesito la huella de mi hermana. Este tipo lo va a pagar.

Cuando regresamos al hospital, entré en la habitación de mi hermana y puse su huella en el móvil. Ahí estaba el número de su camello. Le mandé un mensaje:

«¡Hola! Ayer gasté toda la que me pasaste, necesito más».

«Nos vemos donde siempre», respondió.

«No, mejor veámonos en mi casa. Estoy sola. Además, así nadie sospechará, pensarán que eres un amigo de la uni».

«De acuerdo, así también me lo pagas en carne. Ya sabes lo que me gusta, nena».

«A las 7 en mi casa entonces, te paso la dirección. No tardes, tengo mucho mono».

Me quedé preocupada, la verdad, ¿y si se había dado cuenta de que no era Madison? ¿Y si

sabía que era una trampa?

—¿Tú crees que se habrá dado cuenta, Isla?

—No creo. Por lo que me comentó ayer Madison, este chico iba a la universidad hasta que le pillaron y lo expulsaron, pero sus padres tienen mucho dinero y a cambio de pagar no le denunciaron. Ha tenido algún que otro rollo con nuestra hermana.

—¿Pero esta niña esta tonta?

—Me dijo que iba a dejar de consumir, pero que cuando está muy nerviosa se mete.

—¿Y ayer? Fue por mi culpa, me peleé con ella y le di una bofetada...

William se fue con su amigo a la comisaría para poner la denuncia. Según pasaba el tiempo, me iba poniendo más nerviosa. Llamé a William y me dijo que ya estaba todo el operativo preparado para cogerle, que estuviera tranquila, que en cuanto le capturasen me llamaría.

Estaba sentada en la sala de espera del hospital con mi hermana Isla, y en ese momento llegó Bethany.

—¿Cómo está?

—Mejor, aún no ha despertado, pero nos han dicho que está estable, y seguro que pronto despertará.

—¿Y el tipo que la metió en esto?

—Pues William me acaba de decir que en cuanto lo tengan me llamará. Estoy nerviosa, son las siete. Estoy deseando que me llame, quiero saber algo de ese cerdo.

Papá y el doctor aparecieron en la sala de espera para decirnos que Madison acababa de despertar. Fue una noticia maravillosa.

—¿Puedo ir a verla?

—Vamos a revisarla, y en cuanto acabemos podrán entrar de uno en uno, ¿de acuerdo? — dijo el doctor.

—Sí, perfecto, muchísimas gracias.

Nos quedamos todos en la sala de espera. Estaba tan contenta... Mi hermana había despertado, e iba a hacer hasta lo imposible por ayudarla a dejar esa basura.

—Papá, ¿podemos hablar?

—Sí, claro que sí, hija.

—Papá, me dolió muchísimo que no te opusieras a una farsa de matrimonio. Sabías que William y yo nos odiábamos y que él quería vengarse de mí.

—Lo sé, perdóname. Estaba tan desesperado por lo que le había pasado a la empresa que no pensé en nada más, solo en mi padre, y en que debía de estar defraudado conmigo después de lo que luchó por sacarla adelante y convertirla en lo que es. Lo siento tanto... Pero voy a revocarlo. Me da igual si nos arruinamos; le voy a pedir a William que se divorcie de ti, así podrás casarte con quien quieras.

—No, papá, no me voy a divorciar. Solo te pido que cuando quieras hacer algo, antes lo hables con nosotras.

—¿Me perdonas?

—Sí, claro que sí.

Me sonó el teléfono. Era William para decirme que ya habían detenido al tipejo ese y que, efectivamente, llevaba drogas encima.

—Es maravilloso —dijo papá—. Voy a encargarme de que se pudra ahí dentro, junto a sus cómplices.

Pude entrar a ver a Madison. Estaba más espabilada y, al verme, se puso a llorar.

—Perdóname Margaret. Tú siempre has sido mi referente, y te he defraudado.

—No, perdóname tú a mí por golpearte, pero es que estaba viendo cómo ibas a arruinar tu vida y no pude contenerme. Eres mi hermana pequeña, y deseo lo mejor para ti.

—Lo sé, y te juro que esto lo voy a dejar.

—Madi, han detenido a Vinegar.

—¿Cómo?

—Cogí tu teléfono, vi las últimas llamadas y supe que era el tipo que te la proporcionaba. Lo siento, pero tenía que hacerlo.

—Margaret, su familia es muy peligrosa. Por favor, ten cuidado. Como se entere que has sido tu van a ir a por ti.

—Tranquila, no les temo.

Cuando salí de la habitación entraron mis padres. En ese momento llegaba William a la sala de espera. No me pude resistir y me eché a sus brazos. Él me recibió y nos besamos. Cuando nos separamos, mi hermana y Bethany nos miraban asombradas.

—Pero, ¿y vosotros, en qué momento?

—Esta mañana, cuando me cortaste con el abrecartas.

—Ah, ¿pero fue ella?

—Sí, hermanito, es que si no os ponía las pilas no sé en qué momento os ibais a confesar lo que sentíais. Yo solo di un empujón.

—Gracias, hermanita.

—Ahora sí que somos un matrimonio de verdad.

Esa noche, de camino a casa, me quedé dormida en el coche. Cuando me desperté estaba en mi cama. Eran como las 4:30 de la mañana. Me levanté y baje a la sala; William estaba con su ordenador.

—Hola.

—Hola, preciosa.

—¿No duermes?

—No tengo sueño, no soy muy dormilón.

—¿Cómo llegué a mi cama?, no lo recuerdo.

—Te quedaste dormida en el coche y yo te subí a la habitación, no quise despertarte.

Me acerqué y me senté frente a él. William se quitó el ordenador de encima y me atrajo hacia él. Me senté en sus piernas y nos besamos, despacio, suave, disfrutándolo.

—Me encantas, Margaret, eres todo para mí.

—Y tú para mí, William.

Me puse a horcajadas, y nos seguimos besando. Sus manos se deslizaron suavemente por mi piel. Olía a colonia, pero mezclada con su piel hacía un aroma maravilloso. Me levantó y subimos a la habitación, me tumbó delicadamente en la cama y se quitó los pantalones. Yo me deshice de los míos mientras él me miraba con muchísimo deseo.

—No sabes cuánto tiempo llevo deseando hacerte esto, desde el primer momento que te vi en aquel pub de Irlanda me encantaste, Maggie.

—Y tú a mí... Sí, salí corriendo porque en ese momento no estaba libre, pero Dios, cómo te deseaba, Will...

Nos dimos la vuelta y termine sobré él. Fui besando cada poro de su piel, luego me senté

sobre él y nos fundimos en uno solo. Fue lo más maravilloso que había experimentado en toda mi vida; en ese mismo instante nos convertimos en uno.

A la mañana siguiente nos despertamos abrazados.

—Buenos días, mi vida.

—Buenos días, amor. Ahora sí que somos Will y Maggie.

Cuando le dieron el alta a Madison, ingresó en un centro de desintoxicación. Habían pasado dos meses desde entonces y lo estaba llevando bastante bien, la verdad, nos estaba demostrando lo fuerte que era.

Mi matrimonio con Will también era maravilloso. Cada día que pasaba éramos más felices y estábamos más enamorados. La empresa iba de maravilla, pues William había logrado recuperar lo que nos robaron, y él debía volver a Irlanda. Ya lo habíamos hablado: iríamos y vendríamos para poder estar juntos, no queríamos separarnos muchos días.

Por otro lado, Charles, desde aquel día que le dije que ya no le amaba, se había alejado de mí. Lo entiendo, no puedo pretender que quiera verme si me ama y yo estoy con otro. Según me habían contado, ahora estaba saliendo con Christine.

Isla estaba comprometida con Fred, y yo también estaba tan feliz por ellos.

—Hermana, estoy pletórica —me decía—, no me puedo creer que Fred y yo nos vayamos a casar. Estoy tan ilusionada...

—Me alegro tanto por ti... Mi compañero de baile y también mi cuñado...

—Chicas —interrumpió Florence—, tengo que contaros algo.

—¿Qué pasa?, cuéntenos, no nos dejes en ascuas.

—Me han propuesto abrir mi propio bufete.

—¿En serio? Eso es maravilloso.

—Sí, estoy feliz, pero es en Escocia, me tengo que ir para allá.

—Oh, te voy a extrañar —le dije—, eres mi mejor amiga.

—Y yo a ti, os voy a extrañar, incluso a Bethany. Aunque nunca le caí muy bien por mi rollo con James, le tengo cariño.

—Es que ella siempre ha estado enamorada de él.

—¿Pero qué iba a saber yo? Cuando le conocí, ella no era mi amiga, no sabía nada de su vida.

—Bueno, ya se le pasó, así que tranquila, te tiene aprecio.

—Sobra deciros que allá tenéis una casa.

—Gracias, cuenta con que vayamos a visitarte.

—¿Salimos esta noche a celebrar tu próxima boda y mi traslado?

—Por mi sí. Llamaré a Fred.

—Yo voy a consultarlo con Will.

—Quién te ha visto y quién te ve con él...

—Lo sé, lo adoro, es maravilloso, lo amo.

Me fui al despacho de Will. Sabía que estaría liado con su proyecto en Irlanda.

—Amor, ¿puedo entrar?

—Pasa, cariño, tú nunca molestas.

—¿Cómo ha ido la reunión?

—Bien, salgo para Irlanda en dos días.

—¿Qué? No, amor, ¿tan pronto? ¿Cuánto tiempo estarás allá?

—Dos semanas, pero no te preocupes, porque te vas a venir conmigo.

—No, mi vida, en dos días tengo que acompañar a mi hermana a probarse su vestido de novia, pero la siguiente semana voy y no me despego de ti.

—¿No quieres venir conmigo? —Puso carita de pena.

—Sí, cómo no voy a querer ir... Pero quiero ayudar a mi hermana. Nuestra boda no fue muy normal, y no pude hacerla como me hubiera gustado. Por eso quiero ayudar a mi hermana.

—No te preocupes, preciosa. Ya lo sé, me hubiera encantado poder hacer una boda como te mereces, pero al menos nos vamos a ir de luna de miel el mes que viene. Y ahí vas a ser solo mía durante quince días.

Me abrazó a él. No quería separarme de su lado ni un segundo. Sus brazos me reconfortan tanto...

—Por cierto, Florence se va a Escocia. Va a abrir su propio bufete y nos ha propuesto salir esta noche para celebrarlo, y también la boda de mi hermana.

—Ya sabes que no me gusta salir mucho entre semana, pero un rato no nos vendrá mal, así que sí, por ti, lo que sea.

—Perfecto, voy a decírselo, ¡te quiero!

—Te quiero.

A las 22:00 estaba Will esperándome en la sala con su hermana Bethany con y James, que también se había apuntado.

Cuando bajé, Will no me quitaba ojo.

—Estás espectacular, mi amor.

No era para tanto. Llevaba unos jeans ajustados, una blusa blanca atada a la cintura con las mangas anchas, de encaje, unos tacones blancos a juego con la blusa, una coleta bien estirada y maquillaje natural. Estaba guapa, pero informal.

—Tú sí que estás guapo.

—Bueno, ya empezamos con el empalague —dijo James.

—Es tan romántico... —añadió Bethany.

—Callaos, es amor —corregí yo, y nos reímos los cuatro.

La verdad que nos lo pasamos genial en la disco, ese grupo que habíamos formado todos era muy divertido. Iba a extrañar mucho a Florence.

Como siempre, en la pista de baile me puse a bailar con Fred, mi cuñado y compañero de baile. Todos los movimientos que hacía iba dedicados a Will, que me miraba desde la barra a cada paso que daba. Al acabar la canción fui con él, estaba seca.

—Necesito una copa, muero de sed.

—Me ha encantado ese baile que me has dedicado —me dijo al oído William.

—¿Y quién te dijo que era dedicado? —le respondí traviesa.

—¿Ah, no?, ¿entonces para quién? Me mirabas a mí, ¿no?

—No, miraba a un bombón que estaba al lado tuyo, con ojos azules y más guapo que el universo entero.

—Ah, está bien.

Me empecé a reír, y me miró con esos ojos que me tenían loca.

—Ven, te voy a castigar.

—¿Cómo me vas a castigar?

—Ven conmigo.

Me llevó hacia el baño de hombres, que estaba vacío. Entramos y cerró la puerta con llave. Me besó, me acarició y me subió encima de los lavamanos.

—¿Qué haces? Estás loco.

—Sí, por ti.

—Will, nos pueden pillar.

—¿Nunca lo has hecho en un lugar público?

—No, la verdad. En mi anterior relación él era bastante reacio a demostraciones en público.

—Pues yo no. Relájate y déjate llevar.

Me bajó el pantalón y empujó. Sé que era una locura, pero es que no podía no hacerlo, ese hombre me tenía loca, me hacía sacar eso que tenía dormido en mí y que no me atrevía a enseñar por los demás.

Después nos aseamos y salimos fuera otra vez. Cuando miré hacia donde estaban mi hermana y mis amigos, me percaté de que acababa de llegar Charles con Christine. Qué mal me caía esa tipa, y no, no eran celos, es que me parecía odiosa.

—Hola, Charles.

—Hola, Margaret —dijo mirándome con curiosidad.

—Christine... —saludé por educación.

—Hola.

Me fui a la pista y seguí bailando con Fred. Mi futuro cuñado bailaba de maravilla. Luego Charles se acercó y me pidió hablar con él.

—¿Cómo estas, Charles?

—Bueno, no muy animado, pero tengo que salir adelante.

—No estás tan mal, estás con Christine.

—Es la que estaba ahí cuando me dejaste.

—Vale, adiós, Charles.

—¿Ya?, ¿te vas?, ¿tan fácil?

—Tan fácil ¿el qué?

—Huyes, no das la cara.

—La estoy dando, pero no te dejé así como insinúas.

—Margaret, te casaste para salvar tu empresa, pero me dijiste que luego te divorciarías y te casarías conmigo, y resulta que te enamoraste de él.

—Sí, me enamoré, lo siento.

—¿Qué tiene él que no tenga yo?, ¿es porque no le importa tener sexo en sitios públicos?

—¿Cómo?

—Margaret, fuiste mi novia, sé perfectamente cuándo acabas de tener relaciones. Y cuando salisteis del baño, acababais de tenerlas.

—Lo que me faltaba por oír. Creo que eso a ti no te importa.

—¿Es por eso por lo que me dejaste?

—Charles, me enamoré y punto. Mejor dejemos el tema. Me voy, Will me está esperando. Y a ti Christine, que por cierto, no deja de mirarme con ojos de loca.

—Tiene celos de ti.

—Pues no tiene por qué, yo estoy casada, y ella está contigo, como tanto quería.

—Ella sabe que solo es una tiritita. Yo te quiero a ti y ella lo sabe, siempre te amaré.

—Cuando llegue la indicada me olvidarás.

—No lo creo.

William me miraba desde la barra atento a lo que Charles hacía. Le hice un gesto para que estuviera tranquilo.

—¿Piensa que te voy a dañar? El que te pegó fue él.

—Fue sin querer, te iba a golpear a ti y me puse en medio; él no es un maltratador.

—Siempre voy a estar al otro lado esperándote, Margaret.

—Adiós, Charles.

Y me fui. Necesitaba alejarme de él. Sabía perfectamente el daño que le había hecho, y eso me reconcomía por dentro.

—¿Todo bien, cariño? —me preguntó William.

—Sí, teníamos una conversación pendiente. Tranquilo. ¿Nos vamos ya?

—Claro, estoy cansado.

—Yo también.

Nos despedimos de todos y nos fuimos, al día siguiente teníamos que trabajar.

Llegó el día en el que William se tenía que ir. Yo no quería que se fuera, sabía que era por trabajo, pero me había acostumbrado tanto a estar todos los días con él que ahora se me hacía raro separarnos, aunque solo fuera una semana.

—No quiero que te vayas.

—Ni yo quiero, pero tengo que hacerlo, allá está mi empresa, y tengo que estar pendiente de ella. Me han ayudado mucho James y Bethany yendo y viniendo, pero tengo que ponerme al frente. Ven aquí, mi vida.

—Dime, amor.

Me abrazó, me envolvió en esos brazos que tiene y me empezó a besar. Sus manos fueron subiendo por mi falda.

—Will, nos van a pillar.

—Voy a cerrar la puerta.

Me volvió a hacer el amor en un lugar público, esta vez en su despacho. Yo no estaba acostumbrada a estas cosas, pero me gustaban, la verdad.

Luego le quise acompañar al aeropuerto, pero él me lo impidió, no quería despedidas. Me abrazó, me besó y me miró fijamente a los ojos.

—En una semana nos vemos y no nos volveremos a separar más.

—Te quiero.

—Yo más.

Cuando se fue me sentí sola. Jamás me había pasado, pero desde que le había conocido me sentía tan unida a él que cuando no estaba sentía un vacío dentro de mí.

—Hola, ¿se puede? —preguntó mi padre asomándose por la puerta.

—Sí, pasa, papá.

—¿Cómo te van las cosas, Margaret?, ¿cómo te llevas con Will?

—Bien, nos hemos enamorado, papá.

—¿Cómo?, ¿de verdad?

—Sí, es el hombre de mi vida.

—Me alegro mucho, hija mía. La empresa se ha recuperado en un 80% en estos meses que ha estado William al cargo.

—Sí, ya no queda nada para que recupere el dinero que robó Thomas.

—No se lo va a quedar él.

—¿Cómo?

—¿No te lo ha dicho? Quizás haya metido la pata y sea una sorpresa que quería darte. Bueno, tú hazte la sorprendida cuando te lo diga. No va a coger el dinero que le debíamos, lo va a dejar para que nuestra empresa termine de recuperarse. No quiere nada de eso.

—Este hombre cada día me sorprende más. Ya sabía yo que no era tan malo como parecía...

A las 18:00 estaba aún en la oficina. No tenía ganas de ir a casa, así que telefoneé a mi hermana Isla y quedamos en vernos para hablar sobre el banquete de su boda. Media hora después ya estaba con ella en una cafetería cerca de la empresa.

—Lo que te digo, Margaret. ¿No te parece bien ese catering? Ahí lo celebro mi amiga Catherine y la comida estaba deliciosa. Había pensado en el jardín de la casa de papá y mamá. Yo sé que tu la celebraste ahí, pero no es la misma situación.

—Ya, ya sé que mi boda no fue una boda normal.

—No digo que fuera fea, pero bueno, ya me entiendes.

—Sí, no nos casamos enamorados, fue por compromiso, pero ahora estamos enamoradísimos, quiero a William Evans con todo mi corazón.

Me empezó a sonar el teléfono y ahí estaba mi amor, para decirme que ya había llegado a Irlanda, que iba de camino a su casa, que cuando llegara me avisaría para que estuviera tranquila.

—Ya ha llegado —le informé a Isla—. Le extraño, ya quiero estar entre sus brazos.

—Quién te ha visto y quién te ve, hermanita. Lo detestabas.

—Lo sé, pero ahora no puedo vivir sin él. ¿Vamos a cenar esta noche por ahí? No quiero estar sola en casa.

—Vale, vamos a cenar, ¿llamamos a Bethany?

—Sí, que nos acompañe. Cuantas más, mejor.

Qué extraño me parecía volver a Irlanda. Había pasado unos siete meses en Londres y no tenía nada que ver el hombre que se había marchado de allí con el que había vuelto. Se fue aquel soberbio, déspota, antipático, que trataba a la gente fatal y ahora regresaba yo, el que siempre fui pero al que no dejaba salir. Quién me iba a decir a mí, que me había convertido en un monstruo por despecho, que ahora, al enamorarme de verdad, recuperaría al que jamás debí dejar de ser. Porque al conocer a Maggie supe lo que era amar de verdad. Eso no era solo cariño y pasión; ahora sabía lo que se siente cuando se ama incondicionalmente.

Ewan fue a buscarme al aeropuerto. Le dije que quería ir solo, pero cuando llegué ahí estaba, esperándome. Como el vuelo se había retrasado un poco, el hombre estaba congelado. Le dejé mi abrigo, me dio pena. Él siempre había estado ahí para mí, era un amigo más que un empleado.

—Vamos de camino a casa, quiero prepararlo todo para cuando venga la semana que viene Margaret, ahora ella es la señora de esta casa.

—Señor, creo que nos están siguiendo.

—¿Qué?, ¿cómo?

—Desde que salimos del aeropuerto, ese coche viene detrás de nosotros. No logro verle la cara al conductor.

—Acelera, Ewan, a ver si le perdemos.

De pronto íbamos a mucha velocidad. No sé quién sería el que nos seguía; reconozco que por mi mal carácter me había ganado varios enemigos.

—¡Ewan, frena, vienen coches de frente! ¡Ewan!

—¡Señor, no puedo, los frenos no me responden!

De pronto, vi unas luces encima de nosotros y todo se apagó.

Estaba tomándome un gin-tonic con Bethany y mi hermana antes de irnos a cenar por ahí y se me cayó la copa que tenía entre mis manos. No sé qué me pasó, solo sé que una angustia me entró por todo el cuerpo; tenía un mal presentimiento.

—¿Estás bien, cuñada?, ¿te has cortado?

—No, no me he cortado. Necesito llamar a tu hermano.

—Pero, ¿por qué?, ¿qué te pasa? Estás pálida.

—Hermanita, ¿qué te pasa? Si estabas bien hasta hace un minuto...

—No sé, siento algo aquí en el pecho, lo siento como si algo me oprimiera, no sé si entendéis lo que quiero decir.

—Le estoy llamando, pero me sale apagado —dijo Bethany.

—Bethany, del aeropuerto a casa de tu hermano, ¿hay mucha distancia?

—Pues como tres cuartos de hora más o menos, ¿por qué?

—Porque me dijo que cuando llegara me llamaría y no lo ha hecho, y ya han pasado dos horas.

—Tranquila, se habrá encontrado con algo mal hecho y estará poniendo orden. Él es así, ya lo sabes, tranquila.

—Tienes razón, qué paranoica me estoy volviendo, no me gusta, qué tonta estoy. Voy a pedirme otro gin-tonic.

Media hora después me sonó el teléfono.

—Mira, seguro que es él.

—Hola... Sí, soy yo... ¿Qué? —Empecé a temblar—. ¿Qué ha pasado?... ¿Pero él está bien?

De pronto mi teléfono se me cayó de las manos y empecé a llorar desconsoladamente.

—¿Qué pasa, Margaret? ¿Qué ha pasado? —me preguntaban Bethany y mi hermana.

—William ha sufrido un accidente.

—¿Qué?, ¿qué le ha pasado a mi hermano, Margaret?

—Tu hermano ha sufrido un accidente de coche. Está muerto...

Salí corriendo del pub sin rumbo fijo. Escuchaba a las chicas llamarme, pero no podía reaccionar. Mis piernas caminaban sin rumbo, no sabía dónde me dirigía. El amor de mi vida, el hombre al que más amaba en el mundo, muerto. No, no podía ser.

Paré un taxi sin hacer caso a las llamadas de las chicas y le pedí al taxista que me llevara al aeropuerto. Ya compraría allí el billete, pero tenía que llegar a Dublín, tenía que ver con mis propios ojos si de verdad mi amor estaba muerto.

No paraba de recibir mensajes y llamadas de Isla y Bethany. Apagué el teléfono, no quería hablar con nadie, no quería pensar. Solo quería estar junto a mi amor.

Conseguí un billete en el aeropuerto, en media hora salía un vuelo para Irlanda.

Cuando llegué a Irlanda, encendí el teléfono. Tenía llamadas de todos: papá, mamá, Isla,

Bethany... hasta de Madison y Charles.

Mandé un mensaje a Isla: «Estoy en Irlanda, necesitaba verificar que de verdad mi amor está muerto. No me lo puedo creer, Isla, no puedo creerlo. Esto debe ser un error».

Enseguida me respondió: «Margaret, estamos preocupados por ti todos, hemos llamado incluso a hospitales, hemos pensado lo peor. Por favor, Margaret, por favor, cuídate, ten cuidado y no hagas ninguna locura. Promételo, por favor. Por cierto, Bethany también va rumbo a Irlanda, espérala.

Le respondí que no tenía cuerpo para esperar a nadie, que necesitaba saber qué había pasado.

Luego devolví la llamada al comisario que me había llamado para darme la noticia. Le informé de que estaba en Dublín y me citó en el lugar del accidente.

Cuando llegué, aún estaba allí el coche carbonizado. Me dieron ganas de morirme allí mismo.

—¿Es usted Margaret Evans?, ¿la esposa del señor Evans?

—Sí, soy yo.

—Lo siento señora, su esposo ha fallecido.

—Quiero ver el cuerpo.

—No puede ser, el cuerpo está totalmente quemado, le están haciendo la autopsia. Solo hemos encontrado sus pertenencias en la chaqueta que tenía puesta.

—No, no puede ser, no puede estar muerto.

—Necesito que se tranquilice, vaya a su casa, descanse. En cuanto tengamos los resultados la llamaremos, de verdad.

—¿Iba solo?

—Sí, solo hemos encontrado su cuerpo.

Deseé que esto fuera una pesadilla, un mal sueño que estaba teniendo, pero por más que me golpeara a raíz del ataque de pánico, por mucho que me pusiera así, él estaba... muerto.

No recuerdo absolutamente nada. Solo sé que me desperté y estaba en la cama en la casa de Will. Me sentía atontada. A mi lado estaba Bethany.

—¿Qué ha pasado?, ¿qué hago aquí? Necesito ir a buscar a William.

—Margaret, entraste en un ataque de histeria y tuvieron que sedarte, estamos en casa de mi hermano.

—Tengo que llamar al detective, me dijo que iban a hacer la autopsia al cuerpo, y sé que ese no es William.

—Margaret, mi hermano está muerto. Llamó al policía, mi hermano ha muerto. Asúmelo como lo he hecho yo.

—No, no, no puede ser, ese no es tu hermano, tu hermano me estaba esperando aquí. Iba a prepararlo todo para que la semana que viene yo viniera; seguro que ha ido a prepararme una sorpresa.

—¡Margaret, reacciona, está muerto! —Me pegó una cachetada para que reaccionara—. Vamos a organizar esto y luego te irás a Londres, a tu vida, a tu empresa.

—¿Cómo crees que me voy a ir así sin tan siquiera enterrar a tu hermano?

—Ya está programada la incineración. Es lo que quería, así que lárgate. No quiero verte, Margaret, me recuerdas a él. Por favor, necesito que te vayas.

—Está bien, me iré a un hotel.

—No. Vete de Dublín. Lárgate, no quiero verte en un tiempo, ¿no lo entiendes? Sí, era tu marido, pero también mi hermano, y todo me recuerda a él. Necesito que desaparezcas o me volveré loca. Tus padres están de camino para llevarte con ellos.

—Pero, Bet, ¿cómo voy a hacer eso?

—Haciéndolo, no lo compliques más, no vas a revivirlo porque te quedas aquí, así que lárgate a tu vida en Londres.

No entendía nada, ¿qué había pasado? Que Bethany se pusiera así era normal, era su hermano, pero echarme de esa manera... ¿Qué culpa tenía yo? Mi amor, mi vida había muerto, y yo con él.

Mis padres me vinieron a buscar y, aunque me resistí y me volvió a dar otro ataque de ansiedad, me llevaron de vuelta a Londres.

Llevaba dos semanas en Londres cuando una mañana me desperté y me fui directa al ordenador, lo encendí y saqué un billete solo de ida a Chicago. En una ocasión, William me dijo que una de sus ciudades favoritas en el mundo era esa, y estaba completamente segura de que me enamoraría de ella, así que no lo pensé dos veces. Necesitaba respirar, estar sola.

Preparé una maleta y metí lo necesario. Si algo me faltaba ya lo compraría allí. Después creé un grupo con la familia y amigos, en el cual les puse esto:

«Sé que he estado algo desaparecida estas semanas, pero necesito estar sola. El amor de mi vida supuestamente ha muerto, aunque jamás he visto el cuerpo. Creerán que estoy loca, pero

aún me queda esa esperanza. No sé, quizás es lo que hace que me levante cada día de la cama, será fantasía, pero así me siento bien. El caso es que me voy de viaje, no os voy a decir dónde, necesito estar sola. Puede que creáis que soy una egoísta, y quizás lo sea, pero ahora mismo es lo que necesito. No sé en qué momento volveré. Puede que en quince días, en dos meses o en años, no lo sé. Solo sé que es lo que necesito. La empresa está bien, papá, llévala como hasta ahora la llevabas. No te preocupes, no me desatiendo de ella, solo necesito pasar este duelo sola. Os prometo que llamaré, pero no tratéis de averiguar dónde estoy. Os prometo que me voy a cuidar, pero necesito que me respetéis. Os quiero, gracias por estar siempre ahí apoyándome, nos vemos pronto. Margaret».

Enseguida me respondieron papá, mamá y mis hermanas:

«Hija, ¿pero así de repente? ¿Pero tú sola?»

«Hija, por favor, cuídate y llámanos, por favor, es lo único que te pido».

«Margaret, no me puedes hacer esto, me caso en un mes, no puedes faltar a mi boda, eres mi dama de honor, no puedes ser tan egoísta».

«Yo te apoyo, hermana, tómate el tiempo que te tengas que tomar. Eres libre, es tu duelo, y ninguno deberíamos juzgarte ni presionarte. No te pases con ella, Isla, imagínate si Fred muriera, estarías tú para bodas...».

Cuando leí los mensajes decidí llamar a Isla. Sabía que debería ir a su boda, pero no tenía ánimo para fiestas.

—Isla, antes de que digas nada, sí, soy una egoísta y lo siento, pero no entiendes cómo me siento. El amor de mi vida ha muerto, y lo último que celebramos en casa de papá y mamá fue mi boda con él. No espero que me comprendas, pero estoy rota por dentro. Te juro que cuando regrese te compensaré, pero no puedo ir ahora mismo a tu boda.

—Sí, Margaret, trato de entenderte, pero tú eres mi hermana, y me gustaría que estuvieras aquí conmigo. Pero bueno, vive tu duelo. Sabes que siempre te voy a apoyar. Te quiero mucho, hermanita, por favor, cuídate. Nos vemos a tu regreso, y te enviaré una foto de mi boda, no puedes negarte a eso.

—Claro que no, encantadísima de verte vestida de novia con el guapo de Fred a tu lado.

—Te quiero, Margaret.

—Y yo a ti, Isla.

Después de esa conversación me fui directa al aeropuerto. Un nuevo rumbo me esperaba. No sabía qué me depararía, pero lo que sí sabía era que necesitaba sanar mis heridas.

# SEGUNDA PARTE

Chicago, dos años después

Han pasado dos años desde que me trasladé a Chicago. Al principio no sabía por cuánto tiempo vendría, pero me enamoró esta ciudad y su gente.

Cuando llegué estuve varios días en un hotel. Cada noche paseaba por las calles de la ciudad replanteándome cosas. Había echado el ojo desde Londres a varias empresas parecidas a las de mi familia y eché currículums para empezar a trabajar desde abajo, aunque poco a poco me fueron ascendiendo.

También me apunté a un curso de fotografía y me iba los fines de semana a otras partes de la ciudad a fotografiar paisajes; luego me dio por las parejas.

Me hice amiga de una compañera de trabajo. Al principio no quería hablar con nadie. Salía del trabajo y me iba a la casa que me alquilé, donde me pasaba las horas sola, pero una tarde después del trabajo, Brigitte se me acercó, me agarró del brazo y me dijo:

—Hoy no te me escapas. Llevas meses evitando salir a tomar algo conmigo por ahí, pero ya no; ahora te vienes sí o sí.

No me quedó más remedio que reírme y aceptarlo. Y así me acostumbré a volver a tener amistades. La conté lo que me pasó y hablarlo me sirvió como terapia.

Empecé a salir por las noches con ella, primero un fin de semana cada mes, pero luego le cogí gusto y empecé a salir todos los fines de semana.

Llevaba allí diez meses cuando empecé a ligar con tipos. Solo era sexo, no me interesaba volverme a enamorar, básicamente porque jamás amaría a nadie como amaba y amaría a William toda mi vida.

Dos años después, era el momento de regresar a Londres. Mi padre se jubilaba y me tocaba ponerme al frente de la empresa. Además, en Chicago había aprendido mucho trabajando para otros, y ahora sí me sentía preparada.

Isla se había casado con Fred en una boda preciosa e íntima. Yo no fui, pero me enviaron videos, fotos e incluso hicieron un *live* para que los viera en vivo. Ahora estaban esperando un bebé que se llamaría Brian. Mi hermana estaba de cinco meses y me sentía muy feliz por ella.

Madison había acabado la carrera y ahora estaba en Alemania; no paraba.

Con Charles había hablado mucho por Skype y por teléfono. Había sido un gran apoyo; siempre había estado ahí a pesar de que yo no me había portado nada bien con él.

Después de Christine y de otra novia más, ahora volvía a estar soltero. Yo le animaba a que se enamorase, pero él evitaba ese tema, así que no le volví a decir nada.

En unos días iba a volver a verlos a todos y no podía estar más nerviosa y emocionada. ¿Cómo sería volver a casa? Sobre todo a mi casa, la que compartí con mi amor durante esos maravillosos meses, esos meses donde planeamos tantas y tantas cosas, que por un maldito accidente no pudimos cumplir. Al principio estuve aferrada a que estaba vivo, perdido por algún lugar, pero según pasaba el tiempo y al no recibir noticias fui perdiendo esa ilusión.

En la última reunión de empresa que tenía en Chicago, ya les había dicho que iba volver a Londres, pero teníamos que negociar algo importante con una empresa externa que había abierto una sucursal en la ciudad.

Al llegar a la sala de juntas, mi secretaria Claire me informó de que acababa de llegar el señor Ethan Jacobs, y le dije que le hiciera pasar.

Me encontraba ordenando los papeles cuando oí su voz, una voz que me hizo tambalear...

Levanté la vista y frente a mí estaba ¿el doble de William?

—Hola, buenos días. Soy Ethan Jacobs, encantado de conocerla.

—Ho... Ho... Hola. —Me quedé pasmada. Ese hombre era un calco de William pero, a diferencia de él, este llevaba una barbita de varios días, estaba peinado de diferente manera y tenía una pequeña cicatriz en la oreja. Me fijé en que debía estar casado; llevaba una alianza de oro.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, discúlpeme, es que... me ha recordado a alguien que murió hace unos años.

—Lo siento, no quisiera incomodarla.

—No, no se preocupe, no lo hace. Vamos a lo que vamos. Bienvenido a esta empresa, nos gustaría negociar con usted.

Estuvimos una hora hablando sobre la compra de acciones y todo indicaba que el acuerdo se iba a cerrar con éxito.

Me contó que la empresa en la que trabajaba era de su suegro, y que este se había jubilado. Pero mientras me hablaba no podía dejar de mirarle a los ojos. Esos ojos eran clavados a los de William, pero eso era imposible. Will, mi Will, había muerto hacía dos años en ese maldito accidente. Por mucho que había tratado de averiguar algo que me hiciera tener un rayo de esperanza, todo indicaba que el cadáver que encontraron era el suyo, así que, como no lo hubiesen clonado, no podía ser.

—Encantado de haber negociado con usted, señora Jones.

—Llámeme Margaret, por favor, es mi nombre.

—¿Margaret?

—Sí, ¿por qué?

—No sé, ese nombre me ha llamado la atención.

—Pues es bien común.

—Es muy bonito, le va perfectamente.

—Muchas gracias. —Ese halago me quemó por dentro.

—Espero volver a verla en otra reunión.

—Pues lo siento, pero en unos días me vuelvo a mi país, a mi empresa. Aquí estaba de paso.

—No me diga, qué pena. ¿De dónde es?

—De Londres, ¿lo conoce?

—No he estado nunca, pero me han hablado maravillas de él.

—Pues se lo recomiendo.

—Sí, lo que pasa es que a mi mujer no la llama la atención Londres, no sé por qué. En algún momento iré. No le quito más tiempo. Encantado de haberla conocido.

—Lo mismo digo.

Cuando se fue me sentí extraña. Había tenido delante de mí al doble de William. Entonces

eso de que todos tenemos un doble era verdad...

La verdad me sentí muy raro al conocer a Margaret, como si la conociera de antes. Pero no podía ser, yo nunca había estado en Inglaterra. Mi esposa era de Irlanda, pero llevábamos muchos años viviendo en Estados Unidos.

—Hola, Ethan, mi cosita, ¿qué tal la reunión? —me preguntó cuando llegué a casa.

—Hola, Bonnie. Todo bien, ya hemos firmado.

—Perfecto, papá se va a alegrar muchísimo. Esa empresa es muy importante y nos va a hacer ganar mucho dinero.

—Siempre piensas en lo mismo, ganar y ganar, pero también es importante para nuestros empleados, porque podremos subirles el sueldo. No se trata de que nos llenemos los bolsillos nosotros, no nos hace falta, pero a ellos sí, que tu padre no les sube el sueldo desde hace más de cuatro años.

—¿Para qué subirles el sueldo? Ellos están contentos con lo que ganan, no se quejan, no hablan. Si no dicen nada es porque están conformes, pero yo no, mi cariñito, quiero comprarme ese collar de diamantes que vi en Tiffanys el otro día.

—Bonnie, basta, no voy a gastar el dinero en tonterías.

—Pero mi cariñito...

—Basta, Bonnie, no más.

Mi matrimonio con Bonnie no pasaba por un buen momento, la verdad es que no recordaba haberla amado. Dos años atrás me había despertado en un hospital de Chicago con una gran contusión en mi cabeza. Por lo visto sufrí un atraco y, tratando de defenderme, varios tipos me agarraron y me golpearon en la cabeza. Debido a ese golpe me caí, me di con el bordillo de la acera en un lateral y me hizo una cicatriz.

Cuando me desperté del coma dos meses después, no recordaba nada. Ahí estaban mi suegro y mi esposa con cara de preocupados. Me explicaron todo lo que me había pasado. Tardé en recuperarme. Luego mi suegro me pidió que me hiciera cargo de la empresa ya que él estaba cansado, y cuando entré en ella vi cómo desperdiciaban recursos entre él y Bonnie. Mi suegra había fallecido unos meses antes de mi accidente; me costaba creer que yo fuera como ellos hasta el punto de derrochar tanto dinero.

Acababa de aterrizar en el aeropuerto de Londres. Nadie de mi familia sabía qué día llegaba, les quería dar una sorpresa. Me sentía nerviosa. Hacía dos años que no les veía y la Margaret que se fue no tenía nada que ver con la Margaret que había vuelto. Dejaba una bonita experiencia en Chicago, pero me tocaba volver a la realidad.

Pedí un taxi que me dejó en la puerta de mi casa y me sentí rara al entrar. Una bocanada de recuerdos me inundó de repente. Subí a mi habitación; todo estaba igual que cuando me fui. Hacía unos días que había mandado a una señora a limpiar, así que estaba todo impoluto. En la mesilla de noche estaba mi foto con Will, una foto que nos sacamos cuando nos fuimos un fin de semana de escapada romántica. Al ver la foto no puede evitar recordar a Ethan. Es que de verdad que era igualito a Will...

Decidí meterme en la ducha y cambiarme. Quería ir a visitar a mi familia, pero se me ocurrió llamar a Charles primero. Le dije que viniera a casa y se sorprendió cuando le dije que estaba aquí. Me dijo que saldría antes de la oficina para verme, y así fue, porque a la media hora ya estaba en mi casa.

—Dios mío Charles, ¿eres tú? ¡Estás guapísimo! —Me tiré a abrazarle con cariño; él siempre había estado ahí para mí.

—Margaret, déjame verte, estás preciosa. Siempre lo has sido, pero ahora lo estás más que nunca.

—Tú sí que estás guapo. Madre mía, estos dos años te han sentado de maravilla. Siempre has sido guapo, pero ahora lo estás más aún.

—¿Cómo es que no me avisaste?, te hubiera ido a buscar al aeropuerto.

—Quería daros una sorpresa, pero te necesito para ello.

—Por supuesto, cuenta con ello, ¿en qué te puedo ayudar?

—Necesito que mandes un mensaje a mi familia. Diles que vas a organizar una cena porque tienes algo importante que decirles, que no puede fallar ninguno, que si tienen planes que los anulen; lo tuyo es más importante.

—De acuerdo, así lo haré.

Mientras Charles enviaba mensajes, yo paseaba por mi casa, observándola en silencio, esa casa donde había vivido tantas cosas... Entré en la cocina y preparé café. No pude evitar acordarme de cuando, en la noche de bodas, William hizo un trío con esas dos amigas y salió de la cocina desnudo. Menuda impresión me llevé.

—¿Muchos recuerdos?

—Demasiados de repente.

—¿Cómo estás, Margaret?

—Bueno, ahora me siento mejor, pero he pasado meses muy malos, ya sabes. Menos mal que mi amiga Brigitte hizo de terapeuta conmigo.

—Todos quisimos animarte.

—Lo sé, pero todos me conocíais muy bien. Necesitaba a alguien que no supiera nada de mí y que me escuchara, me ayudó mucho.

—¿Y ahora?, ¿hay alguien en tu vida?  
—¿Te refieres a novio?  
—Sí, a eso me refiero.  
—No, no sé si volveré a enamorarme alguna vez, pero he tenido mis rollos con bastantes tíos... ¿Qué te pasa, por qué pones esa cara?  
—No, no he puesto ninguna cara.  
—¿Estás seguro?  
—Sí, claro, solo que eres joven y preciosa, deberías darte una oportunidad en el amor.  
—¿Y tú qué?  
—¿Yo qué de qué?  
—No tienes novia, rompiste con ella, ¿hay alguien más?  
—No, nadie más, salí con una chica, solo que no compaginamos y ya está.  
—¿Por qué no te das una oportunidad en el amor?  
—Porque no, porque jamás amaré como te..., bueno pues eso, que jamás amaré de esa manera.  
—¿Como te...? ¿Que ibas a decir?  
—Nada, en serio, nada.  
Le llamaron por teléfono y respondió corriendo, se salvó por los pelos.  
—Me tengo que ir, tengo que ir a recoger algo que encargué, pero te veo esta noche.  
—No te vas a librar, me vas a contar por qué no quieres volverte a enamorar.  
—Sí, más adelante, ¿ok?  
Me dio un beso en la mejilla y se fue volando.

Estaba tan emocionada de ver a mi familia... Me puse guapa para ellos. Llevaba regalos para todos, incluso para Charles, que no me había dado tiempo a dárselo por la mañana.

Llegué puntual. Miré por el cristal del restaurante y ya estaban todos sentados en la mesa. Charles la presidía. Me mandó un mensaje para avisarme de que era mi momento, así que me preparé, respiré profundamente y entré.

Cuando llegué a la mesa todos me miraron asombrados. Mi madre y mi hermana Isla se pusieron a llorar. Papá sonrió y Fred se levantó y aplaudió.

—Hola, familia, estoy de vuelta.

—¡Margaret! —Se lanzó sobre mí mi hermana Isla, que ya tenía una buena barriguita que acaricié con delicadeza. Luego fue mamá y después papá.

—No sabes cuánto te hemos extrañado —me dijo mamá—. ¿Cómo estás, tesoro? Te veo más bonita que nunca.

—Mamá, yo también os he extrañado. Perdonadme por irme así, pero necesitaba sanar.

Papá me abrazó muy fuerte y me dijo algo que no me solía decir a menudo:

—Te quiero, hija, bienvenida a casa.

Fred me abrazó también:

—Bienvenida, compañera de baile.

—Gracias, cuñado.

Luego Charles me miró y me abrazó.

La cena transcurrió tranquila. Nos reímos, lloramos, les conté mi experiencia por Estados Unidos y papá me empezó a organizar allí mismo mi reincorporación a la empresa el lunes.

—Margaret, ¿estás muy cansada? —me preguntó Fred.

—No, ¿por qué?

—Porque tengo ganas de baile, y desde que tu hermana está embarazada apenas salimos, me dice que te extrañaba mucho y por eso no tenía ánimo.

—Pero ya estás aquí, y aunque esté embarazada puedo salir a tomarme un refresco —dijo Isla.

—Perfecto. ¿Te animas, Charles?

—Claro que sí.

Cuando salimos del restaurante me despedí de mis padres y les prometí ir a comer al día siguiente. Madison llegaría de Alemania por unos días y querían sorprenderla conmigo.

Mi experiencia en Chicago había sido maravillosa y pensaba volver en algún momento de vacaciones, pero qué a gusto me sentí al ver a mi familia.

Me llevaron a una disco nueva donde se bailaba salsa y fuimos a un reservado que había pedido Fred un rato antes. El dueño era amigo suyo y siempre tenía sitio para él. Me pedí un gin-tonic, y hable un rato con mi hermana mientras Fred y Charles se ponían al día.

—Isla, ¿qué sabes de Bethany?

—Uf, Maggie, no quería hablarte de ella, pero es que tienes que saberlo.

—¿La pasó algo?

—No, pero cambió completamente, ¿recuerdas lo dulce y encantadora que era?

—Sí, era un amor.

—Pues o fingía o la muerte de William le dio duro, pero de la noche a la mañana se volvió una borde. Le llamé para decirle lo del embarazo y me dijo que no quería saber más de nuestra familia, que por nuestra culpa su hermano estaba muerto, que si nunca te hubiera conocido, él estaría en Irlanda y aún viviría. Siento decirte esto, porque sé que te duele, pero tú no tienes la culpa. Al menos se fue amándote y no siendo el borde, frío y calculador que era; tú le volviste a cambiar.

—Bueno, siento mucho lo de Bethany, y sí, por mucho tiempo me eché la culpa, pero no la tengo. Vivimos un historia de amor preciosa, corta, pero intensa, y jamás volveré a amar como le amé a él.

—¿Y qué tal en Chicago?, ¿conociste a alguien?

—Conocí a muchos, pero nada especial, solo rollos de una noche.

—Maggie, Charles te sigue queriendo.

—¿Qué dices? Anda, tontorrón, él ya no siente nada por mí.

—Margaret, te sigue amando, y si miras disimuladamente, verás que no te quita ojo en todo el rato que estamos aquí, y en el restaurante igual... A él lo quisiste, vale, no de la misma manera que a William, pero lo quisiste. Luego conociste a tu gran amor y por desgracia murió, pero ¿por qué no te das la oportunidad de amar de nuevo? Dale una oportunidad a Charles.

—No sé de dónde sacas que él me ama, pero si fuera así, él merece a alguien que lo ame de verdad, intensamente, es un gran ser humano.

—Y tú también, dale la oportunidad.

—Isla, que él no siente nada por mí ya. Él tuvo su novia, no salió bien y ahora está viviendo, como yo.

De pronto mi cuñado se levantó, me tendió la mano y me sacó a bailar. Qué bien bailaba, hacía tanto que disfrutaba así. Bailamos cuatro canciones seguidas y cuando acabo la última me dijo que se iba a tomar una copa y que luego volvía. Yo aproveché para ir al baño, pero por el camino se me cruzó un chico y me pidió bailar con él. Era bastante mono, así que no me negué y bailé con él.

Se llamaba Richard, era marine y estaba de vacaciones. Se me arrimó mucho y yo no me aparté. Total, en Chicago había ligado así con muchos, y esté tenía pinta de lo mismo.

Cuando miré a nuestro reservado mi hermana me hizo señas, así que paré de bailar y le dije a Richard que enseguida volvía.

—No me dejes aquí solo.  
—No, tranquilo, vente conmigo si quieres, es que mi hermana me llama.  
Nos acercamos al reservado, y le presenté a mi hermana.  
—Hola, encantada —le dijo Isla—, ¿me disculpas un momento? Debo comentarle algo a Margaret.  
—Por supuesto.  
—¿Qué haces?  
—¿Bailar?, ¿por qué?  
—Joder, Maggie, si antes te digo que Charles te quiere, antes bailas con otro de esa manera delante de él.  
—Isla, ¿para eso me llamas? Bailo con Richard como lo hago con Fred.  
—No, con Fred no te pegas así. Además, te ha besado en el cuello.  
—Bueno, ¿y qué? Un rollo como los que tenía en Chicago.  
—No estás en Chicago, y ahí hay un hombre que te quiere, tú misma.  
Miré hacia Charles, que me estaba mirando con disgusto, así que me acerqué a él.  
—¿Qué te pasa?  
—Nada —me dijo muy seco.  
—¿Nada?, ¿y por eso me hablas así? ¿Qué te pasa?  
—¿Quién es ese tipo?  
—Richard, le acabo de conocer.  
—Ah, bueno, me voy.  
—¿Ya? No te vayas, jo, quédate.  
—¿Para qué? Te veo bien.  
—Porque quiero que estés, hace dos años que no te veo.  
—Pero si estás bailando con ese, ¿para qué quieres que esté aquí?, no tiene sentido.  
—Tienes razón, si le digo adiós, ¿te quedas?, ¡por favor!  
—De acuerdo.  
Le dije a Richard que era el cumple de mi amigo y que no le estaba haciendo caso; no iba a contarle mi vida, así que me pidió mi número y se lo di. Luego me fui con Charles y mi familia.

Las horas pasaban y yo ya iba bien servida de copas. Mi hermana Isla ya quería marcharse, estaba cansada; normal con el embarazo.

—Charles, ¿acercas a Margaret a su casa o la llevamos nosotros?  
—La llevo yo.

No recuerdo muy bien cuánto tardé en llegar a casa, solo sé que me sentía muy a gusto con las copas que traía encima.

Charles me abrió la puerta, me ayudó a bajar del coche y yo me lancé sobre él y lo besé. Charles me devolvió el beso, pero luego se apartó.

—No, Margaret, no quiero que hagamos algo y luego te arrepientas.  
—No me voy a arrepentir, vamos, entra.  
—No, mejor me voy.  
—Charles, no.  
—Margaret, si de verdad quieres que ocurra algo entre nosotros, lo haremos cuando no estés bebida.

—Si te gusta alguien dímelo, no pasa nada, Charles, es normal. ¿Por eso no quieres novia?, ¿tienes un amor prohibido? Anda, dímelo. —La cabeza me daba mil vueltas.

—Sí, Margaret, tengo un amor, no sé si prohibido, no sé qué quiere ella, pero no quiero que ocurra algo sin que ella se entere de lo que está pasando.

Me dio un beso en la frente y se marchó, y yo me quede sin entender nada.

Me levanté con un dolor de cabeza espantoso. Hacía mucho que no tenía una resaca así, y lo peor es que me sentía ridícula. ¿Había besado a Charles?, pero, ¿por qué? Estaba claro que no estaba enamorada de él, pero me gustaba y era buena persona. ¿Y si tenía razón mi hermana y debía rehacer mi vida? Y si la rehacía, ¿con quién mejor que con Charles? Él siempre había estado ahí, apoyándome, escuchándome, aconsejándome, pero tenía claro que no podría amarlo como amé a William. ¿Debía darme una oportunidad con él?, ¿sería eso egoísta? Y la gran pregunta: ¿Charles me seguiría queriendo?

Le mandé un mensaje. Debía disculparme y quería hablar con él: «Hola, buenos días, ¿cómo estás? Siento lo de anoche, no quería incomodarte, con lo bien que te has portado conmigo. ¿Podemos quedar esta tarde? Necesito hablar contigo en persona. Un beso».

La respuesta no se hizo esperar: «Hola, Margaret. Estoy bien, ¿cómo estás tú? Te pillaste una buena. No debes disculparte conmigo, no me has incomodado. A mí también me gustaría hablar contigo, ¿te viene bien a las 19:00? Te voy a buscar a tu empresa. Un beso».

Le confirmé la cita y me fui a casa de mis padres a comer. Queríamos darle una sorpresa a Madison; venía unos días a Londres y no sabía que yo había vuelto. Había hablado con ella hacía unos días, cuando yo aún estaba en Chicago.

A las 14:00 estaba en casa de mis padres. Al entrar me vino a la mente mi infancia en aquella casa, los juegos con mi hermana Isla, y cómo, cuando nació Madi, la cuidaba como si fuera una muñeca. Y cómo no, mi boda con William. Ese día que sentía que me estaban encarcelando, solo pensaba en pagarle la deuda y divorciarme de él. Quién nos iba a decir que acabaríamos enamorándonos...

—Hija, bienvenida a casa.

—Hola, mami.

—¿Cómo estás?

—Bien, recordando cosas.

—¿Aún piensas en él?

—Cada día, cada segundo, y así será hasta que me reúna con él. Sé que podrá sonar raro porque solo estuvimos juntos unos meses, pero fueron los más felices de mi vida. Jamás sentí que pudiera amar a alguien como le amé a él.

—¿Por qué va a sonar raro? Así es el amor, hija. Pero vamos a dejar de hablar cosas tristes. ¿Qué tal con Charles?

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué no vuelves con él?

—Mamá, las cosas no son así de simples. Él tendrá sus amores, no sé.

—Bueno, solo digo que nadie mejor que él para que rehagas tu vida. Nos ha demostrado el apoyo y lo bueno que es.

En ese momento oímos un coche aparcando junto a la puerta. Madison había llegado, así que me escondí.

—¡Mamá, papá, ya estoy en casa! —saludó ella al entrar.

—Hola, Madison, hija, qué alegría. ¿Cómo estás?

—Bien, con muchas ganas de abrazaros a todos.

—Hola, hija.

—Hola, papá.

Salí sin hacer ruido por detrás de ella, me posicioné a su espalda y le tapé los ojos.

—¿Quién soy? —dije camuflando mi voz.

—No, Margaret, ¿eres tú?

Le quité las manos y se abalanzó sobre mí. Me recordó a cuando era niña y, cada vez que llegaba de la escuela, se lanzaba a mis brazos.

—Margaret, qué alegría que estés aquí. Déjame verte, hace dos años que no te veo. Estás preciosa.

—Calla, tú sí que estás guapa, y grande.

—¿Cuándo has llegado?

—Ayer. Les di una sorpresa a todos con ayuda de Charles.

—Nadie me dijo nada.

—Quería sorprenderte a ti también.

Nos sentamos a comer. Cuánto había extrañado la comida de mi madre... Hacía tanto que no me sentía así de bien.

—¿Qué tal todo por Chicago? —me preguntó mi hermana.

—Bien, hice grandes amigos, y grandes negocios que beneficiarán a la empresa.

—¡Esa es mi niña! —exclamó mi padre—. ¿Con qué empresas?

—Pues la empresa con la que trabajaba allí. Llegó a un acuerdo muy importante con Bonnie&Nnie. Y no me vais a creer lo que pasó.

—Cuéntanos —dijo mi hermana.

—Cuando llegó el director de la empresa me quedé impresionada. No me creeréis, pero es un doble de William.

Todos se miraron, y luego me miraron a mí.

—A ver, Margaret, sabemos que te ha marcado para siempre que tu gran amor falleciera de esa forma tan rara, pero no estarás aún obsesionada, ¿no?

—¿Qué decís? Sí, sé que al principio quizás parecía una lunática, que estaba obsesionada con que Will vivía, pero tenéis que entenderlo: jamás vi su cuerpo, lo incineraron muy rápido y nadie me consultó. Me podían más las ganas de que fuera una pesadilla, pero luego, con los meses me convencí de que estaba muerto, soy consciente de ello. Pero esto que os digo es verdad: Ethan Jacobs es un calco de él, solo que este tiene barba, y no sé, su mirada es diferente, pero es verdad.

—Pero, ¿te has liado con él? —me preguntó Madison.

—¿Qué dices?, no le conozco nada más que de ese día. Además está casado con la heredera de la empresa.

—Ah, le hubieras sacado una foto para verlo...

Después de comer, mi hermana y yo nos fuimos al jardín. Queríamos ponernos al día. Me contó cómo había superado sus adicciones y cómo se había aferrado a su carrera. Entre otra gente, Charles había sido un gran apoyo, le había dado buenos consejos.

—Cuando te fuiste, te necesité mucho, Maggie. Sé que necesitabas irte y cambiar de aires,

no me malinterpretes, pero necesitaba a mi hermana mayor, y ¿sabes quién me ayudo? Charles. Me dio unos consejos maravillosos, y esos fueron los que me ayudaron a terminar mi carrera. Luego tuve la oportunidad de hacer las prácticas en un bufete de Alemania y allí me fui. Florence me ofreció irme con ella a Escocia, pero tenía ganas de salir adelante por mí misma.

—Lo siento mucho, Madi, siento haberos dado de lado, pero me sentí tan hundida, perdida, desesperada...

—No tienes que disculparte, te entiendo. Yo en tu lugar no sé qué hubiera hecho, fuiste muy valiente.

—¿Y qué tal de amores?, ¿tienes novio? —le pregunté.

—Bueno, tengo un amigo con derecho, pero no es novio. La persona que me gusta jamás se fijará en mí.

—¿Por qué? Eres preciosa, y muy buena.

—Es complicado, digamos que él quiere a otra persona.

—¿Pero ha habido algo entre vosotros?

—No, nunca, pero me gusta. Pero bah, es una bobería. ¿Y tú?

—¿Yo? Yo nada. He tenido mis rollos, pero nada más.

—Oye, ¿has pensado en rehacer tu vida?

—Bueno, lo he pensado, pero no voy a poder querer a nadie como quise a Will.

—Ya, pero no sé, seguro que esté donde esté, querría que lo hicieras.

—Quizás.

—¿Por qué no le das la oportunidad a Charles?

—Otra, pero ¿qué os ha dado a todas con Charles?

—Es buena persona, y sigue amándote.

—Pero, ¿cómo estáis tan convencidas las tres de eso? Fuimos novios, pero después de mí estuvo con otra chica, y después con otra. Y aunque no eran compatibles, no ha vuelto a salir con ninguna otra, prueba de que la seguirá queriendo.

—Estás cegata perdida, pero bueno. ¿Y si te dijera que te quiere, volverías con él?

—No lo sé, no querría dañarle. Anoche salimos a tomar unas copas Isla, Fred, Charles y yo. Me pillé una borrachera grande y él me llevo a casa, y antes de entrar, me lancé y le besé.

—¿Cómo? ¿Y qué hizo él?

—Me besó, pero luego se apartó. No quiso entrar, ¿ves? Él sigue queriendo a su ex, y yo a Will, ¿para qué vamos a rehacer nuestras vidas?

—Porque os necesitáis, porque merecéis tener una segunda oportunidad.

—Hemos quedado esta noche, me voy a disculpar por lo de ayer.

—Qué tonta eres.

Cuando me quise dar cuenta ya era tardísimo y no me daba tiempo a pasar por casa a cambiarme. Menos mal que tenía ropa en casa de mis padres. Le mandé un mensaje a Charles y le dije que me recogiera en casa de mis padres. A las 19:00 ya estaba tocando a la puerta.

—Hola, Charles, pasa, no te quedes ahí.

—Hola, Elisabeth, ¿cómo está?

—Bien, muy contenta de tener a mis hijas aquí.

—Hola, Charles.

—Madison, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Bien, gracias.

—Mi hermana enseguida viene, está hablando con mi padre de algo de la empresa, ya sabes.

—Hola, ya estoy aquí, disculpa, estaba con papá —saludé.

—Hola, no te preocupes, acabo de llegar, estaba con tu madre y tu hermana.

—¿Nos vamos ya?

—Sí, claro.

—Cuídamela, Charles.

—Más que a mi vida, no te preocupes.

Me llevó a tomarnos una copa. No tenía hambre, así que fuimos a un pub cerca del trabajo de Charles.

—Espero que te guste, me imagino que en Chicago estuviste en sitios maravillosos.

—Sí, Chicago te gustaría, tienes que conocerlo.

—Espero ir algún día.

—Por supuesto.

Estuvimos hablando de mi vida en Chicago, de su trabajo, y le agradecí por haber estado ahí con mi familia.

—No tienes nada que agradecerme, Margaret.

De repente alguien me abrazó por detrás. Me di la vuelta rápidamente. No me gustaba que me tocara nadie sin saber quién era.

—Richard, ¿eres tú?

—¡Margaret, qué casualidad!

Richard era el marine con el que había ligado en mi primera salida en Londres. Después de eso habíamos intercambiado un par de mensajes.

—Él es Charles. Charles, mi amigo Richard...

—Hola, encantado.

—Hola —respondió Charles secamente.

Richard me miró y se sonrió.

—Llámame y nos tomamos algo, ¿vale?

—Perfecto.

—Adiós, Charles.

—Adiós.

Después de irse, Charles seguía serio, no comprendía qué le pasaba.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Charles?

—Sí, lo que quieras.

—¿Qué te pasa?, ¿por qué estás así?

—¿Así?, ¿así cómo?

—Tan serio.

No sé, ¿te vas a ir luego con tu amigo?

—¿Que dices?, estoy aquí contigo.

—Déjalo.

—Como quieras. Cuéntame, ¿qué te paso con tu ex?

—Ya te lo dije, éramos incompatibles.

—Por eso no te enamoras de ninguna otra, ¿verdad? La sigues queriendo.

—¿Qué dices?  
—Que si las sigues queriendo, por eso no rehaces tu vida.  
—Margaret, no comprendes nada, ¿verdad?  
—Pues no, si no me hablas claro, qué voy a entender, estas súper raro.  
—Si rompí con mi ex y no rehago mi vida no es porque siga amándola, sino porque nunca lo hice.  
—¿Entonces?  
—Margaret, te quiero a ti, nunca te he olvidado.  
Me quedé sin saber que decir. Ya me lo habían advertido, pero no me creía que aún me amara.  
—Charles, no sé qué decir. Anoche me abalancé sobre ti, te besé y me rechazaste.  
—Sí, te rechacé, pero no porque no quisiera estar contigo. Dios, Margaret, eres lo que más deseo, pero no quería que luego te arrepintieras. Estabas bebida.  
—Lo sé, y lo siento.  
—¿Sientes haberme besado?  
—No, siento haberme lanzado de esa manera. No quiero hacer las cosas a lo loco, no quiero lastimarte.  
—¿Por qué ibas a lastimarme?  
—Te mereces a alguien que te quiera al 100%.  
—¿Y tú?  
—Yo, yo te quiero, pero ya sabes.  
—Sé que siempre querrás a William, y no me molesta. Pero si tengo un mínimo de esperanza contigo, con eso me basta. Dime Margaret, ¿tengo alguna oportunidad contigo?  
—Sí.  
Nos acercamos y nos besamos. Luego me aparte de él rápidamente.  
—Lo siento —me dijo.  
—No, no lo sientas, no me he alejado porque no me haya gustado.  
—¿Entonces?  
—Me acordé que no te gusta que te besen en público. —Me reí y Charles también se rio.  
—No soy el mismo. Al nuevo Charles no le importa el qué dirán. Me puedes besar aquí o donde quieras. Te he extrañado tanto, mi Margaret...

Después nos fuimos a cenar a un restaurante muy bonito que estaba cerca del pub. Estuvimos hablando todo el rato: me hablo de su ex, y de que, aunque era muy buena chica, la comparaba todo el tiempo conmigo y ella se cansó. Prefirieron quedar como amigos, y ella ahora estaba con un socio de su empresa.

Me contó que a Christine la despidieron cuando se enteraron que estaba robando en la empresa, y que solo le interesaba su dinero.

—Lo siento mucho, Charles, cuando te dije que no me gustaba era por algo.  
—Lo sé, fui estúpido. Perdóname por no haberte hecho caso en ese momento.  
—No debes pedirme perdón, son cosas que pasan.  
—Quizás, si te hubiera hecho caso, no hubiéramos roto. No hubiera pasado lo que pasó.  
—Charles, pasó lo que pasó porque yo tenía que conocer a Will, enamorarme de él y vivir lo que viví con él. Fue tan bonito...  
—Lo sé, y os envidié porque te dio lo que yo no supe darte.

—Tú eres tú, y él era él, no debes compararte, porque tú también eres maravilloso siendo quién eres. Por eso quiero rehacer mi vida, pero solo si es contigo.

Me besó de nuevo, y me sentí a gusto. Siempre seguiría enamorada de Will, pero tenía derecho a rehacer mi vida, y quién mejor que Charles.

Ya habían pasado cuatro meses desde mi regreso a Londres y me había dado una oportunidad con Charles. Todo iba muy bien. Él vivía en su casa y yo en la mía, por nada en el mundo dejaría mi casa, la que compartí por esos meses con mi amor. Mi familia se puso muy contenta cuando se enteraron de que Charles y yo volvíamos a estar juntos.

La empresa iba viento en popa y, además, me habían llamado desde Chicago mis antiguos jefes para mantener contactos de negocios conmigo; más feliz no podía estar.

Mi hermana estaba a punto de dar a luz, por fin conoceríamos al pequeño Brian, y sería el sobrino más consentido del mundo. Le quise dar una sorpresa, así que fui a casa de mis padres. Sabía que la encontraría allí, porque Fred se había ido de viaje de negocios unos días y, como ya estaba muy avanzada, no quería quedarse sola, así que fue a casa de nuestros padres.

Al llegar entre muy despacio, no quise avisar a nadie. Ella estaba en la sala hablando por teléfono. Le oí murmurar bajito mi nombre y me entró la curiosidad.

—No, Fred, no insistas, no le voy a decir a Margaret nada de eso. Ella ya está mucho mejor de lo de la muerte de William. No quiero confundirla, ella está feliz con Charles. Además, yo le dije una pequeña mentira cuando llegó. Le dije que Bethany se alejó de nosotros porque sí, no voy a decirle lo contrario. Sí, ya sé que se merecería saber lo que pensamos que pasó de verdad, pero ¿con qué pruebas? Mejor dejémoslo así.

Me quedé pálida. ¿Mi hermana me había estado ocultando algo sobre la muerte de William?, y ¿qué tenía que ver Bethany en todo este asunto?

—¿Qué es lo que ha pasado y por lo que no me quieres confundir, Isla?

—Nada, es una tontería que hablaba con Fred sobre el nombre del bebé. Habíamos pensado en llamarle William, pero mejor decidimos ponerle Brian para que no te sintieras mal y, si tienes un hijo con Charles, puedas llamarle así.

—Vaya, que ágil eres para mentir. He escuchado todo. ¿Me quieres decir la maldita verdad de una vez? ¡Basta ya de engaños!, ¿qué paso con William?

—Fred, hablamos luego, acaba de llegar Margaret. —Y dirigiéndose a mí, me preguntó—: ¿Qué quieres que te diga?

—¿Qué tal si me dices la verdad? ¿Qué es eso que pasó y que no me quieres contar?

—No quiero que te pongas mal, Maggie.

—Me voy a poner mal si no me dices la verdad, dímela ya.

Me empecé a poner nerviosa con mi hermana, no soportaba que me esquivara.

—De acuerdo, a ver; creemos que la muerte de William fue provocada.

—¿Qué?, ¿cómo que provocada?

—A ver, cuando te fuiste así a Chicago, alguien fue a verte a tu casa. Como no estabas te buscaron en la oficina, pero tampoco estabas. Entonces contactaron conmigo.

—¿Quiénes fueron?

—La esposa y el hijito del chófer de Will.

—De Ewan, sí, ¿qué pasa con él?

—Madre mía, Margaret, cómo te digo esto... A ver, Ewan estaba con William el día que

murió.

—¿Cómo? No, solo estaba el cadáver de William.

—Exacto, el cadáver de William, pero el de Ewan jamás apareció, y su esposa vino a buscarte para informarte de lo que había pasado.

—Pero no entiendo, ¿y el cuerpo de Ewan? Si no apareció, quizás es porque sigue vivo.

—Eso es lo que la mujer venía a preguntarte, que si sabías algo raro de su esposo, porque se había ido a trabajar con Will y jamás había vuelto. Cuando se enteró de la muerte de William, pensó que Ewan había muerto también, pero jamás se supo nada. Es bien raro.

—Pero, no lo entiendo, y ¿qué tiene que ver Bethany en todo esto?, y ¿por qué piensas que fue un asesinato?

—No sé, Maggie, por eso no quería confundirte. Bethany, su reacción contigo, cómo se comportó cuando Will murió... Se llevaba genial contigo y, en vez de apoyarse en ti, casi te echó.

No lo entiendo, y pensé en asesinato porque todo fue muy rápido, y ya sabes, me gustan las pelis de misterio.

—Esto no es una película, Isla, es la vida real, y para hacer esas conjeturas se deben tener pruebas, no acusar sin más. Lo de Bethany también me extrañó, pero pensé que cada persona lleva su pena de diferente manera. Era su hermana, por el amor de Dios. ¿Hay algo más que me ocultas?

—No, de verdad.

Sabía que mi hermana se callaba algo, la conocía muy bien, y con mirarla a los ojos sabía que me estaba mintiendo.

—Ay, ay, Maggie, ¡creo que he roto aguas!

—¿Cómo dices?

—Que tu sobrino ya viene. ¡Llama a Fred, por favor! Yo mientras voy a preparar las cosas para ir al hospital.

Y de pronto, ya venía mi sobrino; salvada por la campana. Pero esto no iba a quedar así, tenía que llegar al fondo de todo esto. Me daba igual lo que tuviera que hacer, pero estaba dispuesta a averiguar lo que había pasado realmente ese horrible día.

Llevé al hospital a mi hermana. En el camino llamé a mis padres, pero no estaban en casa; a Madison, que ya estaba en Alemania, y a Charles.

—Voy a ser tía, qué emoción, ¡qué ganas de verle la carita a mi sobrino!, ¿a quién se parecería?

Cuando llegamos al hospital ya la estaban esperando; esa era la suerte de que mi hermana trabajara ahí como pediatra. Estaba aguantando muy bien el dolor y controlando la respiración. Le acompañé a la sala de dilatación.

—Ay, Margaret, ya voy a tenerle entre mis brazos...

—Sí, qué bien, me alegro tanto por vosotros...

Las horas pasaban y mi hermana no dilataba lo suficiente como para llevarla al paritorio, estábamos todos a la espera.

Fred me llamó para decirme que había conseguido un billete que saldría en media hora, y ya estaba en el aeropuerto, delante de la puerta de embarque. Se le notaba nervioso.

Dos horas después, la matrona por fin nos indicó que era el momento de pasar al

paritorio.

—¿El padre quiere entrar?

—Está en pleno vuelo, no va a poder ser, pero yo soy sus hermana, ¿puedo entrar yo con ella?

—Sí ella quiere, ¿por qué no?

—Sí, por favor, que entre mi hermana.

Quince minutos después, teníamos entre nosotros al pequeño Brian. Era tan chiquitín, tan blanquito, tan puro e inocente...

Cuando salí de allí aproveché para dejarle un mensaje en el buzón de voz a Fred, y que cuando bajara del avión supiera que estaban bien y que ya era papá.

Al poco tiempo llegaron mis padres y Charles.

—¿Qué te pasa, mi amor? —me preguntó Charles—. Estás muy seria, ¿estás preocupada por tu hermana?

—No, solo estoy algo cansada.

—Te conozco bien y sé que no es eso. Dímelo, dijimos que nada de secretos, ¿verdad?

—De acuerdo. Mi hermana me ha dicho que cree que a William lo asesinaron.

—¿Qué?, ¿pero cómo te dice eso?

—Pues ya ves.

—No la hagas caso, seguro que del dolor deliraba.

—¿Y si es verdad?, ¿y si lo mataron? Voy a llegar al final de todo esto. Quiero que William descanse en paz, y lo voy a averiguar.

En ese momento llegó la enfermera con el pequeño Brian en brazos. Era lo más bonito que jamás había visto. Era tan pequeño, tan blanquito, con el pelo rubito... Cuánta ternura me dio ver a el pequeño Brian.

—Bienvenido al mundo, Brian. Soy tu tía Margaret, y te voy a consentir muchísimo. ¿Cómo está la madre? —le pregunté a la enfermera.

—Muy bien, están dándole un par de puntos, pero se ha portado muy bien.

Era un momento feliz, pero yo no podía dejar de pensar en lo que me obsesionaba. A partir de eso momento, decidí que llegaría al fondo de todo esto, porque si al amor de mi vida lo habían asesinado, esto no quedaría así, ¿y si Ewan había estado involucrado?

No pude pegar ojo en toda la noche, no podía quitarme de la cabeza lo que me había dicho mi hermana. ¿William asesinado? Me levanté varias veces. Charles estaba conmigo y me vio inquieta toda la noche.

—Margaret, ¿estás bien?

—No puedo sacarme de la cabeza lo que me dijo Isla.

—Pero Margaret, no puedes saber si eso es verdad.

—Sí, sí que puedo, y lo voy a hacer.

—¿Qué vas a hacer?

—No sé, pero ya se me ocurrirá algo.

Me volví a meter en la cama y seguí dándole vueltas. A las seis de la mañana ya lo tenía claro: me iba a Irlanda, yo misma iba a averiguar qué fue lo que había pasado con William y con Ewan.

—No puedes irte así, Margaret, ¿y nosotros qué?

—No te voy a abandonar, Charles, solo necesito saber qué fue lo que pasó realmente. No puedo descansar sin saber qué le paso a Will, ¿no lo entiendes? Si me hubiera pasado a mí, ¿qué hubieras hecho?

—No, no me hubiera quedado tranquilo.

—Ven conmigo si quieres, pero yo voy a ir.

—No puedo dejar la empresa así sin nadie. Tú tienes a gente de confianza, yo no. Pero puedo reunirme contigo en un par de días cuando solucione unas cosas.

—Perfecto, pues nos vemos allí.

Busqué un billete de ida y un hotel, en el que me registré con mi segundo nombre y el apellido de soltera de mi madre para que nadie sospechara, y me compré una peluca negra y unas lentillas oscuras para que no llegara a oídos de Bethany, ni de Ewan que yo estaba en Dublín.

Mi familia no lo entendería, así que le pedí a Charles que me mantuviera la mentira de que me iba por trabajo, y él decidió seguirme la corriente.

Llegué a Irlanda y algo dentro de mí tembló. No había vuelto desde que Will había muerto y Bethany me había casi echado de allí. El hotel estaba cerca de la empresa de William.

—Hola, tengo una reserva a nombre de Mary Newman.

—Sí, aquí esta, habitación 213. El botones le subirá su equipaje.

—No se preocupe, traigo poco.

Después de instalarme en la habitación y telefonar a Charles para que supiera que había llegado bien, me fui directamente al lugar del accidente. Mil emociones mi inundaron cuando imaginé cómo había muerto mi amor.

Averigüé la dirección de la casa de la mujer de Ewan y me presenté allí. Era una casita de madera preciosa, con un huerto y un bonito jardín. Tenía una pequeña valla. Entré y llamé a la puerta. Una bonita mujer un poco más mayor que yo me abrió.

—Hola, ¿en qué la puedo ayudar?

—Hola, ¿es usted la esposa de Ewan Douglas?

—Sí, es mi marido, ¿por qué?

Me quite las gafas y, mirándola a los ojos, le dije:

—Soy Margaret Jones, la esposa de William Evans.

Me hizo pasar a su casa. Era muy acogedora, bonita, luminosa, y ordenada.

—Pase, por favor, y póngase cómoda, ¿desea tomar algo?

—No, muchas gracias, solo quiero hablar con usted.

—Sí, la fui a buscar a Londres, pero me dijeron que se había marchado lejos.

—Sí, bueno, la muerte de William me dolió tanto que me tuve que marchar.

—La entiendo, y lo siento mucho, señora. Yo la busqué porque mi esposo desapareció ese día, y bueno.... Todo eso me pareció tan raro...

—Eso me ha comentado mi hermana Isla, que cree que la muerte de Will fue provocada.

—Señora, es día fue muy extraño. Yo le voy a comentar, pero por favor, no me delate, no quiero que me hagan daño, y menos aún a mis hijos.

—¿Les han amenazado?

—Bueno, me llegó una buena suma de dinero al poco de desaparecer Ewan, e imaginé que sería él o alguien que no quiere que indague.

—Pero no entiendo, señora Douglas.

—Llámeme Victoria, ese es mi nombre.

—De acuerdo, Victoria, no entiendo nada.

—A ver, le cuento desde el principio. Mi esposo desde hace muchos años había trabajado para los Evans, conocía perfectamente a William y a su hermana Bethany. El caso es que sabrá lo que pasó con la madre de William.

—Sí, conozco la historia.

—Pues resulta que Bethany, después de la muerte de su madre, empezó a comportarse de una forma muy extraña con respecto a William, este se iba a casar y su prometida lo dejó en el altar plantado.

—Sí, lo sé.

—Bethany tuvo algo que ver en eso. Influenció a su novia de él, la amenazó, incluso le dio dinero para que se alejara de él.

—Pero no lo entiendo. ¿Por qué?

—Porque si William se casaba y tenía hijos, el dinero sería para sus hijos

—¿¡Cómo!?

—El señor William no era nada interesado; todo el dinero que tenía era de su trabajo.

—Pero no entiendo, Bethany era un encanto. Cuando me conoció se interesó mucho en que su hermano y yo empezáramos a salir. No me lo explico, es que no me cuadra nada.

—Era una imagen, señora. Ella estuvo mucho tiempo ingresada en un centro psiquiátrico tras la muerte de su madre. Su propio hermano la ingresó.

—Jamás me lo contó.

—No sé por qué no lo hizo, pero ella estaba medicada. Es inestable mentalmente.

Me levanté del sillón y empecé a dar vueltas por la sala. Todo lo que me estaba contando Victoria era nuevo para mí, me estaba quedando a cuadros. Bethany, esa mujer tan encantadora, a la que le había confesado cosas de su hermano y mías, ¿era una falsa?, ¿me había estado engañando?

—Victoria, ¿por qué conmigo se comportó así? Quiero decir, si logro destruir la relación de Will y su ex, ¿por qué ese interés en mí?

—Porque usted también tiene dinero, y unir dos herencias era bueno para ella.

—Pero qué interés tendría ella, si ese dinero era para William...

—Pues imagínese si a William le pasaba algo y no tenía hijos...

—¿Me está diciendo que Bethany planeó la muerte de William? No, no puede ser.

—Señora, no puedo decirla más. Averigüe quién es la dueña de la empresa de los Evans ahora.

—Ella, supongo.

—Exacto, ¿y sabe? Se salió con la suya y se casó con el señor James, el amigo de William.

—¿En serio?

—Sí, y no porque lo quiera, sino por el dinero de él. Esa mujer jamás ha querido a nadie, le puede la ambición.

—¿Cómo sabe eso?

—Porque la conozco, soy la única que la ha calado.

—Pero, Victoria, ¿y su esposo, Ewan?, ¿dónde está?

—No lo sé. Él era bueno y trabajador, adoraba a William. Ese día él estaba trabajando, pero el cuerpo jamás apareció, y no sé nada de él en estos dos años. No sé si averiguó algo y le hicieron desaparecer o le amenazaron, pero no sé nada de él. Su hijo y yo no tenemos idea de nada.

—Lo siento mucho, Victoria, pero si todo lo que me ha dicho es cierto, van a pagarlo. Me arrebataron lo más bonito que tenía en mi vida, y van a lamentarlo. ¿Sabe dónde están enterradas las cenizas de William?

—Señora, al señor William no le enterraron. No hicieron misa ni nada.

—¿Cómo? Su hermana me dijo que le habían incinerado, y que necesitaba que me fuera de Irlanda porque yo le recordaba a su hermano.

—Ahí lo tiene.

—Muchísimas gracias, Victoria. No me llame señora, llámame Margaret, aunque ahora estoy aquí con esta peluca y lentillas y me hago llamar Mary Newman. Nadie sabe que estoy aquí. Por favor, necesito averiguar más, no le diga a nadie que me has visto. Le voy a dejar mi número para que me llame y me informe si averigua más cosas.

—Perfecto, Margaret.

Salí de allí más perdida aún de lo que ya estaba. ¿Bethany era una asesina?, ¿nos había engañado?

Fui paseando hasta la empresa de los Evans. Recordé el día que entré y conocí a William, el ogro. En ese instante me enamoré de él. Era tan guapo, aparentemente tan serio, con ese cuerpo... Y luego ella, con su cara de inocente, de no haber roto un plato en su vida. Me quedé pasmada mirando la puerta de la empresa hasta que la vi de lejos. Era ella, Bethany. Me quedé a un lado, no me aparté. Quería ver si me reconocía, pero me miro y siguió de largo, no se percató de quién era.

Estaba diferente. Iba con un moño bien hecho y un traje de ejecutiva. Se la veía tan segura de sí misma... Todo lo contrario de lo que nos había estado demostrando.

Decidí hacer una prueba: la llamé por teléfono. Quería saber su reacción después de dos años.

Sonaron dos timbrazos y respondió:

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Ya no te acuerdas de las amigas? —le dije en plan sorna.

—¿Quién eres? —Estaba claro que estaba disimulando.

—¿No te acuerdas de tu cuñada?

Hubo un silencio.

—Hola, Margaret. ¿Cómo estás?

—Vaya, que recibimiento tan frío.

—Lo siento, no te esperaba.

—Ya veo, ya.

—Me alegro mucho de tu llamada —dijo cambiando el tono de voz.

—Cuánto tiempo, ¿cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?, ¿cómo estás?

—Recién llegada a Londres.

—Sí algo me comentó tu hermana, te fuiste a vivir fuera.

—Sí, necesitaba superar lo de William, ¿cómo lo llevas tú?

—Bien, me costó mucho, pero bueno, James me ayudó y ahora nos hemos casado.

—Cuánto me alegro, Bethany, siempre lo quisiste.

—Sí, al final se me dio.

—Oye, en unos días me voy a Irlanda por trabajo y me gustaría verte.

—Me pillas fuera de Irlanda, estoy en un viaje de trabajo también. —Menuda mentira me acababa de soltar, la había visto claramente salir de la empresa.

—Qué pena. Oye, otra cosa, me gustaría ir a ver las cenizas de William, nunca pude despedirme de él como Dios manda, y lo necesito para cerrar esta página de mi vida.

—Pues las cenizas están en el cementerio, en la misma cripta donde está enterrada mamá. No vas a poder verlas, pero si vas a la tumba de mi madre, ahí están los dos.

—Gracias, Bethany. —Otra mentira, claramente.

—Te tengo que dejar, Margaret, tengo que entrar a una reunión, me alegro de haber hablado contigo.

—Igualmente, Bethany.

Cuando colgué la maldije. Maldita mentirosa...

Llamé a Isla, porque tenía unas llamadas de ella en mi teléfono.

—¿Qué le pasa a la recién estrenada mamá?

—Estás en Irlanda averiguando, ¿verdad?

—Sí, en eso estoy, y no te vas a creer lo que he averiguado.

Le conté todo con pelos y señales, y mi hermana, al igual que yo, alucinaba.

—Margaret, si eso es así, debes tener cuidado. Esa mujer está loca y pude ser peligrosa.

—Lo sé, pero voy a averiguar lo que pasó de una maldita vez.

Entré en la empresa de los Evans como Margaret, sin disfraz. Quería sorprender a Bethany.

—Hola, buenos días, me dijo la chica de recepción. ¿Tiene cita?

—Buenos días, vengo a darle una sorpresa a mi cuñada.

—¿Su cuñada?, ¿y quién es su cuñada?

—Bethany Evans, yo soy Margaret Evans, la esposa de William.

La chica me miró y se levantó corriendo, como si me hubiera reconocido.

—Señora Evans, disculpe, no la había reconocido. Bienvenida.

—Gracias, ¿está mi cuñada?

—No, ella no llega hasta las once por lo menos.

—¿Hasta las once? Pero si la jornada empieza a las ocho...

—Sí, pero como ella es la jefa...

—Ya veo, ¿puedo subir a su despacho y esperarla allá?

—No sé, no me gustaría meterme en un problema.

—Hagamos algo, le diremos que me hiciste esperar aquí abajo, pero yo me escapé y entré sin permiso, que tú no tienes nada que ver. Se va a alegrar tanto de verme...

—De acuerdo, señora. Por cierto, siento mucho lo del señor Evans.

—Gracias, yo también.

Subí a la oficina que antes había sido la de William. No estaba aún la secretaria de Bethany, así que entre sin ser vista.

El despacho estaba cambiado, la decoración era otra. Ahora había un gran retrato de Bethany en la oficina, y al lado una pequeña foto de él, de William, tan guapo... Me juré que llegaría al final de esto.

Me pudo la curiosidad y me puse a mirar los cajones y archivos de Bethany, pero no encontré mucha información, eran cosas de trabajo, y sobre todo facturas de tiendas de ropa y joyas, e invitaciones a fiestas.

Miré en el archivo, busqué en los dos últimos años algo que pudiera llevarme a la verdad, pero no había nada.

Me estaba empezando a agobiar cuando de pronto me acordé: Bethany era muy de guardar sus cosas en el ordenador, tenía una carpeta con todas sus cosas. Quizás ahí podía haber algo, así que encendí el ordenador. Cómo no, pedía una contraseña. ¿Cuál podía ser? Me volví loca hasta que encontré en el cajón de su mesa una libreta con todas las contraseñas.

Estaba algo nerviosa, ya que en cualquier momento podría entrar alguien y sorprenderme. Miré las carpetas pero no vi nada que me llamara la atención, hasta que dentro de una de ellas vi otra, y dentro de esa, otra en la que ponía «privado». Dentro había imágenes de Bethany con un señor de unos 70 años y una chica de nuestra edad. La verdad me dio asco ver esas imágenes: ¿la santa y pura de Bethany besando a un señor de edad? ¿Y dónde quedaba su amor por James? Entré en un video con fecha solo dos días posterior a la muerte de Will. Pulsé el play y escuché el video.

*—Timothy, por favor, no sigas con las cosquillas, no aguanto.*

*—Papaíto, déjala, no seas baboso.*

*—Cállate, Bonnie. Qué forma es esa de hablar de tu padre. Gracias a mi vas a hacerte millonaria y encima te vas a casar con unos de los hombres más guapos de este medio.*

*—Sí, la verdad, soy afortunada. Y todo gracias a ti y a Bethany. Gracias.*

*—De nada, querida —le respondió Bethany—. Espero que todo salga bien. Según nos informaron los médicos su amnesia puede durar para siempre, y si nos encargamos de mantenerla, jamás recuperara la memoria.*

El video terminó ahí, pero me quedé mirando la pantalla un rato más, no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Amnesia? ¿Quién tenía amnesia? Me reenvíe el video a mi correo y luego borré todo lo que pudiera delatar que había estado curioseando en el ordenador de Bethany.

Aún faltaba un buen rato para que ella llegara a la oficina, así que decidí irme. Salí con precaución, la secretaria aún no había llegado. Qué manera más extraña tenía de trabajar, y vaya horas... Oí voces saliendo de otro despacho y aceleré el paso. Llamé al ascensor y bajé. Cuando llegué a recepción, le dije a la chica que me habían llamado con urgencia y debía irme, no podía esperar a Bethany.

*—Como no puedo esperarla, no le digas nada, quería que fuera una sorpresa. Ya me pasaré otro día, así tampoco te regaña por dejarme entrar, ¿qué te parece?*

*—Perfecto, gracias, señora. Estaba nerviosa porque no sabía cómo se lo tomaría la señora Bethany, es bastante arisca.*

*—¿No me digas? Pero si ella es pura dulzura.*

*—¿La señora Bethany?*

*—Sí.*

*—Bueno, imagino que con su familia; con los empleados es bastante antipática —dijo bajando la voz—. Perdone, es su cuñada, pero es así. Luego decían del señor William, pero él era un amor al lado de su hermana.*

*—¿En serio? Pues sí que ha cambiado. Puedes estar tranquila, no voy a contar nada.*

*—Gracias, señora Evans.*

*—Me voy, gracias a ti.*

Salí de allí rapidísimo, no quería que me encontraran en la empresa. Fui directa al hotel; necesitaba asimilar todo lo que había visto y oído.

—Timothy, estoy mosqueada, necesito que nos veamos.

—¿Pero qué ha pasado, muñeca?

—La verdadera mujer de William me ha llamado.

—¿Cómo?, ¿pero no se había ido lejos?

—Sí, nada más y nada menos que a Chicago.

—¿Cómo?, ¿está aquí? No puede ser, nos arruinará los planes.

—No, ahora ya está de vuelta en Londres, pero debemos tener cuidado, no me fío de ella, ¿por qué después de dos años me ha llamado?

—No lo sé, ¿qué te ha dicho?

—Que si podíamos vernos. Le he dicho que estoy de viaje, pero en unos días vendrá a Irlanda.

—No te preocupes, era tu amiga, quizás quería saber de ti. Tranquila, no puede saber nada.

—Eso espero Timothy, eso espero.

No entendía qué hacía Margaret llamándome después de tanto tiempo, creí que le había dejado claro que no quería saber de ella porque me recordaba a mi hermano; tendría que volver a darle un corte. No podía quedar con ella. Me haría preguntas y no quería darle explicaciones.

«No voy a permitir que me arruines los planes, Margaret, no lo voy a permitir».

Chicago

—Hija, tenemos que hablar.

—¿Qué pasa, papaíto?

—Me ha telefonado Bethany. Por lo visto le ha llamado por teléfono Margaret, la esposa de William.

—No, la esposa de William soy yo.

—Tú eres la esposa de Ethan; te recuerdo que William se supone que está muerto. Ella es su verdadera mujer.

—No, él es mío y nada ni nadie hará que me separe de él, antes mato a esa maldita.

—No creo que sea necesario, ella está en Londres, aunque te informo que estuvo aquí, en Chicago, viviendo.

—¿Se puede?

—Sí, claro, pasa, Ethan, ¿qué ocurre?

—Vengo a informaros de que hemos conseguido una reunión con una de las empresas más importantes de Londres.

—¿Sí?, ¿con cuál?

—No recuerdo bien el nombre, me cuesta recordar detalles, ya lo saben. Solo les informo que he de ir a Londres.

—¿Qué? No, no, mi principito, no. Que se encargue otro. ¿Para qué ir allí? No me gusta, ya lo sabes.

—Bonnie, no vas a venir conmigo, no es un viaje de placer, sino de trabajo.

—Que vaya otro, no tú.

—Sí, Ethan, mi hija tiene razón.

—Pues tengo que ir yo, y me parece bien. No sé por qué tenéis ese empeño en que no salga de Estados Unidos.

—Es una percepción, pero es solo para tu comodidad. Nunca te has recuperado al 100% del accidente. ¿Y si te pasa algo estando fuera?

—Que me pasara eso no significa que sea estúpido o torpe, y ya está decidido. Me voy, que tengo algo importante que hacer.

—No podemos impedirle que se vaya a Londres —le dijo Timothy a su hija cuando se quedaron solos—, si no sospechará, pero acompáñalo. Y no seas tan exigente con él, se va a cansar de ti. Además, Londres es muy grande, sería muy difícil que se encontraran. Si no se encontraron aquí en Chicago, tampoco lo harán en Londres.

—Está bien, pero no me pienso separar de él en mi estancia en Londres.

—Perfecto, es lo que debes hacer.

Qué cansado estaba de Bonnie. Era mi esposa, pero me tenía hartó. Era una egoísta, egocéntrica. No entendía el empeño en tratar de controlar todo en mi vida...

Tenía unas ganas tremendas de ir a Londres. No lo conocía, pero por alguna razón me atraía muchísimo. Incluso había soñado con estar allí. En mi sueño iba caminando por un parque a oscuras y oía que alguien me llamaba, pero no lograba llegar a esa persona; había tanta niebla que se me hacía imposible. Era la voz de una mujer, y no era la de Bonnie. Desde que había sufrido ese accidente tenía ese sueño de seguido. Lo había hablado con mi médico y me decía que debía ser cosa del subconsciente, que seguramente alguien trataba de avisarme de que me iban a atracar, y por eso el sueño, pero yo creía que había algo más detrás de todo ello, aunque no sabía el qué.

Dublín, Irlanda

Llamé a Victoria, la esposa de Ewan. Ella me podría ayudar a averiguar quién era esa gente que aparecía en el video, así que quedamos en un parque, me puse mi lentillas, mi peluca y fui para allá.

—Necesito enseñarle algo, Victoria, estoy alucinando.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Su marido trabajo durante ocho años con los Evans, ¿conocía a los amigos de ellos?

—Sí, supongo que a casi todos. Cuando había reuniones o fiestas, ahí estaba él.

—¿Y usted conocía a alguno o él le hablo alguna vez de ellos?

—Sí, bueno, no es que hablara mucho del trabajo, pero conocía a algunos.

—Necesito que me diga si sabes quién es esta gente.

Le mostré el video donde salían Bethany y los demás.

—Al señor no le conozco, e ignoraba de Bethany anduviera con ese hombre, siempre mostró interés por el señor James. Se me hace raro esto. A la mujer sí la conozco, era una muy buena amiga de la señora Bethany. Si no recuerdo mal se llama Bonnie.

—Exactamente, pero ¿por qué jamás la vi en el tiempo que conocí a Bethany? Nunca habló de ella, y siempre la veía tan solitaria que creí que no tenía amigas... ¿Sabes si Will la conocía?

—Sí, claro, es más, ella iba tras él, pero William jamás le hizo caso. Ahora que recuerdo, ella antes tenía la nariz más grande y el pelo negro. Si se fija bien, señora, o mejor dicho, Margaret, ¿no le parece que lleva el pelo como usted sin la peluca? Y en la forma de vestir, el estilo se parece al suyo.

—No me había fijado, pero sí, el peinado es como el mío, y los ojos del mismo color. Pero a esta mujer jamás la he visto.

—Usted a ella no, pero ¿y si ella a usted sí?

Me quedé pensativa, ¿pero qué película de ciencia ficción era está?

—Otra cosa que no entiendo es que en el video dicen que alguien sufre amnesia. ¿Quién?, ¿será la madre de esa Bonnie?

—No sé, Margaret, pero esto es bien extraño.

—No puedo hacer nada más de momento. Voy a volver a Londres, pero por favor, si se entera de cualquier cosa, avíseme.

—Cuenta con ello.

—Vamos a averiguar qué fue de Ewan y de William.

Llamé para conseguir un vuelo ese mismo día. Necesitaba estar en mi ambiente, en mi casa, buscar algo entre las cosas de William que me llevara a alguna parte.

A la mañana siguiente ya estaba en Londres, y esa misma tarde fui a trabajar. Me metí en el antiguo despacho de William, pero no encontré nada. Los papeles de su trabajo en mi empresa estaban archivados, pero no había mucho más. Necesitaba averiguar quién era ese tipo con el que Bethany se besaba en las fotos, y se me ocurrió algo: ¿y si llamaba al marido de Bethany? Sí, James, el mejor amigo de Will, pero que ella no se enterara.

En una semana nuestra empresa cumpliría 50 años. ¿Qué mejor excusa que una celebración?

Llamé a Florence.

—Margaret, por favor, ¡eres tú!, ¿de verdad? Hace tanto que no sabía de ti.

—Antes que nada, siento muchísimo no haber dado señales de vida, pero necesitaba superar lo de William, fue tan fuerte...

—Lo sé, no te preocupes. Hablé con tu hermana y me mantenía al tanto de los mensajes que me mandabas alguna vez, ¿cómo estás?

—Necesito tu ayuda.

—Cuéntame.

Le conté el plan que tenía y quedé con ella en que llamaría a James. Al fin y al cabo, ellos había tenido un rollo. Aunque al principio se negó, porque estaba empezando una relación con alguien de Escocia, accedió cuando le conté mis sospechas.

—Lo voy a llamar, a ver si sigue tan mujeriego aunque esté con ella.

—Gracias, de verdad, te debo una.

—En cuanto sepa algo te llamo.

—Perfecto, te veo en la celebración de la empresa.

Luego me fui a ver a Charles, no quería que pensara que le estaba dejando de lado otra vez.

—Buenos días, señora Jones.

—Buenos Días, Samantha, ¿está Charles en su oficina?

—Sí, puede pasar.

—No le digas que estoy aquí, es una sorpresa.

—De acuerdo.

Subí a su oficina. Estaba todo tan impoluto como de costumbre, no había nada fuera de su sitio.

—¡Sorpresa!

—Margaret, amor, ya estás aquí. Entra, ven a darme un beso, ¿no?

—No sé, como estamos en la oficina no quiero molestar. Nunca te gustó que te besara en público.

Charles se levantó de su silla, vino hacia mí, me agarró por la cintura y me besó. Fue un beso apasionado, lleno de deseo.

—Guau, Charles, jamás me habías besado así.

—Te he extrañado.

—¿De verdad?

—Sí, mi vida, muchísimo, te necesito.

Me alzó y me llevo hasta su mesa, me siguió besando, metió la mano en mi falsa y subió hacia arriba. Luego me apartó la braguita y me tocó.

—Charles, estamos en tu trabajo, nos pueden ver.

Se incorporó, fue hacia la puerta y la cerró con llave.

—Es el rato de descanso que me tomo al día, nadie nos molestará.

Se volvió a acercar a mí y siguió con lo que estaba. Se bajó la cremallera de su pantalón y entró en mí. Me agarró del pelo y me miró fijamente a los ojos.

—Eres mía, Margaret, y esta vez no pienso permitir que nadie nos separe.

Después de hacer el amor nos quedamos sentados en el suelo de su oficina. Charles me preguntó por mis averiguaciones, y le expliqué por encima lo que había pasado con Bethany.

—¿Su propia hermana lo planeó todo?

—Parece ser que sí, pero hay algo que no me cuadra. Hablé con la esposa de Ewan, el chófer de William, y me contó que ese día su marido estuvo trabajando, pero no ha vuelto a saber nada de él. ¿Dónde está Ewan? ¿Tendrá que ver con el asesinato?

—Es un tema bastante delicado, la verdad. Te cuidado, Margaret. Si es verdad lo que sospechas, Bethany es una mujer muy peligrosa, y si le hizo eso a su propio hermano, qué será capaz de hacerte a ti.

—Tranquilo, no se va a enterar, voy con cautela.

—Pero, ¿por qué te empeñas en hacer esto?

—Porque necesito saber qué paso, Charles, solo así podré ser feliz completamente.

—¿No te hago feliz?

—Claro que sí, pero necesito saber qué paso, entiéndeme, por favor. Por cierto, ¿por qué mientras hacíamos el amor me dijiste que esta vez no permitirás que nadie nos separe?

—Porque si vuelve a aparecer algún otro hombre que te interese más, no pienso quedarme de brazos cruzados.

—Charles, el único hombre al que amé de verdad, y perdona que te lo repita, fue a William, y si estoy contigo es porque te quiero. Eres un gran ser humano y siento que, si me das tiempo, podré enamorarme de ti, no de la misma manera que de él, eso quiero que lo entiendas, pero con el único que quiero rehacer mi vida es contigo.

—Lo sé, te quiero.

Chicago

Me acaba de llegar a la oficina una invitación a la fiesta de aniversario de la empresa RetJones en Londres, una ocasión para poder ir a Inglaterra y conocerla. Tengo tantas ganas... El nombre de esa empresa me llama la atención, ¿dónde lo he oído antes?

—¿Se puede, Ethan?

—Sí, claro, Timothy, ¿qué te trae por la empresa?

—Venía a ver cómo iba todo.

—Pues muy bien, la verdad, los números cuadran. La empresa va mejorando, poco a poco, pero mejora.

—No sabes cuánto me alegra escuchar eso, Ethan. Otra cosa: mi hija... ya sabes cómo es, no la hagas caso, ella es así.

—No me gusta que me digan lo que tengo o no que hacer. Soy su marido, pero no voy a consentir que me dé órdenes.

—Lo sé, lo sé.

—La próxima semana me voy a Londres. Una empresa está de aniversario y nos han invitado. Ahora que esta empresa está saliendo adelante, necesito hacer negocios con las más importantes del mundo.

—Pero no es necesario.

—Timothy, he dicho que voy y voy, no entiendo ese empeño en que no vaya a Londres. ¿Qué pasa por allí que tanto les preocupa?

—No, vete si quieres, pero lleva a Bonnie. Ella necesita salir de Chicago y hacer un viaje contigo para que volváis a despertar la magia del principio.

—A ella no le gusta Londres, según me ha dicho.

—No le hagas caso. Llévala, de verdad.

Una vez que se fue mi suegro no podía quitarme de la cabeza qué demonios pasaba con ellos, ¿qué pasaba en Londres?

Llegué a mi casa y fui directamente al jardín. Ahí estaba mi hija, tumbada tomando el sol, como de costumbre.

—Bonnie, tengo que hablar contigo.

—¿Qué pasa, papaíto?

—He estado con William y me ha dicho que la semana que viene va a Londres, que le han invitado de una empresa muy importante por el aniversario y está interesado en hacer negocios con ellos.

—¿Qué? De ninguna manera, él no puede ir a Londres, me niego.

—Bonnie, está mosqueado porque no entiende por qué no queremos que vaya. Le he dicho que no pasa nada, que vaya si quiere, pero tú le acompañarás como su esposa que eres, y que te vas a comportar como una mujer, nada de escenas de celos ni de pataletas.

—Pero papaíto, quedamos con Bethany en que William jamás pisaría Londres.

—Lo sé, pero no es un niño, y si no queremos que los planes se vengán abajo debemos ser más complacientes. Es solo una fiesta y luego volvéis, y ya se le habrá acabado la curiosidad de Londres.

—Está bien, aunque no me convence del todo por si se la encuentra a ella...

—Según me contó Bethany, ella quedó muy mal después del accidente de Will y de su supuesta muerte, se lo creyó completamente.

—Sí, pero William y Ethan son la misma persona, papaíto, y si lo ve, le va a reconocer.

—Pensará que es alguien parecido, recuerda no se llama William, sino Ethan, y que lleva casado contigo cuatro años, y ahora con esa barba que le convenciste que se dejara es otra personalidad.

Londres, una semana después

Acabábamos de aterrizar en Londres y sentía como si ya hubiera estado en ese aeropuerto.

A Bonnie se le había antojado comprarse unas revistas de moda al aterrizar para leer en el hotel, y yo mismo le dije dónde tenía que ir a comprarlas. Pero si jamás he estado en Londres, ¿cómo es posible que supiera dónde estaba la tienda?

La fiesta era esa noche, y en dos días volveríamos a Chicago. Me hubiera gustado quedarme más tiempo, pero Bonnie se adelantó y sacó unos billetes para Italia. Quería que estuviéramos unos días solos ella y yo, y descansar.

—Mi cariñito, ¿sabes en qué hotel nos vamos a hospedar?

—Pues no, la verdad, lo sacó mi secretaria.

—Espero que sea elegante. En cuanto lleguemos, nos vamos a dar un masaje.

—Dátelo tú, yo voy a preparar la reunión de mañana con los Jones, que esta noche no me va a dar tiempo después de la fiesta.

—¿Cómo has dicho? ¿Los Jones?

—Sí, la empresa se llama RetJones.

—No, no quiero que hagas negocios con ellos.

—¿Por qué?

—Porque leí que la dueña se volvió medio loca al morir su marido, y a todos los que ve los va confundiendo con él.

—No me pareció loca cuando la vi en Chicago.

—¿Qué? ¿Cómo que la viste en Chicago?, ¿cuándo?

—Hará unos meses. Ella trabajaba en la empresa con la que nos fusionamos, y fue la encargada de hacerme firmar. Me pareció muy cuerda.

—Quizás te confundas, cielito. ¿Cómo se llamaba esa mujer?

—Margaret Jones.

¿Cómo era posible que Margaret Jones se hubiera encontrado con Ethan y no hubiera dicho nada? ¿No se habría dado cuenta de que era él? Si lo hubiera reconocido, habría dicho algo.

«Relájate, Bonnie Anne, Margaret se creyó ciegamente que William murió, no tienes que temer nada, relájate», pensaba.

Decidí enviarle un mensaje a Bethany; tenía que saberlo: «Bet, tu hermano y yo ya estamos en Londres. ¿Por qué no me dijiste que la fiesta de aniversario era en la empresa de los Jones?

La respuesta de Bethany no se hizo esperar: «Bonnie, querida, relájate. Margaret no se va a enterar, ella cree que mi hermano murió. Si no te dije nada es porque sabía que ibas a entrar en histeria y las cosas podrían ponerse mal. Tranquila, en esas fiestas hay mucha gente, no creo que se encuentren. Además, los dueños de las empresas solemos estar a otras cosas, y ellos no saben el uno del otro».

Yo insistí: «Querida amiga, me acabo de enterar de que William (Ethan) y Margaret se vieron en Chicago, en una reunión. Me he quedado alucinada».

Bethany me llamó al momento. Dos timbrazos y respondí.

—Cuéntame eso de que mi hermano y esa se vieron las caras.

—Sí, cuando me enteré de que la fiesta es de la empresa de Margaret, le dije que esa empresa no me gustaba, porque me había enterado de que la dueña se volvió loca cuando su marido falleció, y que va confundiendo a todos los hombres que ve con él.

—¿Y qué te dijo él?

—Que se vieron en Chicago, en la reunión que tuvieron, que ella fue la que le dio el contrato.

—Madre mía, eso es un peligro, ¿qué más te dijo?

—Que la vio una mujer bastante cuerda, que no cree que esté loca, no me dijo más.

—Bonnie, no te separes de él en toda la noche, no permitas que se encuentren, por favor.

—No, eso jamás. Él no va a recordar nada, y ella no me lo va a quitar.

—Ya no es solo que te lo quite. ¿Tú sabes lo que nos puede ocurrir si se descubre todo?

—Tranquila, soy consciente.

Cuando colgué me fui a dar un masaje; estaba demasiado estresada.

Ya era casi la hora de ir a la fiesta de la celebración de la empresa familiar y estaba muy nerviosa, más que nada porque mi padre, de la emoción, se había quedado afónico y no podría dar el discurso, por lo que me tocaba hacerlo a mí. Lo tenía preparado. Estaba nerviosa, pero a la vez, me sentía orgullosa de pertenecer a una familia como la mía. Perfecto.

—¿Se puede, cariño?

Charles estaba preparado ya para salir. Yo estaba terminando de retocarme. Llevaba puesto un vestido blanco largo, con una gran raja del muslo, escote era en forma de V y manga larga, En el pelo llevaba una coleta larga y superestirada, sombras oscuras en los ojos y labios nude.

—Madre mía, Margaret, estás ESPECTACULAR. Voy a presumir de novia esta noche.

—Tú también estás muy guapo, Charles.

—Ven, dame un beso.

—No, que se me va el labial.

—¿No me vas a dar un beso en toda la noche?

—Ja, ja, ja, ven tonto, un abrazo solo.

—Tacaña, vamos, anda, debemos ser puntuales.

A las 22:00 ya estábamos en el hotel donde se celebraba la fiesta mis padres, Isla, Fred y Madison, que había llegado de Alemania, estaban ya allí.

—Hola, buenas noches.

—Buenas noches, hija, estás muy elegante.

—Está preciosa —me dijo Madison.

—Tú también lo estás.

—¿Dónde está Charles?

—Ahora viene, está atendiendo una llamada.

—Isla, ¿cómo está mi pequeño sobrino?

—De maravilla, cada día más gordito.

—A ver si Margaret se anima y le damos un primito —dijo Charles cuando se incorporó a la conversación.

—Ay sí, Margaret, sería genial —dijo Madison.

—No es el momento aún. Más adelante.

Charles llevaba tiempo insistiendo en que tuviéramos un hijo, pero yo ya le había dicho que de momento no, que no me sentía preparada para tener un bebé y, aunque parecía se había resignado, aprovechó el momento para soltarlo delante de todos.

Ya habían llegado muchísimas personas y era el momento de dar el discurso. Estaba cada vez más nerviosa. Charles se encargaría de presentarme y luego yo haría el resto.

—A por ellos, fiero —dijo Madison—. Tú puedes.

—Señoras, señores, presten atención —inició Charles en la tribuna—. Como saben, esta noche es especial porque es el aniversario de esta gran empresa. Yo tengo la suerte de ser parte de esta gran familia. Nuestro presidente se ha quedado afónico, así que les dejo con su hija,

Margaret Jones. Por favor, un aplauso para ella... Pero antes de retirarme, quiero aprovechar que están todos aquí para pedirle, ante este auditorio.... —Charles me tendió la mano y me miró directamente—: ¿Quieres casarte conmigo, Margaret Jones?

Yo no sabía dónde meterme. Todos los invitados me miraban. Acababan de llegar Florence y James, y esta aplaudía emocionada. Miré a mi familia y todos sonreían, menos Madison, que de repente estaba muy seria.

Algunos invitados empezaron a decir que dijera que sí, y Charles me miraba con ojos de cordero degollado.

—Sí, sí me casaré contigo —le respondí muerta de vergüenza.

Todos empezaron a aplaudir y Charles, con una sonrisa de oreja a oreja, me entregó un anillo preciosos. Desde ese instante, estaba prometida con Charles.

—Date prisa, Bonnie, o llegaremos tarde, y ya sabes que odio llegar tarde a los sitios.

—Lo siento, cariñito, es que no me gustaba ninguno de los vestidos que traje y tuve que ir de *shooping*, se me hizo algo tarde.

—¿No oyes los aplausos? Seguro que ya han dado el discurso. No vuelvo a traerte a nada relacionado con el trabajo.

—No exageres, solo hemos tardado tres cuartos de hora.

Esa mujer me volvía loco, pero no de amor, precisamente. Me exasperaba. Le tenía cariño, pero me sacaba de mis casillas constantemente.

Cuando llegamos a la sala donde se estaba celebrando el evento se veía mucha gente de pie aplaudiendo. Miré mi tarjeta: teníamos la mesa número 4; en el reverso había un plano de la sala indicando dónde se encontraba, justo al lado del escenario.

Llegué a mi mesa y vi una pareja en el escenario. Se le veía a él más que a ella, así que me puse a aplaudir como todos, aunque no sabía qué había ocurrido.

—Disculpe —le dije a un señor que estaba a mi lado—. ¿Ya ha terminado el discurso?

—No, es que se acaban de prometer.

—Ay, ¿qué romántico, no? —dijo Bonnie.

Todos dejaron de aplaudir y el chico del escenario agarró el micrófono.

—Ahora, después de haberme hecho el hombre más feliz del mundo, les dejo con mi prometida, la señora Margaret Jones.

Las luces la enfocaron entonces a ella, y ahí estaba, la mujer con la que había hablado en Chicago unos minutos, y era la mujer más preciosa que jamás había visto.

—Hola, buenas noches, y muchas gracias por venir. Antes que nada, gracias por aguantar este momento romántico con el que mi novio ha querido sorprenderme. Y la verdad, me ha sorprendido... Estamos aquí para celebrar el aniversario de mi empresa. 50 años, 50 años desde que se abrieron sus puertas por primera vez. Mi abuelo tuvo una visión. En ella había una empresa de textil donde crearía ropa para mucha gente y daría trabajo a muchísimas personas. Le costó mucho poder llegar a ello. No pocas puertas le cerraron porque no creyeron en él, pero lejos de rendirse, le impulsaron más y más para lograr su sueño. Un día, un ser maravilloso le dio la oportunidad de abrir un pequeño taller. En él contrató a dos personas que le ayudaron y, con su confianza y su fe, logró que esa pequeña empresa fuera creciendo. Después se la cedió a mi padre, el aquí presente Callum Jones, un aplauso para él, por favor... Él siguió el legado de su padre y trabajó con amor, fe, y dedicación hasta llegar a ser lo que es ahora. Hace dos años sufrimos una crisis porque uno de nuestros socios, alguien en quien mi padre confiaba ciegamente, le traicionó, y bueno, ya saben la historia... El entonces propietario de la empresa Evans & In nos ayudó a recuperar el prestigio que teníamos y, gracias a eso, conocí a un ser maravilloso al que, aunque ya no está entre nosotros, siempre recordaremos, y hoy no podía faltar en mi discurso. Por todo ello, gracias, gracias a todos los que colaboran en esta empresa, a todos sus trabajadores, que sin ellos no seríamos nada, gracias, porque esta empresa va a durar 50 años más.

Todos me aplaudieron y bajé del escenario. Mucha gente se acercó a felicitarme; querían ver el pedrusco que Charles me había regalado. Y de pronto le volví a ver frente a mí, ahí estaba: el doble de William. Se me acercó y me tendió la mano.

—Encantado de volver a verla.

—Igualmente, ¿su nombre era?

—Ethan.

—Tutéame, por favor.

—Qué alegría volver a verte.

—Cariño, ¿no nos presentas? —preguntó la mujer que estaba con él.

—Sí, disculpa. Ella es Bonnie, mi esposa.

¿Bonnie? Y ahí la vi, no tuve dudas: era la mujer que estaba en el video de Bethany, la famosa Bonnie.

—Decía que encantada de conocerla, ¿usted es? —me preguntó ella.

—Ay, discúlpeme, encantada igualmente, soy Margaret Jones.

La tipa me miraba muy raro, como si me conociera y se estuviera haciendo la loca.

—Enhorabuena por su próximo matrimonio, ya nos hemos enterado de que se ha comprometido.

—Sí, una sorpresa que me ha dado mi novio.

—¿Lleva mucho con él? —preguntó Ethan.

—Ethan, amorcito, eso no se pregunta, ¿a ti qué más te da?

—Llevamos unos meses, pero fue mi novio antes de conocer a William.  
—¿William?  
—Sí, era mi esposo. Falleció de una manera un poco extraña.  
Charles me vio y se acercó hacia mí.  
—Hola, amor, te estaba esperando.  
—Charles, te presento a Ethan.  
Charles le miró y se quedó pálido. Luego me miró a mí.  
—Encantado, y enhorabuena por su próxima boda —le dijo Ethan.  
—Gracias, y encantado —respondió Charles.  
—Yo me llamo Bonnie, y soy la esposa de Ethan.  
—Encantado, Bonnie. Si me disculpan, debo hablar con mi prometida un momento.  
—Claro —dijeron a unísono.  
—Me gustaría hablar contigo sobre trabajo luego, Margaret —me dijo Ethan antes de que me fuera.  
—Sí, luego te busco.  
Charles me agarró y me llevó a una esquina en la que no había nadie.  
—¿Qué significa esto?  
—No te entiendo, ¿qué quieres decir?  
—Ese tipo ¿quién demonios es?  
—¿Por qué lo dices?  
—Por cómo le mirabas, ¿te gusta?  
—Charles, por favor, ¿no has visto que es un calco de William?  
—¿Qué?, ja, ja, ja, Margaret, por favor, no se parece. Estás obsesionada, cariño. Tienes que relajarte, nos vamos a casar y debes estar tranquila.  
—Pero Charles, por favor, tienes que reconocer que son idénticos.  
—Margaret, por favor.  
Florence se acercó a mí y me abrazó; llevaba dos años sin verla.  
—Enhorabuena a los dos, y también por el aniversario de la empresa.  
—Gracias, ¿cómo estás?  
—Muy bien. Necesito hablar contigo, ya me entiendes.  
—Sí, Charles, discúlpanos, tenemos que hablar de cosas de mujeres.  
—Sí, luego nos vemos. Me alegra verte de nuevo, Florence.  
—Gracias, Charles.  
Agarré a Florence del brazo, necesitaba hablar con ella.  
—¿Qué novedades tienes?  
—James quiere hablar contigo, él piensa lo mismo que nosotras, ahora vendrá.  
—Florence, tengo que enseñarte una cosa, pero antes escúchame: William está vivo, y está aquí.  
—¿Qué dices, Margaret? Él murió.  
—No, y doy fe, ese hombre es mi marido, y está vivo.  
—Pero si fuera verdad, ¿qué hace que no está aquí?, ¿y qué ha hecho durante todo este tiempo?  
—Tengo un video donde Bethany sale hablando de algo con un tal Timothy y una tal Bonnie, y dicen algo de una amnesia, y ahora se presenta él aquí y la supuesta mujer se llama Bonnie.

—Pero, es extraño, ¿no?, ¿estás segura de que se parecen?

—Joder, Florence, ven conmigo, te lo voy a demostrar.

Busqué a Ethan por la sala y le vi al fondo, hablando con otros invitados, así que hice que Florence me siguiera hasta llegar a su altura.

—Mírale y dime si no es William.

—Madre mía, Maggie, es él, sí que lo es.

—Tiene una cicatriz en la oreja, pero es él. Y esa que está a su lado es la tal Bonnie. Te lo voy a presentar.

Nos acercamos más a ellos y Ethan, o mejor dicho William, me miró, y cuando lo hizo me tembló todo el cuerpo, como me temblaba cuando estábamos juntos.

—Ethan, te presento a una gran amiga mía, Florence.

—Encantado de conocerla.

—Lo mismo digo.

—Yo soy Bonnie, su esposa.

—Ah, hola —le dijo Florence.

Estuvieron hablando de cosas banales, y Bonnie no dejaba de observarme. Yo traté de disimular, porque si lo que sospechaba era cierto, tendría de demostrarlo.

—Margaret, es él —me dijo Florence cuando volvimos a quedarnos a solas—. Es que incluso la voz es la misma, pero no se acuerda de nada. Dice que nació en Chicago y que quedó huérfano, y que el tal Timothy lo crio como un hijo, que desde niños él y Bonnie son novios. Que por cierto, qué mujer más estúpida e insoportable, me cae fatal. Y otra cosa: él no está enamorado de ella, se le va a leguas, solo tiene ojos para ti.

—No empecemos, Florence.

—No, no empiezo, es que eres su mujer, tendrá que sentir algo, digo yo.

—¿De quién es mujer? —nos interrumpió Charles.

—Nada, una historia que me está contando Florence.

—Oye, vamos, que nos están esperando —me dijo Florence.

—Luego vuelvo, Charles.

Subimos en el ascensor hasta una de las habitaciones donde nos esperaba James.

—Margaret, cuánto tiempo sin verte, estás preciosa. —Y me dio un fuerte abrazo.

—James, cuánto tiempo, estás genial.

—No tanto como tú... Pero vamos a lo que hemos venido: me ha dicho Florence que crees que a Will lo asesinaron, ¿verdad?

—James, Will está vivo.

—¿Qué?

—Está ahí abajo, debo enseñarte algo para que lo entiendas.

Le expliqué todo lo que había averiguado de Bethany.

—Sé que es tu mujer, pero debías saberlo.

—No me casé con ella por amor, sino porque sospechaba de ella desde el principio, y solo haciéndola mi mujer podría averiguar más. La muerte, o la supuesta muerte de William, me dio tan duro... Fue tan repentino todo... Y que Ewan desapareciera también es algo extraño.

—¿Bethany sabe que estás aquí?

—No, no sabe nada. Sabe que me fui de viaje, pero no tiene ni idea, para eso soy investigador, soy experto en estas cosas.

—Ella mostró su auténtica cara cuando murió Will.

—Sí, esa dulce y angelical mujer era solo fachada. Es fría, despiadada, ambiciosa, sin escrúpulos... Conmigo es más bien cariñosa, pero lo será para no levantar sospechas.

—Ven con nosotras, tienes que verle de lejos. Está su mujer con él, la amiga de Bethany. No puede verte o te reconocerá.

—No te preocupes, me he traído algo con lo que no me reconocerá.

James se encerró en el baño. Tardó unos quince minutos, pero cuando salió estaba irreconocible. Iba con una peluca rubia, lentillas negras y se había puesto una barriga enorme postiza debajo de su camisa; no parecía el atractivo James Patrick.

—Madre mía, James, estas irreconocible.

—Llámame Steven, ese será mi falso nombre.

—Perfecto, vamos antes de que levantemos sospechas.

Nada más salir de los ascensores, Charles me estaba esperando.

—Margaret, ¿dónde estabas? Llevo esperándote media hora, tus padres quieren hablar contigo.

—Disculpa, Charles —dijo Florence—, le he distraído contándole mi vida. Mira, te presento a Steven, un socio de mi empresa de abogados allá en Escocia.

—Encantado de conocerle.

—Lo mismo digo.

—Florence, lleva a Steven donde me dijiste antes.

—Perfecto, luego te digo que le pareció.

—Estupendo.

Charles, me agarró de la mano, no me quería soltar.

—Cariño, me ocultas algo, ¿verdad?

—No seas paranoico. Hemos averiguado algo, pero hasta que no estemos seguros no podemos decir nada.

—Margaret, te dije que te ayudaría, no me alejes de ti de nuevo.

—No, no te preocupes, no te estoy alejando, solo que hasta no estar segura, no quiero decir nada.

—¿Tiene algo que ver con ese tal Ethan?

—Sí.

—Hola, hija, has estado desaparecida toda la noche —dijo mi padre, que llegaba por el pasillo.

—Disculpa, papá, es que estaba con asuntos de trabajo. ¿Qué tal todo?

—Genial hija, qué discurso más bonito, yo no lo hubiera dicho mejor.

—Pero, papá, ¿no estabas afónico?

—Lo siento, fue una excusa para que Charles pudiera sorprenderte.

—Vaya dos estáis hechos... Por cierto, ¿dónde esta Isla?

—Fue a saludar a Florence.

—Voy a reunirme con ellas, a ver si mañana por la noche cenamos juntas; quiero ver a mi sobrino.

Salí corriendo de allí. Como mi hermana reconociera a Will, no sabía cómo reaccionaría.

—Isla, ¿qué tal?

—Margaret, William, ¿está vivo?

—Chsss, calla, baja la voz.

La aparté a un lado para que no nos oyeran.

—Sí, pero hasta que no averigüe más no podemos decírselo a nadie.

—Me he quedado helada. Tu esposo está vivo y ¿estás tan tranquila?

—No, no estoy tranquila, quisiera desenmascarar a todos los implicados y estar en sus brazos, pero parece ser que él no me recuerda. Tiene amnesia, pero él, mi amor está vivo, y está aún más guapo de lo que ya era.

—¿Qué tienes pensado hacer?, ¿no le vas a decir nada a él?

—¿Qué le voy a decir?, no me creería. Cuando tenga más pruebas. Necesito pensar, voy a por una copa.

Me alejé de allí. Necesitaba beber algo, no sabía qué hacer. William estaba vivo, y yo, yo me acababa de comprometer con Charles.

Me bebí dos copas de champán de golpe, lo necesitaba.

—¿Bebiendo sola?

Me di la vuelta y ahí estaba, William, mi amor, mi vida, mi todo.

—Necesitaba relajarme después de tanto estrés.

—¿Y tu prometido?

—Por ahí debe estar, hablando con otras personas. ¿Y tu esposa?

—Pues me he escapado de ella, hoy no me ha dejado solo ni un segundo, no sé qué le pasará.

—Tendrá miedo de que te vayas con otra.

—No soy así, no soy de poner los cuernos.

—Eso me gusta en un hombre.

Nos miramos a los ojos y recordé la primera vez que nos conocimos, cuando también nos miramos así. Cada vez estaba más convencida de que era mi Will.

—¿Podemos hablar a solas? —me dijo.

—Sí claro.

Nos fuimos a la habitación donde antes había estado James.

—¿No nos pondrán alguna pega por estar aquí? —preguntó él.

—No, no te preocupes. Esta habitación la reservé también por si tenía que hablar de negocios con alguien esta noche.

—Qué previsor.

—Muchísimo, ja, ja, ja. Cuéntame, qué querías decirme.

—Me gustaría hacer una colaboración con tu empresa, ¿qué te parece?

—Me encantaría, ¿qué tipo de colaboración?

Estuvimos hablando un buen rato sobre trabajo, pero luego empezamos a hablar de nuestra vida.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le dije.

—Sí, claro, dime, Margaret.

—Tienes una cicatriz, ¿qué te pasó?

—Pues hace dos años sufrí un robo en la calle, me atacaron y me dieron un golpe en la cabeza. Al caerme me golpeé y me hice una gran herida, estuve en coma muchos meses.

—Oh, me alegro que te recuperaras.

—Sí, tardé un poco, porque al despertarme todo me sonaba a nuevo.

—¿Cómo a nuevo? Imagino que de estar tanto tiempo inconsciente estabas perdido.

—No, esto es confidencial, no sé, pero me inspiras confianza. Margaret, no sé, pero siento como si esta no fuera mi vida. No recuerdo mi vida anterior. Mi familia me ha contado que llevo casado con Bonnie cuatro años, que éramos novios desde niños, que él me crio cuando mi familia murió..., pero no siento nada de eso como real. No estoy enamorado de Bonnie, aunque me digan que siempre nos hemos amado intensamente. Me contaron que nos llevábamos mal al

principio, pero luego nos enamoramos.

—Malditos embusteros.

—¿Cómo?

—No, perdón, no era por ti, es que alucino.

—¿Alucinas? ¿Porque no la ame, por cómo supuestamente nos enamoramos?

—En general debe ser duro para ti.

—No tanto como lo que habrás tenido que pasar tú. Me contaron que tu esposo murió al poco tiempo de haberos casado.

—Sí, bueno, fue duro, y es duro, no está muy claro todavía.

—¿El que no está claro?

—Su muerte.

—¿No lo quieres aceptar?

—No se trata de que no lo quiera aceptar, no sé qué te habrán contado, pero bueno, mejor hablemos de cosas más alegres.

—¿Llevas mucho con Charles?

—Charles fue mi novio hace unos años, antes de conocer a Will, pero bueno, ya imaginas.

—Sí, pero has vuelto con él.

—Siempre ha sido un gran apoyo, y le tengo mucho cariño.

—¿Pero no lo amas? Perdón si soy muy atrevido.

—Como tú dijiste antes de la confianza, me pasa igual contigo. No, no estoy enamorada de él. Le quiero, pero no le amo.

—Pero te vas a casar con él.

—Tal vez el amor llegue más adelante. Además, en una encerrona como la que me ha hecho, ¿qué le iba a contestar?...

En ese momento llamaron a la puerta. Eran mis padres, que al ver a Ethan, bueno, a William, se quedaron mudos.

—Hijo, ¿estas viv...?

—Mamá —la interrumpí—, él es Ethan Jacobs.

—¿Cómo?, pero si es idéntico a...

—Hola, soy Callum, el padre de Margaret.

—Encantado, señores.

—¿Eres de aquí, de Londres?

—No, nací en Chicago, es la primera vez que vengo a Londres, y espero que no sea la última.

Mi madre no salía de su asombro, así que me la llevé a un lado para que Will no nos escuchara.

—Pero Margaret, ¡él es tú esposo!

—Mamá, en casa, ya hablaremos.

—¿Pero qué significa esto?, ¿está vivo?, nos está vacilando.

—No mamá, él no sabe quién es. Ya te lo explicaré, pero por favor, no digas nada a nadie. No podía permitir que mi madre le dijera nada, tenía que tener pruebas suficientes.

—Margaret, hija, ven un momento —dijo mi padre—. El señor Jacobs me está diciendo que se va pasado mañana; podríamos enseñarle Londres y luego que venga a comer a casa.

—Yo encantado, si no es molestia, claro.

—No, no lo es, ¿verdad, hija?

—No, por supuesto.

—Pues perfecto.

    Mi padre se encargó de quedar con él. Yo no tenía cabeza para pensar en nada más que en recopilar pruebas.

¿Dónde demonios se había metido Ethan? Y sobre todo, ¿con quién estaría, con ella? Me estaba empezando a poner nerviosa. Ethan no podía enterarse de la verdad, porque mi padre y yo acabaríamos muy mal.

Desde niña había sido amiga de Bethany, y desde siempre me había gustado William. Era un hombre tan guapo, tan impresionante..., pero él no se fijaba en mí. Cuando se prometió con aquella tipa que le dejó plantado, vi el cielo abierto. Pensé que era mi oportunidad, pero no, él cambio. Ese hombre tan amable y simpático se convirtió en alguien seco, antipático, engreído y despiadado. La empresa de papá empezó a caer en picado y, en vez de ayudarnos, nos dejó de lado. A mi padre le llamó vago derrochador, y le dio la patada.

Bethany llevaba años viéndose a escondidas con papá, y habían tramado un plan. Bethany odiaba a William con todas sus fuerzas, odiaba que él fuera el que llevara la empresa familiar, y que su madre bebiera los vientos por él. Entonces, junto a papá, tramaron un plan. Bethany se había enterado de que una de las empresas más famosas de Londres estaba pasando por algo bastante delicado, y decidió que su hermano se fijara en esa empresa, pero de una manera muy sutil. Tramó todo con detalle para que la empresa de los Evans y la de los Jones hicieran negocios. Lo que jamás pensó es que Will acabaría enamorándose de Margaret.

—Ya estoy aquí, Bonnie.

—¿Dónde estabas? ¿Y con quién?

—¿Y ese interrogatorio?

—Me has dejado sola.

—Lo siento, estaba hablando de negocios con Callum Jones. Mañana tenemos comida con ellos.

—No, yo me quedo en el hotel, esas cosas me aburren horrores.

—Cómo quieras.

Necesitaba hablar en privado con Bethany y que me diera instrucciones. Yo realmente era una mandada por ella y mi padre, aunque estaba encantada de estar casada con Will.

Me sentía raro, como si conociera a los Jones de toda la vida. Me sentía muy cómodo con ellos y me encantaba estar con Margaret. No sabía cómo explicarlo, pero algo dentro de mí me impulsaba hacia ella. Escuchaba en mi interior una voz que me decía que me acercara, que me necesitaba como yo a ella, que no podía tenerla lejos. ¿Qué me estaba pasando? ¿Y por qué? Solo la había visto dos veces en mi vida, en Chicago y ahora en Londres.

Me encantó que su padre me invitara a comer a su casa y conocer de Londres, pero no fui sincero con Bonnie porque ella es demasiado celosa, demasiado posesiva, y todo se lo cuenta a su padre. Timothy me presiona para que haga feliz a su hija, y yo no soy un hombre de hacer lo que me dicen, pero a Timothy le debo mucho. Él me crio y no puedo ser un desagradecido, por eso aguanto a Bonnie.

—Hola, soy James Patrick, amigo de Margaret y de su difunto esposo.

—Hola, soy Ethan Jacobs, encantado... Disculpa, ¿nos conocemos de algo?

—Pues no sé, puede ser, ahora mismo no recuerdo, pero seguro que hemos coincidido, porque me suena tu cara muchísimo.

—¿Has estado en Chicago alguna vez?

—Sí, en alguna ocasión, pero hará como cinco años que no voy.

—Pues seguro que coincidimos en algo. Es que sufrí un accidente y no recuerdo muy bien todo mi pasado.

—Pero, ¿te ha visto algún especialista para que recuperes la memoria?

—No, me dijeron que no la recuperaría, y mi suegro se encargó de contarme toda mi vida.

—Pero, a ver, esto que te voy a decir no te suene mal, pero no te creas todo lo que te digan, búscate otros especialistas.

—Sí, no te creas, estoy bastante harto de esta situación, y me he estado informando de médicos especializados en esto.

—Conozco uno muy bueno en Irlanda, que es donde vivo. Es mi hermano, y te aseguro que es una eminencia.

—¿Me podrías conseguir una cita? Me gustaría ir antes de volver a Chicago.

—Por supuesto, ¿hasta cuándo vas a estar en Londres?

—Pasado mañana me voy, pero creo que puedo aplazar el viaje.

—Me parece genial.

—Mañana voy a estar con los Jones, si te parece nos vemos más tarde y me cuentas qué te ha dicho tu hermano.

—Perfecto, cuenta con ello.

No sé por qué, pero toda esta gente me daba buena sensación, y yo necesitaba recordar mi vida completamente. Me gustaría recordar mi infancia en Chicago, cómo era de niño, mi boda con Bonnie, todo, y estaba dispuesto a hacerlo, pero no les diría nada a ellos. Cada vez que se lo decía se ponían muy nerviosos, sobre todo Bonnie.

La noche anterior, antes de llegar a casa, hablé con mis padres y con mi hermana. Les conté que Ethan y William eran la misma persona, les conté todas y cada una de las cosas que había averiguado. Mis padres decidieron ayudarme, pero ahora había otro problema: me había prometido con Charles, y no podía volver a dañarle; él no lo merecía.

—¿Qué vas a hacer con Charles, Margaret?, os acabáis de comprometer.

—Mamá, lo sé, pero ahora que sé que Will vive, no me puedo casar con él. Primero, porque ya estoy casada, y segundo, porque mi amor, mi vida entera, está vivo.

—¿Charles lo sabe?

—Le dije que Ethan y Will eran idénticos para ver cómo se lo tomaba y me dijo que no, que eran cosas mías. Está claro que no quiere verlo, se está haciendo el tonto.

Cuando regresé a casa a las seis de la mañana estaba rendida.

—¿Por qué llegas tan tarde? Te estaba esperando para celebrar nuestro compromiso.

—Lo siento, tenía que hablar con mis padres, y ahora tengo que hablar contigo.

—¿De qué?

—Charles, William vive.

—Margaret, no empieces, no puedes volver para atrás. Estamos prometidos, y yo te voy a ayudar, todos lo vamos a hacer.

—No me estás entendiendo, Charles. Las cosas que averigüé en Irlanda, y ver a Ethan hoy... Él y Will son la misma persona.

—Margaret, basta.

—No, no basta, es él, y me da igual si me crees o no; está vivo y no voy a parar hasta que todo salga a la luz. ¡Me dijiste que me apoyarías!

—Si te apoyaría, pero no voy a apoyarte en esta locura, y menos voy a volver a perderte, ¿me estas oyendo, Margaret? Esta vez no te voy a dejar ir.

—Charles, estoy casada con él, no puedo casarme contigo.

—Eres viuda, está muerto. Ese tipo se llama Ethan y también está casado. Basta ya Margaret, aterriza.

—¡Me voy a duchar!

Di un portazo al meterme en el baño. Mientras me duchaba no podía dejar de pensar en el pobre Charles. Se negaba a creerme, pero sé que en el fondo lo sabía.

Cuando salí de la ducha, él estaba sentado en la cama esperándome.

—Vamos a hablar, Maggie.

—No, no tengo nada más que hablar ahora mismo. Voy a vestirme y me voy a comer con mis padres. Necesito tranquilidad y tú ahora mismo no estás para dármele.

—Eres una egoísta.

—Lo que tú digas. Nos vemos esta noche, Charles.

Me vestí rapidísimo, ni me sequé el pelo, y salí de allí volando. Al llegar a casa, mi

hermana Madison estaba tomándose un café. Cuando entré me miró muy seria.

—Hola Madi.

—Hola.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa? Me parece muy fuerte lo que le estás haciendo a Charles.

—¿Qué le estoy haciendo a Charles?

—Le vas a dejar tirado.

—Madison, estoy averiguando qué le pasó a mi marido, no estoy dejando tirado a nadie.

—¿Por qué aceptaste casarte con él si crees que Will vive?

—¿Qué preferías, decirle que no delante de todos y señalar a Ethan diciendo que él es mi verdadero marido? ¿No hubiera sido peor eso?

—No se lo merece.

—Muy bien, ahora que vamos con la sinceridad por delante, quiero que me seas sincera y me digas algo. ¿Estás enamorada de Charles, Madison?

—Sí, sí estoy enamorada de él, es él mi amor imposible.

—¿Tu amor imposible?

—Sí, es mi amor imposible porque solo tiene ojos para ti.

—Sí me lo hubieras dicho no hubiera vuelto con él. Hubiera hecho lo que fuera para que fueras tú.

—Él no me quiere ni lo hará nunca. Él te ama a ti, ya me lo dejó claro aquella vez que...

—¿Aquella vez que qué? Madison, mírame, ¿os habéis acostado en algún momento?

—Sí, pero fue hace mucho. Estabas en Chicago, fue al poco de irte. Él estaba bebido y yo acababa de salir del hospital. Nos estábamos consolando y una cosa llevo a la otra. Y sí, le quiero, ¿qué quieres que haga?

—No me lo puedo creer, y luego me fui con él...

—Yo te animé a que hicieras tu vida con él. Has sufrido mucho, él es muy bueno y nos ha ayudado tanto... Siempre ha estado ahí, merecíamos ser felices juntos.

—Madison, yo no sé qué decir, lo siento.

—No, no lo sientas, quería veros felices, pero no quiero que él sufra ahora.

—¿Y qué prefieres, que me case con él y seamos infelices? Porque ahora que sé que Will vive, no voy a poder enamorarme de Charles.

Papá bajó a desayunar. Esa noche no habíamos dormido nada debido a la fiesta y a la posterior reunión familiar.

—Buenos días, hijas. A las once estará aquí Ethan, así que prepárate, Margaret, porque os he organizado una excursión a ambos por Londres.

—Pero papá, ¿tú ibas a venir?

—¿Qué pinto yo ahí? Tenéis que estar solos, recuperar el tiempo perdido.

—Papá, William no sabe quién es, no me recuerda.

—Pero lo hará.

Pasé toda la mañana nerviosa. ¿Cómo iba a hacer para que William me recordará? No podía soltarle de sopetón que él es quien es, no me creería.

James me llamó para contarme lo que había hablado la noche anterior con Will, y me dijo que estaba dispuesto a ir a ese especialista.

A las once en punto, William estaba en casa de mis padres más guapo que nunca, con esos ojos azules brillantes que no podía dejar de mirar.

—Buenos días, qué puntual.

—Sí, la verdad, me gusta la puntualidad. Si se ha quedado a una hora, ¿por qué llegar tarde?

—Papá no va a poder venir con nosotros, pero bueno, si te conformas conmigo...

—Por supuesto, encantado de que una mujer tan hermosa sea quien me enseñe Londres.

—¿Y tu esposa?

—Se quedó en el hotel, quería darse un masaje, ¿y tu prometido?

—En casa. No le dije nada, no sé por qué.

Nos miramos en silencio y nos reímos.

—Por favor, pasa, enseguida estoy.

—¿Sabes? Esta casa me suena muchísimo, sobre todo el jardín. Supongo que de pequeño estuve en uno parecido.

—Será eso, seguro.

Que hubiera cosas que le sonaran me alegraba el alma, ¿tal vez en algún momento me recordaría?

61.

— Ethan —

Al entrar en esa casa, un hormigueo me recorrió el cuerpo, pero sobre todo cuando vi el jardín. Ese jardín me recordaba a algo, pero ¿por qué? Si jamás había estado en esa casa...

Timothy me contó que de pequeño me gustaba corretear por el jardín de casa, pero el jardín de mi casa en Chicago no tenía nada que ver con ese jardín. Supongo que sería el jardín de la casa de mis padres, antes de morir y que Timothy se hiciera cargo de mí.

Aunque Callum me había caído genial, me alegré mucho cuando Margaret me dijo que solo iríamos ella y yo. No sé por qué, pero quiero estar a solas con ella, lo necesito.

Pasamos un día maravilloso. Llevé a William por diferentes zonas de Londres, y él mismo me explicaba cosas de la ciudad y se sorprendía al darse cuenta de que no era posible que supiera todo eso si jamás había estado allí.

Luego comimos en casa de mis padres, que tenían preparado su plato favorito. Nos preguntó cómo sabíamos lo que le gustaba, y mis padres le dijeron que también era mi plato favorito.

Después nos fuimos a dar otro paseo. Las horas se me hacían tan cortas a su lado..., hasta que decidí echar toda la carne en el asador y le llevé a nuestra casa. Llevaba cerrada un tiempo, desde que me había mudado a casa de Charles, aunque cuando quería estar sola iba allí.

—Qué casa más bonita, ¿es tuya?

—Sí, bueno, era de mi William. Cuando nos casamos me mudé aquí.

—Me encanta su estructura, es la típica casa inglesa que me fascina.

—¿Quieres pasar? Es realmente bonita.

—No quisiera incomodarte.

—¿Pero por qué me vas a incomodar?

—Entra, te invito a una copa.

Cuando entró se quedó parado mirando a la sala, ni parpadeaba.

—¿Te pasa algo, Ethan?

—Perdóname, es que me ha venido como un déjà vu. Me he visto en esa misma sala sentado leyendo un libro. Es extraño.

—Pero, ¿estás bien? ¿Te ha venido algo más a la mente?

—No, solo eso. Tranquila, estoy bien, me pasa a menudo.

—¿Ah, sí? Y ¿se puede saber cómo son esos recuerdos?

—Pues por ejemplo, en uno me vi a mí mismo al frente de una empresa enorme, más grande que la que trabajo. Yo era el presidente, y había muchas personas trabajando para mí. Pero esos flashes enseguida se esfuman.

—¿Te ha venido alguno con tu esposa? Perdón por la pregunta, si no quieres no respondas.

—Tranquila, no, con ella no.

Le puse un whisky solo y yo me serví un gin-tonic.

—Acertaste, es mi bebida favorita.

—¿De veras?

Estuvimos hablando un rato de mi empresa, de por qué me dedico a esto, de mis hermanas... Le pregunté si tenía hermanos y me dijo que no. Sí el supiera realmente...

La noción del tiempo se esfumó. Solo éramos él y yo, justo como estábamos hace dos años, antes de ese maldito accidente.

En un momento dado, él me miró fijamente a los ojos y yo a él, y sentí que el mundo se paraba ante nosotros.

—Margaret, pensarás que soy un atrevido, un loco, pero tengo unas ganas inmensas de besarte. Sé que estás prometida y yo casado, pero necesito besarte.

Yo no me lo pensé y, al escucharle, me lancé sobre él. Le besé con tantas ganas... Esas ganas que tenía desde hacía dos años, desde la última vez que le vi antes de que se esfumase de repente.

Me senté sobre él y nos miramos a los ojos. Creo que en esa mirada nos dijimos muchas cosas.

—No te vayas —le dije.

—No me voy a ningún lado, estoy tan a gusto aquí contigo...

Nos volvimos a besar. Esta vez le quité la ropa y él a mí. Su cuerpo estaba tal y como lo recordaba. Nos tumbamos en la alfombra de la sala y allí nos reencontramos, no solo nuestros cuerpos, también nuestras almas.

No sé cuántas horas pasarían hasta que le sonó el teléfono y tuvo que responder.

—Es Bonnie, discúlpame... Dime... Sí, aún estoy reunido, como nos vamos mañana... Sí, no te preocupes... Sí, en un rato voy, estate tranquila... Adiós.

Me estaba poniendo enferma la maldita farsante esa. ¡Su esposa era yo, no ella! ¡Ella era una estafadora!

—Ethan, tengo que contarte algo.

—Claro, lo que quieras, preciosa.

Me abrazó, y no pude desenvolverme de sus brazos.

—Me vas a tomar por loca, pero... ¿de verdad te has creído todas las mentiras que te han contado?

—¿Perdona?, ¿qué mentiras? No te pillo.

—Ethan... Tú eres William, mi marido.

—¿Cómo? —Y al decirlo me soltó.

—Lo que oyes, eres William.

—Margaret, me llamo Ethan Jacobs, no William, estás confundiéndome con él.

Me levanté y le mostré una foto de él y yo juntos.

—¿Ves? Somos tú y yo unos días antes del accidente.

—Margaret, no soy él. Me puedo parecer, pero no. Tienes que mirarte ese problema.

—No tengo ningún problema. Me contaste que tuviste un déjà vu con una empresa; claro, con la tuya: Evans&ns en Irlanda, allí nos conocimos. Luego, por una venganza tuya nos casamos, pero nos enamoramos, y tuviste que irte a Irlanda por negocios y sufriste un accidente de coche, que realmente no fue un accidente. Planearon todo y yo lo estoy averiguando.

—¿Qué? Estás mal. Yo quería que te enamoraras de mí, pero solo te gusto porque me parezco a él.

Se levantó y se empezó a vestir.

—Por favor, créeme.

—No, no puedo, me voy. Esto ha sido un error. Hazte mirar ese problema, no puede ser que trates de creer que todos somos William.

—Pero ¿qué dices, William?

—Que me llamo Ethan. Mira, me voy, no puedo seguir escuchando estas boberías.

Y se fue dando un portazo, dejándome hecha polvo.

Cuando llegué a casa de Charles no me fue mejor. Me estaba esperando enfadado, no le había cogido el teléfono en todo el día.

—¿Dónde estabas?

—Por ahí.

—¿Por ahí, dónde, Margaret?

—Con mi familia, ¿algo más?

—¿Por qué llegas a estas horas? Dudo que aún estuvieras con ellos.

—Eso ya es tu problema, ¿no crees, Charles?

—Margaret, no voy a permitir que me hables de esa manera, no soy el mismo imbécil al que dejaste tirado hace dos años por irte detrás de William. Antes fue por salvar la empresa, y ahora, ¿por qué es? Está muerto, supéralo de una maldita vez.

Le pegué un bofetón y me fui al cuarto de invitados.

—No te me vas a escapar, ¿adónde vas?, ¿estamos hablando!

—No, tú estás gritando y dando por hecho cosas, y yo no tengo por qué aguantar esto, ni tus gritos, ni tus ofensas.

—Así es como te enamoraste de William, ¿no lo recuerdas?

—Sí, pero tú no eres William.

Y me encerré en la habitación. Sé que me pasé, Charles era una persona buenísima que siempre había estado ahí para apoyarme, incluso cuando me casé con William y me enamoré de él. No merecía que le hablara así, pero estaba bastante nerviosa con lo que acababa de pasar con William.

Cuando me desperté por la mañana, apenas había pegado ojo. Charles estaba en nuestra habitación aún. Entré a buscar ropa y se me quedó mirando en silencio.

—Siento mucho lo que te dije anoche, me pasé, pero tú también dijiste cosas injustas —le dije, pero él solo me miraba en silencio—. Charles, dime algo, por favor.

—¿Qué quieres que te diga? No soy William, no sé qué más hacer para que me quieras.

—Charles, yo te quiero.

—Sí, ya, pero no como a él. Margaret, ¿por qué aceptaste casarte conmigo?

—Porque no te iba a decir que no delante de toda esa gente.

—Ah, solo por eso, entonces, ¿no quieres casarte conmigo? Qué fuerte me parece, Margaret, quiero estar solo.

—Escúchame antes: te dije que sí porque te quiero y quería casarme contigo.

—¿Querías?

—Joder, Charles, ¿es que no me escuchas? ¡Que William está vivo! No puedo casarme contigo porque ya estoy casada.

—¿Pero qué pruebas tienes de que está vivo?

—Que él y Ethan son la misma persona.

—¿Pero en qué te basas? ¿Cómo lo sabes?

—Porque tengo pruebas, las encontré en Irlanda y, aunque no las entendí en aquel momento, ahora sí.

—Margaret, si después de todo esto él está muerto y te has equivocado, ¿vas a seguir adelante con lo nuestro? No pienso dejarte ir, esta vez no.

No le respondí, no podía hacerle más daño. Tampoco podía decirle a mi prometido que le había sido infiel con mi supuesto difunto marido.

No podía creerme lo que había pasado, me había acostado con Margaret. Apenas nos conocíamos, pero algo en mí me decía que la besara, que la acariciara... Me encantó estar con ella, sentí lo que jamás había sentido con Bonnie, pero luego, cuando me dijo que yo era su marido muerto, ahí ya me confundió más. Yo no le gustaba por ser quien soy, sino porque me parezco a él. Tenía razón Bonnie cuando me dijo que la toman por loca porque los confunde a todos con su marido.

Pero, por otra parte, me encanta esa mujer, y si alguien me escuchara me podría tomar por loco, pero al principio me lo creí. Cuando me enseñó su foto con William, por un momento sentí que era yo el que estaba con ella.

Algo que me hacía sospechar de si me habían contado la verdad... Es que sentía que conocía Londres de antes, que no era la primera vez que estaba ahí, pero si era así, ¿por qué me habían mentido?

Bonnie y yo teníamos el vuelo programado para Italia, pero yo no podía irme. El día anterior me había llamado James para decirme que al día siguiente tendría una cita con su hermano. Necesitaba recordar mi vida, e iba a hacer lo que fuera con tal de recordar todo. Necesitaba saber si mi suegro me ha dicho toda la verdad.

—Buenos días, mi amorcito.

—Buenos días, Bonnie.

—¿Por qué no me respondes al beso?

—Porque no soy besucón, ya lo sabes. Oye, no vamos a ir a Italia.

—¿Qué? Nos tenemos que ir, ya tenemos los billetes y todo reservado, y yo quiero ir, no me puedes decir que no vamos...

—Basta Bonnie, no eres una niña, déjate de pegar gritos y de caprichos, tengo mucho trabajo. Gastas más de lo que ganamos, y para pagar tus caprichos es necesario tener dinero.

—¿Me estas llamando caprichosa?

—Sí, lo estoy haciendo.

No la soportaba más. Me levanté, me metí en el baño e hice una llamada telefónica. Reservé un billete de avión para Chicago y otro para Irlanda, pero no le diría nada a Bonnie. Si no, empezaría con las excusas que siempre tienen padre e hija.

¿Que no íbamos a Italia? No lo entendía, ¿qué estaba pasando con Ethan? Necesitaba hablar con Bethany YA, así que le mandé un mensaje: «Me urge hablar contigo. Tu querido hermano me ha anulado el viaje a Italia, dice que nos vamos a Chicago y no quiero, algo pasa».

Bethany me respondió: «Déjate de niñadas. Si no quiere ir a Italia será porque tiene que trabajar en tu empresa. Mejor que volváis a Chicago. Tendríamos que preocuparnos si hubiera querido quedarse en Inglaterra. No molestes por estupideces, Bonnie».

Estaba bastante harta de esta situación, harta de que me dieran órdenes. ¿Y lo que yo quería dónde quedaba?

Dos horas después ya estábamos rumbo al aeropuerto. Ethan iba muy serio, y yo más aún.

Solo facturamos mi equipaje, algo que me pareció muy extraño, claro que él se había traído cuatro cosas y yo el armario entero.

—¿Por qué no facturas tus cosas?

—Porque tengo papeles entre ellas y quiero revisarlos en el avión.

Pasamos el control y llegamos a la puerta de embarque. Mientras yo estaba sentada delante de la puerta leyendo, Ethan iba y venía. Me estaba poniendo nerviosa, tenía razón Bethany; cuanto antes saliéramos de Inglaterra, mucho mejor.

Nos llamaron para embarcar, y Ethan me dio mis papeles y mi billete.

—Embarca tú y ve cogiendo el asiento. Enseguida subo yo. Me acaban de llamar de Chicago, de la empresa, así de oportunos son.

—Está bien, pero no tardes.

Embarqué y me fui a nuestro sitio a esperar a que llegara.

Sí, sé que lo que hice no estuvo bien, la dejé plantada en el avión con rumbo a Chicago, sin saber dónde me iba a quedar yo. Fue una guarrada, pero si le hubiera dicho que me iba a Irlanda, se hubiera puesto pesada.

Embarqué en mi avión y en pocas horas estaría allí. Había quedado con James en que me iría a buscar al aeropuerto; él se había encargado de todo.

Cuando aterricé, tenía unos mensajes y varias llamadas de Timothy. Imaginé que Bonnie le habría contado antes de que el avión despegara que yo no había subido, pero no tenía ni ganas ni tiempo de escuchar sus rollos.

—Bienvenido a Irlanda, Ethan.

—Gracias, James. Me tienes que contar un poco de ti, no sé absolutamente nada.

—Es que no te quiero mentir, Ethan, Y si te digo la verdad, no me vas a creer y me vas a tomar por loco.

—No te entiendo, ¿qué me quieres decir?

—Que no te llamas Ethan, que te llamas William Evans, que eres mi mejor amigo y ahora mi cuñado.

—Otro con lo mismo, debí suponerlo, esto es una locura. Para el coche, que me bajo.

—Bueno, seguro que si lo paro sabrías dónde ir, porque naciste y creciste aquí.

—Basta ya. ¿Te llamó Margaret para contarte sus historias y que le siguieras el rollo?

—No, William, es la verdad.

—No me llames así.

—Te puedo demostrar que lo que digo es cierto, escúchame, dame la oportunidad, y si me equivoco te dejo que me partas la cara y me denuncies.

—Trato hecho, te escucho, a ver, asómbrame.

—Te llamas William Evans, tiene 36 años, naciste en Dublín, tienes una hermana menor que se llama Bethany, ella tiene 33 años.

—No me consta nada lo que dices. Sí tengo 36 años, pero nada más.

—Espera, tienes una cicatriz en el brazo derecho, en el interior.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Joder, William, te lo estoy diciendo, eres mi mejor amigo, y esa cicatriz te la hiciste con 20 años, jugando al fútbol. No te gustaba perder y le pegaste un pelotazo en la cabeza a un contrincante. Esto te lanzó para defenderse una piedra afilada y te rasgó el brazo. Y te puedo demostrar quién eres: estoy casado con Bethany, tu hermana, no por amor, sino porque necesitaba averiguar qué pasó contigo. Ella tiene mucho que ver en este asunto, pero eso ya te lo explicaré. He cogido muestras de su cepillo. Si comparamos su ADN con las tuyas veremos si miento o no.

Me quedé alucinando con todo lo que James me contaba, pero lejos de creer que era una farsa, algo en mí me decía que era cierto,

—De acuerdo, accedo a hacerme la prueba.

—Perfecto, ahora mira ahí enfrente.

—Sí, ya veo.

—Dime si recuerdas algo.

Estábamos ante una gran empresa, Evans&ns. Bajé del coche y entré en ella. La chica de la recepción me miró y se quedó blanca como el papel.

—Señor Evans, está usted vivo. Que alegría, bienvenido.

No supe qué decir.

—Mary, por favor, no le diga nada a mi esposa. Es una sorpresa que le tengo para la fiesta de su cumpleaños.

—¿Te das cuenta? Todos te conocen. Mejor vayámonos, no quiero que Bethany te vea hasta que no esté todo claro. Si todo sale bien, las pruebas de ADN coinciden y se demuestra que de verdad eres su hermano, tendrá mucho que explicar.

—¿Pero por qué crees que tuvo que ver ella en la muerte de William?

—¿En tu supuesta muerte? Pues muy fácil... Nada más enterarse de que su hermano había muerto, se deshizo fácilmente de Margaret, le dijo que tenía que irse de vuestra casa, que te habían incinerado. Estoy segura de que esas cenizas son las de tu chófer; él iba contigo el día del accidente pero nunca apareció y tú estás aquí...

—Pero si esto fuera verdad, ¿cómo es que aparecí en Chicago si el accidente fue aquí?

—Eso es lo que debemos averiguar.

El día fue bastante ajetreado. Después de salir de la empresa nos fuimos a un laboratorio y me hicieron la prueba de ADN con los pelos de la mujer de James. Como eran amigos de James, nos dijeron que tendrían los resultados en dos días; ahí sabría si yo era o no William Evans.

Me estuvo llamando de seguido Timothy, así que decidí responder al teléfono; si no, no me dejaría en paz.

—Sí, dime, Timothy.

—¿Cómo que sí, dígame? ¿Dónde demonios estás, Ethan?

—Me he ido a París, necesitaba estar solo. Tu hija no me deja pensar, así que me saqué un billete y me vine solo a París. Tu hija va de camino a Chicago.

—Y eso ¿qué significa exactamente?, ¿la abandonas?

—No. Simplemente, desde que sufrí el atraco no he tenido tiempo para mí, para aclararme.

—¿Pero qué necesitas aclarar, Ethan? Ya te lo conté todo, vente de una vez.

—En una semana voy, no te preocupes. Tengo grandes ideas para la empresa, vamos a hacernos millonarios, de verdad. Oye, te dejo, voy a entrar al cine. Hacía años que no entraba, si es que algún vez he entrado.

Le colgué sin darle oportunidad de seguir hablando.

—Vaya mentiras que le has soltado.

—No creo que tantas como las que él me ha metido a mí.

Hablé con James y me contó que William llevaba dos días en Irlanda, que había empezado a ver a su hermano, que era especialista en estos casos. Le contó que William podría recuperar la memoria, que no sabía cuándo, pero con la medicación adecuada lo haría.

Le aconsejó que no viera mientras a nadie que le pudiera confundir, así que se quedó encerrado en la casa del hermano de James; decía que así iba mucho mejor.

Yo estuve centrada en la empresa, en mi familia, para no pensar. Charles y yo no habíamos vuelto a hablar del tema y no había podido dejarle. Podía parecer egoísta, pero ¿y si nos estábamos equivocando y resultaba que Ethan no era William? Habría lastimado nuevamente a Charles sin motivo, así que no quise hacer nada hasta saber qué pasaría.

James había quedado en llamarme para decirme los resultados de ADN. Sonó el teléfono, pero era Charles.

—Hola Margaret, ¿podemos quedar para comer?

—Sí, claro, Charles.

—Te recojo en media hora.

Me imaginé que vendría a romper nuestro compromiso, y la verdad es que sería lo mejor. Yo no me había atrevido, pero él tenía que hacerlo.

Fuimos a un restaurante cerca de la empresa.

—Margaret, hemos estado evitándonos y no podemos seguir así.

—Tienes razón, no podemos seguir así.

—Yo te quiero, te quiero con toda mi alma, eres y serás el amor de mi vida.

—Entiendo que no quieras seguir conmigo a pesar de que me quieras.

—No, Margaret, no voy a dejarte. Solo quiero pedirte que olvidemos lo que ha pasado, y que sigamos como estábamos antes de que te pusieras a jugar a los detectives.

—¿Otra vez? No he estado jugando a los detectives. William está vivo.

—No, otra vez con lo mismo no, basta, me niego a que sigas con el tema, no tienes pruebas, Ethan no es William.

—Me acosté con él, Charles.

—¿Qué? ¿Qué dices?

—Lo que oyes. Cuando llegué tarde aquella noche, habíamos estado él y yo en nuestra casa, y una cosa llevo a la otra, y sí, nos acostamos y pude comprobar que es él.

—¡Eres una zorra!, ¿otra vez? ¿Otra vez has jugado conmigo?

—Mide tus palabras, Charles, no soy ninguna zorra. ¿Y tú por qué no me habías contado que te habías acostado con mi hermana Madison?

—Porque no fue nada serio, y fue antes de que volviéramos.

—Para ti no lo sería, pero para mi hermana sí.

—Ya lo hablé con ella, le dije que fue un error, que yo te quiero a ti.

—Pues lo siento, Charles, no podemos seguir así. Nos vamos a terminar odiando, y no quiero que acabe así.

Me quité la alianza y se la devolví.

—Margaret, no, no lo acepto, esta vez no me vas a dejar, no lo pienso permitir, esta vez te casaras conmigo y no habrá nada ni nadie que me impida convertirte en mi mujer.

68.

— Ethan —

Ese día hablé con James, y entre su hermano, él y yo decidimos ir a por los resultados. No es que estuviera encarcelado allí, pero Jack, el hermano de James, me recomendó desde el primer día de terapia quedarme quieto ordenando mi mente; quizás así sería más fácil recuperar la memoria, y ya llevaba dos días allí metido.

Cuando nos dieron los resultados estaba bastante nervioso. Si era positivo, habría estado engañado por unos estafadores, mi hermana me habría tratado de asesinar y me habría separado del amor de mi vida. Pero si era negativo tendría que regresar a Chicago y seguir viviendo una vida que no me hacía especialmente feliz.

Tenía el sobre en la mano y James me miraba esperando a que los abriera. Respiré profundamente y lo abrí. Había un montón de datos y números que no entendía, así que fui directamente a la parte final:

—«Las pruebas de ADN concluyen que el señor Ethan Jacobs es hermano biológico de la señora Bethany Evans con un índice de fiabilidad del 99,9%».

Me quedé de piedra. Así que era verdad... Yo era William Evans... Me habían tratado de asesinar, y ahora debía averiguar por qué.

—Te lo dije, eres William, mi mejor amigo, el empresario número uno, la roca de los negocios y el amor de Margaret Evans. ¿Cómo te sientes?

—Por un lado estoy aliviado. Sé quién soy, ahora sé que no me llamo Ethan y que las cosas que Timothy me contó y que no me sonaban de nada eran falsas, pero por otro lado, ahora tengo que averiguar por qué trataron de aniquilarme, y por qué me llevaron a Chicago.

—No te preocupes, te ayudaré. Pero debemos avisar a Margaret, ella debe saberlo.

—No, aún no, no quiero que sepa nada todavía.

—¿Por qué?

—Porque antes quiero aclarar todo. Una vez que lo haga, se lo contaremos. La tomé por loca y ella tenía razón.

Después de dos meses en Irlanda, por fin parecía que empezaba a ver algo de luz al final del túnel. Una mañana salí a pasear cerca de la casa donde crecí y aproveché para entrar con James (él tenía la llave). Paseando por dentro de la casa, recordé cuando era niño y correteaba por esos jardines, recordé cómo mi padre me enseñó a montar a caballo y mi madre me enseñó a cocinar, y cómo mis amigos se reían de mí porque sabía cocinar.

James me llevó a los establos donde estaba Ulises, mi caballo: un caballo negro, precioso... No lo recordaba, pero por lo visto ese caballo me lo había regalado él cuando me comprometí con una novia que tuve que me dejó plantado en el altar y que huyó con mi primo. Dice que ahí me cambió el carácter, pero el tema no es ese; el tema es que estaba empezando a reencontrarme con la persona que sí era realmente.

No había vuelto a hablar con Bonnie ni con Timothy. Sabía que eran unos estafadores y como hablara con ellos sería para denunciarlos y decirles unas cuantas cosas, pero como aún no recordaba bien mi vida, prefería no hacer nada.

Pensaba muchísimo en Margaret. James me contó todo sobre nuestra relación. Tenía ganas de verla, de estar con ella..., pero no quería hacerlo aún. Tenía que aparecer ante ella como el hombre del que se enamoró, no como un hombre que no sabía realmente ni quién era con exactitud.

—¿En qué piensas?

—En que tengo tantas ganas de recuperar mi vida...

—Ánimo, hermano, verás cómo pronto lo harás. Has avanzado mucho, venga, vamos a cabalgar un rato. Te reto a ver quién llega antes a aquella colina que se ve a lo lejos.

—¿Me estás retando a mí?

—Sí, a ti, ¿qué pasa William?

—Que soy el amo de las carreras. Espera, pero ¿cómo puedo saber eso?

—¿Ves? Te ha venido a la mente porque es verdad... ¿Cabalgamos un rato? Ulises tiene ganas de que lo montes, después de tantos años.

—Otra vez será. Tengo que ir a por los resultados de las pruebas que me encargó tu hermano.

—Es verdad, era hoy. Te acompaño, quiero saber qué te dicen.

—Me parece bien... Pero he de confesarte algo, James. Desde hace unos días he empezado a recordar cosas, y necesito que me digas si lo que recuerdo es o no verdad.

—Claro, dime.

—¿Yo era tan frío y despiadado?, ¿es verdad que me casé con Margaret y le hice la vida insoportable?

—Sí, pero solo fueron unos meses, luego os enamorasteis.

—Entonces, si tanto nos amábamos, ¿por qué la olvidé?, ¿por qué no me acordaba de ella en este tiempo?

—Eso vamos a tratar de averiguar. Pero ahora que la has vuelto a ver, ¿qué sientes?

—Me siento tan bien con ella... Y estoy empezando a atar cabos.

Dos horas después estábamos en la consulta de Jack. Lo primero que había hecho cuando tuvimos la primera consulta fue encargarme todo tipo de pruebas. No podría tratarme sin confirmar que las analíticas, etcétera, estaban bien.

—Hola, William, bienvenido. Hola, hermano. William, siéntate. Te voy a contar lo que salió en los resultados, y es un tema delicado... En las pruebas que te hemos hecho, no salen indicios de que tengas coágulos ni nada extraño derivado del traumatismo. Pero en las analíticas hay algo que no me cuadra. Ahora te pregunto: ¿Bonnie o su padre te daban alguna clase de medicamento?

—Sí, todas las mañanas en el desayuno me daban una pastilla, no recuerdo el nombre, solo sé que decían que el médico me la había recetado para ayudarme a recuperar la memoria.

—¿Y cómo te sentías con las pastillas? ¿Alguna reacción?

—Me dejaban bastante atollado, la verdad. Pero suponía que sería cosa de los efectos secundarios.

—William, te han estado drogando durante todo este tiempo. ¿Hasta cuándo las has estado tomando? Porque te aseguro que esa sustancia hace lo contrario a lo que te decían.

—No me lo puedo creer, me las estuve tomando hasta antes de ir a Londres. Cuando llegamos, Bonnie me las daba, pero yo las tiraba sin que se diera cuenta, no quería estar atontado allí. Fue entonces cuando empecé a tener algún déjà vu más fuerte, y de hecho cada día recuerdo mejor. Hoy precisamente, en casa de James, o mejor dicho, en mi casa, he recordado cosas de cuando era niño. He recordado a Bethany, mi querida hermana, y creo que si sigo así, la podré enfrentar, creo que ha llegado el momento de recuperar mi vida.

Me quedé impactado por la noticia, pero todo empezaba a cobrar sentido. ¡Mi memoria estaba bien! Solo tenía que recuperarla, y lo estaba consiguiendo poco a poco.

Cuando me quedé a solas con James, él me animó a intentar recordar el día del accidente.

—¿Qué fue lo que pasó ese día?

—Yo llegué de Londres... Iba a pasar dos semanas aquí por negocios. Cuando salí a coger un taxi, Ewan llegó a por mí. Yo le dije que le había dado días libres, pero me dijo que no, que con gusto me llevaría. Ese día hacía bastante frío, y le dejé mi abrigo a Ewan porque estaba helado. Nos dirigíamos a la reunión que yo tenía, íbamos en una recta y un coche se no puso delante, Ewan aceleró, pero cuando fue a frenar, no funcionaban los frenos, era como si alguien los hubiera cortado.

—Entonces el bueno de Ewan fue el que falleció.

—Sí, pobre hombre, con lo buena persona que era, no entiendo por qué mi hermana ha hecho esto.

—Muy fácil: dinero, poder... Ella siempre sintió que tú eras el favorito de tus padres, y eso no lo podía aguantar.

—Creí que me quería. Soy su hermano.

—Siento decirte esto, pero ella no se quiere ni a ella misma. Aparentemente me quería, ¿no? Me casé con ella y lo único que le interesa es mi prestigio, mi apellido.

—No entiendo el interés que tenía en que me casara con Margaret para luego tratar de matarme...

—Porque quería quedarse con tu empresa y con la de Margaret, ¿no ves que la sacaste

adelante?

—Sí, pero la de Margaret no era mía.

—Algo tendría planeado, seguro. ¿Qué vas a hacer con Margaret?, ¿y con Bethany?

—A Margaret voy a sorprenderla, y necesito que me ayudes. Y con Bethany tengo algo en mente.

- Señora Jones, fuera la están esperando.
- Lo siento, pero no espero a nadie —le dije a mi secretaria.
- Lo sé señora, pero se ha empeñado, dice que no se mueve de aquí hasta que no la vea.
- ¿Pero quién es?
- Dice que es la señora Jacobs, la mujer del señor Ethan.
- Está bien, dígame que pasé, pero me interrumpes en unos cinco minutos, no tengo mucho que hablar con ella.
- Perfecto.
- ¿Qué hacía ahí esa tal Bonnie? ¿Qué querría decirme?
- Señora Jones...
- Señora Jacobs, ¿qué desea?
- Voy a ser directa, no me gustan los rodeos. ¿Dónde está mi marido?
- ¿Perdón? ¿Y por qué tendría yo que saber eso?
- Porque desde que se reunió con usted no he vuelto a saber de él.
- ¿Y qué? Si no sabe controlar a su marido ¿qué tengo que ver yo? A no ser que no haya sido clara con él y se haya terminado cansando.
- ¿Qué quiere decir con eso?
- Que es usted un poco pesada. —Estuve a punto de decirle que sabía la verdad, pero me pediría pruebas y no las tenía, y tampoco quería que pusiera en antecedentes a Bethany.
- Eres una grosera.
- Vale, ¿algo más?
- Como me entere de que está con usted... Que sepa que se ha metido en medio de un matrimonio feliz con un hijo de por medio.
- En ese momento me quedé petrificada. ¿Un hijo?, ¿tenían un hijo?
- ¿Hijo?, ¿tienen un hijo?
- Sí, bueno, estamos a punto de ser padres. Estoy embarazada y no he podido ni darle la feliz noticia, por tu culpa.
- ¿Por mi culpa?
- Sí, lo engatusaste.
- Señora, la están esperando, ¿recuerda? —interrumpió Olive.
- Ay, sí, gracias, Olive. Acompañe a la señora Jacobs a la salida.
- No, gracias, ya me la sé. Pero piense lo que la he dicho. Adiós.
- Adiós.

¿William iba a ser padre? Entonces ya lo había vuelto a perder, sin tan si quiera haberle recuperado...

James me llamó y me dijo que fuera a Irlanda, ya que me necesita para algo relacionado con Bethany, así que a primera hora le encargué a mi secretaria que me sacara un billete para Dublín.

Con Charles las cosas no habían mejorado. Estaba empeñado en casarse conmigo a toda costa, aun habiéndole dicho que William vivía.

Hablé con Madison e Isla para ver si me podían ayudar, y Madison me dijo que hablaría con él.

—Margaret, él está loco por ti. No te lo va a poner fácil.

—Lo sé, por eso he decidido irme sin decirle nada.

—¿Pero cómo vas a hacer eso? Es una cobardía.

—He tratado de hablar con él por todos los medios y no entra en razón, así que me voy así, sin más.

—Señora Jones, el taxi la espera —me advirtió mi secretaria.

—Gracias, Olive, enseguida bajo.

—Si puedes recoger tú las cosas te lo agradecería.

—Pero Maggie...

—Lo siento. Toma. Entrégale esta carta, es la única manera que entre en razón.

Bajé corriendo y me subí en el taxi, muy consciente de que lo que le estaba haciendo a Charles era una auténtica canallada.

En Dublín lucía el sol. James me estaba esperando fuera del aeropuerto y me dio un fuerte abrazo.

—¿No traes equipaje?

—No, he tenido que irme así, no quería dar tantas explicaciones a Charles.

—¿Cómo te va todo con él?

—¿Cómo no me va? Fatal, he querido romper nuestro compromiso, pero no entra en razón.

—Lo siento mucho. Te veo nerviosa, ¿qué te pasa?

—Ayer vino Bonnie a verme a la empresa.

—¿Cómo? ¿Qué quería?

—Saber dónde estaba William, o Ethan, no sé cómo llamarle. Él se enfadará si le llamo William. El caso es que vino a decirme que me había metido en un matrimonio, y que...

—¿Qué?

—Que está embarazada.

—¿Pero cómo sabes que es verdad?

—Hombre, lleva con ella un tiempo, le han hecho creer que era su mujer, entonces, habrán tenido relaciones. El caso es que me ha dicho que está embarazada.

Estuvimos en silencio hasta que llegamos al hotel, un hotel precioso en mitad de un pequeño bosque. Había un gran silencio, era un remanso de paz.

—¿Aquí me voy a hospedar?

—Sí, ¿te gusta?

—Es precioso.

—Te podrías haber quedado en mi casa, que es la tuya, pero Bethany no puede verte, no todavía.

—¿Cómo va la cosa?, ¿en que querías que te ayudara?

—Ahora lo hablamos.

El interior del hotel era todo de madera, con grandes lámparas de arañas cayendo de los techos, una gran recepción con sofás y plantas alrededor, y tenían puesta música clásica. Era precioso.

—Ve subiendo tú, voy a encargarme del *check in*.

—Vale, ¿qué habitación es?

—La 345. Toma la llave.

—Perfecto.

El ascensor panorámico mostraba la grandeza del lugar. Olía a rosas, y se escuchaba Chopin con su maravilloso nocturno en el hilo.

Al salir del ascensor me encontré con otro jardín. El pasillo estaba repleto de plantas enormes. Olía tan bien...

Al llegar a la habitación pasé la tarjeta y acto seguido la inserté en el interruptor para que se encendiera la luz. Entonces me topé con pétalos de rosa en el suelo. Al llegar a la zona de la

cama vi un gran corazón formado por pétalos, y en medio del corazón había una botella de champán rose, mi favorito, y una nota.

Me di la vuelta y, detrás de mí, estaba Will, más guapo que nunca. Se había afeitado y tenía la misma carita que cuando le conocí.

—Hola, preciosa.

—Hola, Ethan.

—¿Ethan?

—Sí, ya me quedó claro que crees que estoy loca, así que te llamo por tu nombre.

—No, no me estás llamando por mi nombre. Mi nombre es William Evans.

—Vaya, los resultados salieron y pudiste verificarlo. Me alegro por ti. Ahora me voy, necesito una habitación para mí sola. Estoy cansada y quisiera descansar un rato.

—Esta es tu... Bueno, nuestra habitación.

—No, es tu habitación, no la mía.

—¿Desde cuándo los matrimonios duermen separados?

—Desde que el marido duda de la palabra de su mujer y encima deja embarazada a otra.

—¿Qué? ¿Qué dices, Maggie?

—Lo que oyes. Ayer vino a verme tu querida esposa, bueno, tu no-esposa, a informarme de que vais a ser papás, y que por mi culpa ese bebé nacerá sin su padre, así que hasta aquí hemos llegado. Pude confirmar que vives, pero no puedo hacer nada más, solo apartarme y que seas muy feliz con Bonnie y tu hijo.

—¿Pero qué dices? Eso no puede ser, no he tenido relaciones con ella.

—No me importa.

Me fui corriendo de allí, porque si no me hubiera lanzado a sus brazos y no me hubiera separado de él, pero él había estado con esa mujer y eso me atormentaba.

—Maggie, ven aquí.

—No, no me da la gana, Ethan.

—No me llames así, no es mi nombre.

Me metí en el ascensor y bajé a recepción.

—Por favor, necesito una habitación para mí sola, ¿Tendrán alguna?

—Sí, señora, no se preocupe, se la buscamos.

—Por favor, que no sea en la tercera planta.

William no bajó, así que me quedé más tranquila... Bueno, en parte, porque también me molestó que no bajara a tratar de convencerme, pero ¿por qué tendría que haber hecho eso? Si ni siquiera me recordaba. Que se hubiera demostrado que él era William no significa que se acordara de mí.

—Señora, aquí tiene su habitación, piso 6, número 678, ¿le parece?

—Perfecto.

Me instalé en esa habitación y no salí de ella hasta el día siguiente.

No podía creérmelo, ¿Bonnie embarazada? No podía ser, si no había tenido relaciones con ella desde hacía como seis meses. No podía estar embarazada, pero no me daba la gana de ir detrás de Margaret, ¿por qué tenía que dudar de mí?

Me fui a tomar unas copas con James. Necesitaba aclarar lo que quería hacer con Margaret, necesitaba que creyera en mí.

—Es que ambos sois dos cabezones, ¿por qué no le dijiste la verdad?

—¿Por qué tiene que dudar de mí?

—William, has estado desaparecido dos años, apareces casado con otra y con otro nombre, no te acuerdas de nada; es normal que reaccione así.

—Pero ya sé quién soy, me acuerdo de todo.

—Pero eso ella no lo sabe.

—Mañana es la fiesta de Bethany, tenéis que aparecer juntos.

—Lo sé, tengo que hacer que me escuche, ayúdame nuevamente.

—Sí, no te preocupes.

Me fui a dormir, porque al día siguiente me esperaba un gran día.

Bajé a desayunar y me encontré allí con James. Habíamos quedado para hablar de esa noche y de lo que íbamos a hacer.

—¿Por qué te fuiste sin escuchar a William?

—Vaya, las noticias vuelan.

—Margaret, estaba muy ilusionado con la sorpresa.

—La sorpresa se la llevo él. Va a ser papá.

—Pero vamos a ver, Margaret. Viendo todas las mentiras que han soltado, ¿te lo sigues creyendo?

—Pero es que tuvo relaciones con esa tipa.

—Margaret, él creía ser otra persona, creía que era su mujer. Ahora déjame preguntarte algo, y no te molestes, ¿eh?

—Dime.

—Tú sabías quién eras y tuviste relaciones con Charles. No me digas que no las has tenido...

—Sí, bueno, pero, yo...

—¿Ves? Y cuando las tuviste, ¿te habías olvidado de William, o solo te habías resignado a su supuesta muerte?

—No, sí, me había resignado.

—Pues ya está, escúchale, de verdad. Si no, te arrepentirás después. Además tenemos que hacer esta noche lo que tenemos tramado, y tienes que estar ahí.

—Está bien, le escucharé.

James se levantó, y en la mesa de atrás estaba sentando William. ¿Pero en qué momento había entrado?

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Qué tal dormiste?

—Bueno, últimamente no duermo muy allá.

—¿Te sigues acariciando el pelo para dormirte?

—Sí, ya sabes hay cosas que nunca cambian. Espera, ¿cómo sabes eso?

—Porque me acuerdo.

—¿Cómo que te acuerdas?

—Me acuerdo de todo, mi vida, recuperé la memoria.

—Pero, ¿por qué no me lo habían dicho?

—Porque quería sorprenderte, y no me dejaste.

Me levanté y le abracé, le besé, le volví a abrazar... y así estuve un rato.

—Discúlpame, pero es que lo que me dijo Bonnie me dolió.

—Maggie, hace seis meses que no tengo nada con ella, te dije que no la amaba, y ahora que me acuerdo de todo, jamás la he amado. Es la mejor amiga de mi querida hermana. ¿Ahora me crees?

—Sí, y ya es hora de hacerles pagar.

Nos fuimos a preparar el plan. Esa noche nos veríamos las caras con Bethany.

Me compré un vestido en una de las tiendas del hotel. Era realmente precioso; necesitaba estar perfecta para ponernos frente a esos estafadores.

Un coche que James envió nos recogió a William y a mí en el hotel. Estaba nerviosa, todo tenía que salir a la perfección. Will iba disfrazado con una peluca rubia, unas lentillas y una barba postiza bastante espesa. Se suponía que era Alfred Wood, un importante millonario interesado en negocios con su empresa.

—Estás preciosa, mi vida.

—Tu más, tu entrada va a ser triunfal.

Llegamos a la casa de los Evans y Will y yo entramos por separado para no levantar sospechas.

Cuando entré, la casa estaba llena de gente. La decoración estaba cambiada y había fotos de Bethany por todos lados.

James me vio y vino a saludarme.

—Estás guapísima.

—Gracias.

—Ven, te voy a lanzar a la loba, ¿estás preparada?

—Más que nunca.

Nos dirigimos hacia donde estaba Bethany. Estaba diferente, llevaba el pelo recogido en un moño, un vestido verde superescotado y estaba más maquillada que una puerta, nada que ver con aquella chica inocente y recatada que aparentaba ser.

—Bethany, querida, mira qué sorpresa te traigo.

Al darse la vuelta y verme, su semblante le cambió inmediatamente.

—Margaret, ¿qué haces aquí?

—Bethany, ¿no te alegra verme? Ya le dije a James que no era buena idea... Tenía que haberme quedado en casa, en Londres, aquí no pinto nada.

—No, tonta, es que no te esperaba, cuánto tiempo, ven a darme un beso.

Empecé con mi papel de mujer triste y amargada.

—Sí, la verdad que hace años que no te veía.

—¿Cómo estás?

—Bien, dentro de lo que cabe, estoy comprometida con Charles. Sigo amando a mi difunto esposo, pero la vida sigue.

—Sí, qué me vas a contar, mi bello hermano.

—Oye, esa foto tan bonita que había ahí colgada ya no está.

—La quité, me dolía demasiado verle.

—Sí, es cierto, qué desgracia.

—Bueno, vamos a pensar en cosas bonitas.

—Sí, porque me duele el corazón y hoy es día de fiesta.

—Muy bien, voy a saludar a otros invitados y regreso.

—Perfecto.

Le tocaba el turno a Will.

Ya estaba toda la carne echada en el asador, no había vuelta atrás.

—Feliz cumpleaños, señora.

—Gracias, usted debe ser Alfred Wood, ¿verdad?

—Sí, soy yo.

—Bienvenido a mi hogar.

—Una casa preciosa.

—Gracias, era la casa de mi difunto hermano, pero le he dado un estilo personal.

—Leí lo de su hermano, lo siento muchísimo.

—Bueno, ya no se puede hacer nada, de eso hace dos años.

—¿Era su único hermano?

—Sí, él y yo solos.

—Escuché que le llamaban la roca de los negocios.

—Buah, eso era una fantasmada de él.

—Pues vi todo lo que logró.

—La verdad es que siempre estuve detrás. Él se llevaba el mérito y yo el trabajo en la sombra, ya sabe.

—¿Tenía grandes amigos en este negocio?

—Más bien enemigos.

—No me diga, espero que usted no.

—No, yo no, pero mi hermano, y discúlpeme, no está bien que hable así de él, se había ganado muchos enemigos por su carácter.

—¿Cómo?

—Sí, pero mejor dejémoslo así. Dígame, señor Woods, ¿quería hablar de la compra de unas acciones de mi empresa?

—Por supuesto, me parece una gran empresa.

—¿Le parece bien si nos reunimos mañana?

—Estupendo.

Vi pasar a Margaret, así que decidí seguir con el plan.

—Me parece fascinante esa mujer.

—¿Quién?, ¿Margaret?

—¿Se llama así?, simplemente divina.

—Buah, no sé qué le ven. Es una fracasada. Su empresa estuvo a punto de quebrar. Si no llega a ser por mí, que asesoré a mi hermano para que la ayudara, hoy estarían ella y su familia en el arroyo.

—¿Le puedo preguntar algo?

—Dígame.

—¿Por qué se expresa así de ella y la invita a su fiesta?

—No la invité yo, fue mi esposo, que le dio pena. Era mi cuñada. Se casó con mi hermano y se aprovechó de él. Creo que quería robarle, pero le salió el tiro por la culata.

—Vaya, qué intenso todo lo que me cuenta de ella. Quería conocerla, pero ya no me interesa.

—Lo mejor que hace, en serio. Disculpe, debo ir a ver cómo van los demás invitados.

Cuando me di cuenta, acababan de llegar Timothy y Bonnie, los que faltaban.

¿Qué demonios hacían Bonnie y Timothy allí?

Vi que Bethany se alejaba de William y les hacía una seña a padre e hija. Luego se fueron, y yo les seguí.

Entraron en una habitación. La puerta no estaba cerrada del todo, así que decidí esconderme detrás y escuchar, pero antes puse la grabadora del teléfono; necesitaba pruebas de que estos eran cómplices.

—¿Qué demonios hacéis aquí? —preguntó Bethany—. Os dije que no nos podíamos ver en persona, ¿qué parte no habéis entendido?

—Que tu hermano no está en Chicago, y no sabemos dónde demonios está.

—Sois unos malditos incompetentes. No era tan difícil retenerlo en Chicago con cualquier excusa. ¿No tienes las suficientes armas como para retener a un hombre, Bonnie? Eres pésima.

—No te pases, tu hermano me engañó. Prefirió quedarse en Londres cuando vio a Margaret.

—Mi hermano perdió la memoria en el accidente, y se ha tragado todas vuestras mentiras, no se acuerda de Margaret. Es más, ella está aquí, y si supiera algo ya me lo hubiera dicho. No puede verte, así que te vas a quedar aquí encerrada hasta que se vaya, ¿te queda claro, estúpida?

—Estoy harta de tus insultos, la única estúpida eres tú. Eres una maldita loca, envidiosa, que fuiste capaz de hacer lo que hiciste.

—Pues tú bien que accediste cuando te lo propuse, no dijiste que no.

—No vuelvas a tocarme en tú vida, puta loca, o te denuncio por todas tus fechorías.

—Denúnciame, pero tú y tu papaíto caeréis conmigo.

—¡Basta ya! Tranquilizaos. Nadie sabe nada, y así seguirá.

—Tengo que salir, no os mováis de aquí. Me deshago de Margaret y os aviso.

Salí de allí rapidísimo, no podía permitir que Bethany me viera espiándoles. Vi a James de lejos y me acerqué a él.

—Disimula, he estado espiando a tu mujer con sus cómplices y los he grabado.

—¿En serio?, eso nos vendrá de maravilla. Ahí está.

—Quiere deshacerse de mí para que sus amigos puedan participar en la fiesta y que yo no vea a Bonnie.

—Tranquila, de aquí no te mueves, le voy a decir a un camarero que les diga a sus cómplices que suban, que tú ya te has ido. Verás qué bien nos lo vamos a pasar.

Me escondí para que ninguno me viera; estaba a punto de comenzar el espectáculo.

—Ya les han avisado, subirán cuando le haga la señal al camarero.

—Perfecto, James, creo que es hora de que comiences el *show*.

—Ahí voy.

Mientras James se dirigía al escenario, William y yo nos preparamos en nuestros puestos.

—Señoras y señores, un momento de atención. Como bien saben, hoy es el cumpleaños de mi preciosa mujer, Bethany Evans. Estoy muy feliz de verles a todos, espero que lo estén pasando bien. Solo quiero felicitar a mi pequeña Bethany. Gracias por tu compañía, cariño, por tu dedicación y por empatía. —James estaba pronunciando un discurso de lo más irónico, ya que desde que Bethany se había casado con él, no le hacía ni caso; solo le interesaba su estatus social—. Por favor, que suba al escenario su gran amiga Michelle para felicitarle.

Después de que su querida amiga Michelle y otras dos amigas más la felicitaran y alimentaran su ego, Bethany subió al escenario.

—Muchísimas gracias a todos, y sobre todo a mis grandes amigas. Sois un tesoro, os adoro.

Pero antes de que Bethany se bajara del escenario, James agarró el micrófono.

—Mi amor, no te vayas aún. Todavía queda alguien por felicitarte.

—¿Quién, mi vida?

—Tu gran amiga y hasta hace poco cuñada. Margaret, por favor, sube.

La cara de Bethany se desencajó. Fingió una sonrisa falsa, pero se veía que estaba rabiosa.

—Hola, buenas noches. Quería felicitar a mi querida cuñada, es un ser tan especial... Cuando la conocí era como una niña dulce, aparentemente ingenua, simpática, y le encantaba ayudar a los demás.

—Gracias, Margaret.

—No he terminado, cuñadita... Como les iba diciendo, era un amor. Pero de la noche a la mañana cambió de tal manera que, imagínense, ¡planeó la muerte de su hermano! Sí, señoras y señores, ella misma se encargó de todo para acabar con él y quedarse con su empresa.

—¿Qué dices? Estás loca. No la hagan caso, jamás superó la muerte de William, a pesar de que él jamás la amó. La pobre se quedó traumada...

—¿Qué yo estoy loca? Tú planeaste matar a William, ¡eres una asesina!

—No tienes pruebas.

—¡Sí que las tengo!, pero antes de mostrarlas al mundo, demos una bienvenida al señor Alfred Wood, o mejor, al señor Ethan Jacobs, o mejor aún: al señor William Evans.

Todo el mundo estaba mirándonos con cara de asombro, excepto Bethany, que estaba con cara de desesperada. No sabía dónde meterse, y me miraba con ganas de asesinarme.

Bonnie y su padre llegaron justo en el momento en el que William cogía el micro.

—Hola, buenas noches. Se preguntarán todos quién soy, y por qué Margaret me ha presentado con tres nombres diferentes. Les saco de dudas... —William se quitó la peluca y la barba postiza ante la atenta mirada de Bonnie, Timothy y Bethany—. Me llamo William Evans, y no, no estoy muerto. Sufrí un grave accidente donde perdí la memoria, y he estado dos años engañado, viviendo en Chicago bajo el nombre de Ethan Jacobs, porque unas personas me secuestraron —remarcó estas palabras mirando a Bonnie y su padre—. Mi hermana Bethany, aquí presente, me engañó. Ella fue la que planeó mi muerte. Cortó los frenos del coche en el que íbamos mi fiel amigo y conductor, Ewan, y yo. Mi amigo murió en el acto, y ella les hizo creer a

todos que era yo el muerto. ¿Cómo?, se preguntarán, porque a través del ADN se vería que no era yo. Muy fácil: con dinero y poder todo se puede. Bethany hizo creer a todos que Ewan huyó del país con mucho dinero que, supuestamente, me había robado. Pero eso es mentira, porque fue ella quien me robó. Me trató de asesinar y, como vio que no estaba muerto pero que había perdido la memoria, planeó mi otra vida. Déjame preguntarte algo, Bethany, ¿si no hubiera perdido la memoria, me hubieras tratado de asesinar de otra manera?

—No tienes ninguna prueba de lo que dices, William.

—Sí, sí que tengo, pero ya están en manos de la policía, a ti no tengo que enseñarte nada.

Yo interrumpí poniendo el audio que había grabado en el teléfono un rato antes entre ella, Bonnie y Timothy.

La gente murmuraba y los miraba con cara de susto. Bonnie y Timothy trataron de huir, pero la policía ya los estaban esperando fuera.

—Bethany, eres mi hermana y te adoraba; no entiendo por qué me hiciste esto.

—Porque te odio. Todo era para ti: los mimos de mamá, los de los abuelos, e incluso la empresa ¿para quién?, para ti, ¿y yo qué?

—No es cierto, siempre tuviste el amor de todos, y la empresa era tan tuya como mía.

—Mentira, jamás me dejaste participar. Estaba harta de ver cómo todos te alababan por tus éxitos, y yo mientras en segundo plano. Cuando pasó lo de la empresa de los Jones, pensé que sería mi oportunidad. Te hablé cosas maravillosas de Margaret. Si tú te quedabas con ella, la empresa sería para mí. Pero no, seguías en la mía, y te veía tan feliz con ella... No podía soportarlo, ¿y mi felicidad para cuándo?

—Estás mal, Bethany, necesitas ayuda.

En ese momento, sacó del ligero, bajo de su vestido, una pequeña pistola y apuntó a William.

—Si no pude acabar contigo anteriormente, ahora sí que podré.

—¡Estás loca! Baja el arma, Bethany —rogó James.

—Tú cállate. Te casaste conmigo por obligación, jamás me amaste, eres un maldito.

Y le disparó. James cayó al suelo al momento.

—¡Estás loca!, ¡has disparado a James!, ¡lo has matado! —exclamó William.

—No te preocupes, hermanito, te vas a reunir con él...

En ese momento, me puse delante de William. No permitiría que le matara.

79.

— Bethany —

Todo estaba lleno de gente, así que disparé al aire y salí corriendo hacia la cocina del hotel.

La policía que había llegado me seguía. Disparé a una camarera y cerré la puerta de la cocina. Me puse su ropa y así llegué a la salida de empleados. Habían policías, pero entré.

—Señora, ¿está bien? Hemos oído disparos.

—No se preocupe, yo estoy bien —respondí—. Esa loca se ha ido hacia la parte derecha, donde está la despensa.

Cuando la policía se fue, cogí mi coche y me fui de allí. Pero mi hermano que se había percatado de todo, y me siguió con la policía detrás.

Jamás me atraparían; antes prefería estar muerta.

La loca de Bethany había disparado a Margaret. Menos mal que no le había dado, pero Margaret fue lista y se tiró al suelo para que pareciera que sí. El que estaba grave era James, mi mejor amigo, que por culpa de mi hermana estaba debatiéndose entre la vida y la muerte.

Vi cómo ella huía hacia la cocina, así que salí a la calle intuyendo que saldría por la puerta de servicio, y así fue. Avisé a la policía y empezamos a seguirla.

Mi hermana era todo para mí, mi fortaleza en mis días bajos. Jamás pensé que ella fuera así. Pensé que era esa chica dulce y cariñosa que todos adoraban, y ahora daba miedo pensar en la maldad que tenía.

Iba a toda velocidad, así que aceleré. No podía dejarla escapar, teníamos que retenerla y meterla en un centro psiquiátrico.

Parecía que se dirigía hacia nuestra casa. Supuse que iría a esconderse allí.

81.

— Bethany —

Mi maldito hermano me seguía, no podía parar. Necesitaba llegar a casa, pero antes tenía que deshacerme de él.

Di un volantazo a ver si lograba hacer que se desviara, o incluso que se estrellara. Si la otra vez no pude acabar con su vida, lo haría ahora. Si la empresa no era para mí, no sería para nadie.

Dejé que se pusiera a mi altura y me puse a disparar a su coche.

—¡Muere maldito, muere!

De pronto unas luces me cegaron. Un camión enorme venía hacia mí y, a la velocidad que iba, no me dio tiempo a reaccionar.

Me estaba disparando. Le había intentado avisar de que mirara hacia adelante, pero no me hacía caso. Decidí frenar pese al peligro, porque si no iba a acabar estrellándome con ella.

De pronto, en un abrir y cerrar de ojos, el coche de Bethany colisionó contra un camión y vi cómo salía disparada por la luna delantera.

Mi hermana... A pesar de todo lo que me ha hecho no podía odiarla; ella no estaba bien... Cuando nuestra madre murió, le juré que siempre la cuidaría.

Cuando bajé del coche y me acerqué, ya se oían las sirenas que acudían hacia el lugar.

Me sentía tan mal... Mi hermana había muerto. ¿No podía haber sido de otra manera?, haberla metido en un centro y que se hubiera recuperado... Me venían a la mente imágenes de cuando éramos niños: cómo paseábamos a caballo, cómo hacíamos competiciones en la piscina..., y ahora ya no estaba.

Llegué al hospital, donde me esperaba Margaret. Los médicos aún no nos habían dado noticias de James.

—Mi amor, ¿qué ha pasado? Estoy en ascuas. ¿Han detenido a Bethany?

—Mi hermana, mi pequeña hermana, está muerta.

—¿Qué? Pero ¿qué ha pasado?

—Enloqueció. Íbamos rapidísimo en la carretera, se puso a dispararme y un camión se la llevó por delante. Ha sido horrible, ¡mi hermana está muerta! No he podido hacer nada por ella, todo esto es por mi culpa. ¿Cómo no me di cuenta de que estaba así?

—Tú no tienes la culpa, nadie se dio cuenta. Ella era cariñosa, dulce, yo la adoraba, era como una hermana más, y si te digo la verdad, a pesar de lo que pasó, no la odio. Sé que en el fondo ella te quería, solo que necesitaba ayuda; si no, ella no hubiera hecho esto. Pero no te culpes, cada uno tiene que ser consecuente con sus actos.

—Ahí viene el doctor.

—¿Familiares de James?

—Sí, somos nosotros, ¿cómo está?

—Ha perdido mucha sangre, pero el señor James es fuerte, está fuera de peligro.

—Muchísimas gracias, no sabe lo que nos alegra escuchar esto.

—Margaret, ahora tengo que volver a comisaría. Yo ya he declarado por el accidente, pero la policía tiene detenidos a Bonnie y Timothy, quiero saber qué ha pasado.

—Te acompaño.

Llegamos a comisaría. El abogado de Timothy y Bonnie se encontraba con ellos, así que esperamos a que saliera. Como no podíamos entrar a verlos decidí hablar con él; necesitaba que fuera mi intermediario. Así que cuando salió, media hora después, me presenté:

—Hola, mi nombre es William Evans. Imagino que sabe quién soy, sus clientes le habrán informado.

—Sí, señor Evans. Yo me llamo Michael Taylor. Bonnie y Timothy me hablaron de usted, y me pidieron que le pidieras disculpas en su nombre. Ellos se sienten muy mal por lo que hicieron, no se quitan culpa, pero me han comunicado que había una tercera persona en todo esto que fue quien lo planeó.

—Sí, bueno, esa tercera persona era mi hermana Bethany.

—Pues necesitamos que confiese.

—Me temo que eso no podrá ser, mi hermana acaba de fallecer. Ya no podrá confesar nada ni podrá hacernos más daño. De todas maneras, le hemos entregado a la policía las pruebas que recopilamos, donde se demuestra que los tres estaban compinchados.

—Lo siento mucho, señor Evans, en ese caso debo comunicárselo a mis clientes.

—Sí, y comuníqueles que por muchas disculpas que pidan y por mucho que se arrepientan, hicieron algo muy malo, me engañaron, me secuestraron y me drogaron, así que voy a pelear para que cumplan la condena que les corresponde. Y comuníqueles también que se olviden de mí y de mi nombre, porque en cuanto acabe todo esto, jamás pensaré en ellos, los olvidaré y no me harán falta drogas para ello.

—De acuerdo, se los haré saber.

Después de hablar con él, Margaret y yo hablamos sobre la familia de mi fiel empleado Ewan. Decidí darle un empleo en mi empresa a su esposa; él había sido más que un empleado para mí, había sido un amigo, y no quería que a su familia le faltara de nada. Era lo menos que podía hacer por ellos.

## Epílogo

—Margaret, ¿cómo va todo? ¿Tienes ya preparados los adornos? ¿Y las flores?

—Sí, no seas pesada, Isla.

—Es que la boda tiene que ser perfecta. Después de todo lo que ha pasado, tiene que salir increíblemente bien.

—¿Dudas de mi capacidad?

—No, Dios me libre.

De pronto se abrió la puerta y apareció Florence. Iba preciosa, pero no iba de blanco porque ella no es nada tradicional.

—Estás preciosa, Florence, eres la novia más bonita que jamás he conocido.

—Vaya, gracias, hermana.

—Tú también lo fuiste, aunque no estuve presente, pero en las fotos que me enviaste lo pude comprobar... Quién nos iba a decir que nuestra Florence se casa... La que decía que jamás lo haría.

—Sí, pero ha merecido la pena. No me digas que el novio no lo vale.

—Por supuesto que lo vale. James es maravilloso, y me ha demostrado el gran corazón que tiene.

—Sí, cuando me dijiste que estaba en el hospital, de pronto me di cuenta que lo quería, que no podía perderle. Es un hombre diez. Cuando lo conocimos en Irlanda y me fui a la cama con él la primera noche, me di cuenta de que era mi hombre. Pero como también era mujeriego, no quería ponérselo fácil.

—Se ha currado el estar contigo, se ha mudado hasta Escocia para vivir contigo; eso dice mucho de él.

—Pues sí, lo adoro.

—Necesito sentarme, me canso muchísimo.

—Isla, estás embarazada, debes descansar, no paras.

—¿Y tú? ¿Cuándo vas a darle ese hijo tan deseado a William?

—Mira quién me ha enviado un mensaje diciendo que estará aquí en diez minutos —dije cambiando de tema—, mi pequeña Madison... Por favor, no le mencionéis que Charles está aquí con esa rubia.

—Los va a ver.

—Lo sé, pero no se lo vamos a decir de sopetón en cuanto llegue.

—¿Pero qué pasa entre ellos?

—Después de que yo rompiera con Charles, le dejé aquella carta, ¿te acuerdas, Isla?

—Sí, claro que me acuerdo.

—Yo no sé de qué carta me hablas, como luego pasó lo de Bethany... —dijo Florence.

—La carta que le envié decía más o menos esto: «Querido Charles. Sé que esto es muy rastrero y que no debería hacerlo por estos medios, pero es la única forma de hacerte entender que no me puedo casar contigo: William está vivo. Te juro que estaba dispuesta a entregarte mi corazón; eres y serás siempre alguien importante en mi vida. Cuando fuimos novios te quise muchísimo, y cuando me obligaron a casarme con William sentía que me arrancaban algo muy importante de mí: tú. Pero me enamoré de Will. No estaba planeado, simplemente sucedió.

Nunca quise romperte el corazón, por ese motivo te digo esto. Mereces ser feliz, amar, y que seas correspondido, y ahora que sé que Will vive, quiero recuperarlo y ser feliz junto a él, como nos merecemos. Espero que no me odies nunca. Hay alguien que te amará como nadie te ha amado. Ojalá podamos ser amigos. Margaret».

—¿Y qué pasó?

—Que cuando regresé con William, Charles se había ido a New York. Le habían ofrecido abrir una sucursal de su empresa allí y no se lo pensó dos veces.

—¿Y eso qué tiene que ver con Madi?

—Por lo visto mi pequeña hermana y él habían tenido una tórrida noche antes de que Charles volviera con Margaret por segunda vez

—respondió Isla.

—¿Y entonces?

—Cuando le volví a dejar, Charles llamó a Madison para contárselo y ella quedó con él, le consoló, y Charles le pidió que se fuera con él a Nueva York. Ella accedió. Cuando se trasladó allí buscó trabajo en un bufete de abogados, pero cuando fue a mudarse con él, Charles le dijo que solos serían compañeros de piso, que él de momento no podía tener nada.

—Qué feo eso, ¿no? Jugó con sus ilusiones.

—Sí, pero no puedo echárselo en cara, yo le hice lo mismo.

—Entonces Madison aguantó un tiempo, pero cuando vio que él llevaba ligues a casa se fue. Mi hermana estaba muy enamorada de él, y él estaba irreconocible. Sigue siendo una buena persona, es cariñoso, simpático y siempre está ahí cuando lo necesitas, pero... se ha vuelto muy mujeriego. Me ha dicho que jamás se volverá a enamorar, prefiere estar de flor en flor.

—¿Y esa rubia que ha traído?

—Uno de sus rollos.

—Pero sabiendo que tu hermana venía...

—Ya, pero como han pasado dos años de eso, él cree que Madi solo le ve como un amigo.

—No hay mayor ciego que el que no quiere ver.

—Pues sí. Ahora somos superamigos, nos contamos todo, y hasta es amigo de Will, aunque eso ha costado más, pero el tiempo todo lo cura.

Al poco rato llegó mi preciosa Madison.

—Hermana, deja que te vea. Estás preciosa, ¡pero qué bien te sienta New York!

—Gracias, tú sí que lo estás.

—Will, mira quién ha llegado.

—¿Cómo está mi pequeña cuñada?

—Ni tan pequeña ya, ja, ja. Muy bien ¿y tú?

—Muy bien también, celebrando a James.

—¿Ha venido? Ya sabéis a quién me refiero...

En ese momento llegó Charles con su amiga.

—Hola, Madison —le saludó con dos besos—, qué guapa estás.

—Hola, Charles.

—Ella es Kim, una amiga.

—Hola Kim, soy Madison.

El pasillo de flores que llegaba al altar estaba precioso. El pequeño Brian llevaba los

anillos, y Madison, Isla y yo éramos sus damas de honor.

Según nos acercábamos al altar, Will me miraba con los ojos brillantes, esos ojos azules que me vuelven loca desde siempre.

La ceremonia fue preciosa, James y Florence estaban resplandecientes. Me sentía tan feliz...

Parecía que por fin las cosas iban bien.

Papá y mamá estaba disfrutando de la vida después de su jubilación. Viajaban por el mundo y disfrutaban de su pequeño nieto Brian.

Isla y Fred estaba mejor que nunca, con el peque y la niña que venía en camino.

La que me tenía más preocupada era Madison. Aunque se hacía la dura, y estaba centrada en su trabajo, sé que amaba demasiado a Charles, y en parte me sentía culpable, porque él era un novio maravilloso y mi hermana merecía que estuviera con él, pero como yo le había roto el corazón, él se negaba a darle una oportunidad.

Las empresas iban viento en popa. La de William se fusionó a la mía y ahora se llamaba Evans&Jonesnd. Teníamos una sucursal en Londres y la otra en Dublín.

Me senté a ver las estrellas, y Will se me acercó por detrás.

—¿En qué piensas?

—En lo feliz que soy, en lo mucho que te quiero.

—Y yo a ti, mi vida, lo eres todo para mí.

—Amor —le dije agarrándole de la mano y llevándola hacia mi vientre—, en unos meses seremos tres.

Sus ojos se le iluminaron.

—¿En serio? ¿Vamos a ser papás?

—Sí, así es.

—Será esta vez cuando por fin nos amemos para siempre.

**Fin**